





# **Un peligro para la sociedad**



# **Un peligro para la sociedad**

Testimonio de un periodista que  
incomoda al poder

**JUAN PABLO CÁRDENAS**

**DEBATE**

Primera edición: mayo de 2009  
Segunda edición: marzo de 2016

© 2008, Juan Pablo Cárdenas  
© 2016, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.  
Merced 280, piso 6, Santiago de Chile  
Teléfono: 22782 8200  
[www.megustaleer.cl](http://www.megustaleer.cl)

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

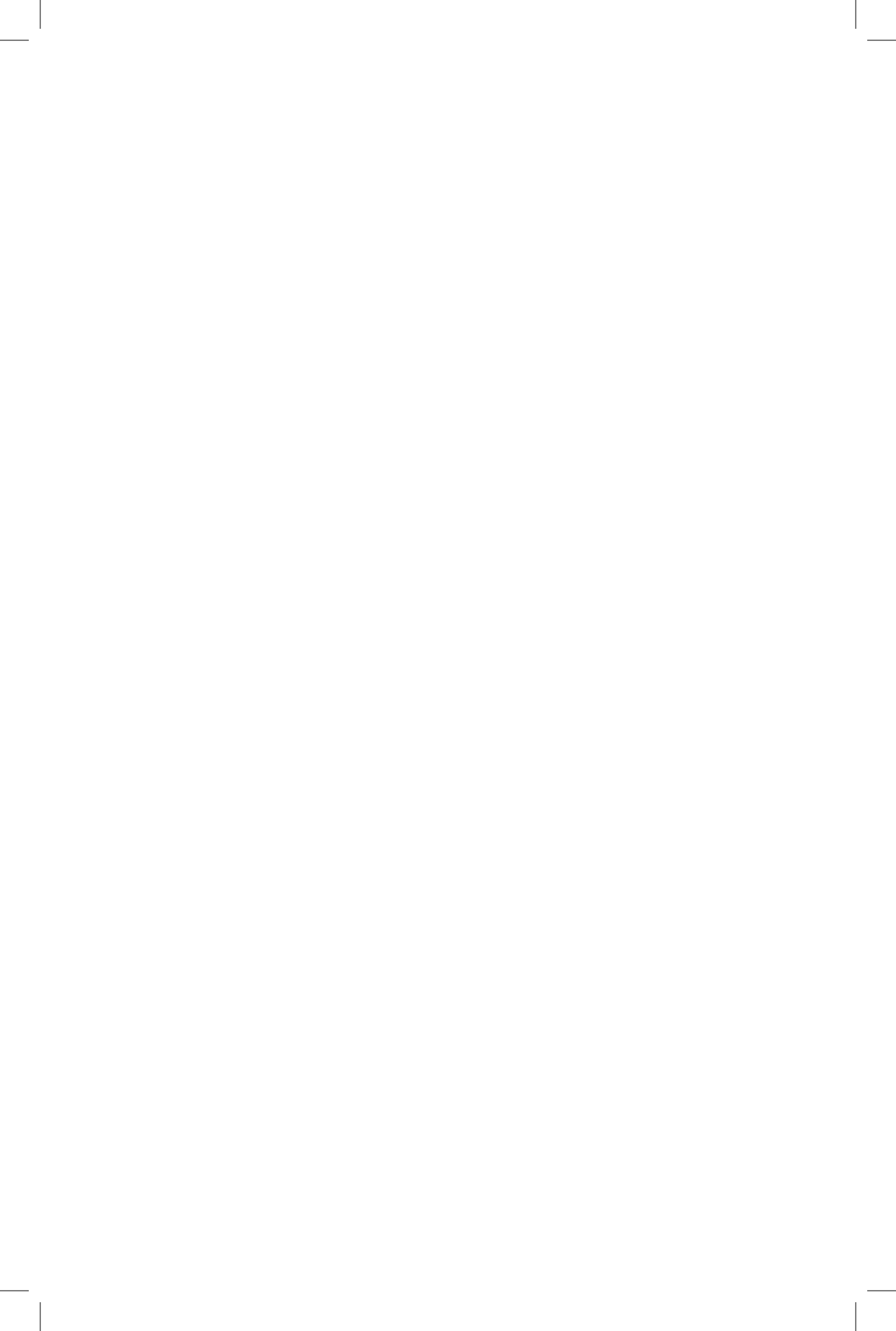
Printed in Chile – Impreso en Chile

ISBN: 978-956-8410-25-4  
RPI: 178.922

Diagramación y composición: Amalia Ruiz Jeria  
Impreso en

| Penguin  
| Random House  
| Grupo Editorial |

*A Guido, Renata y Lucas,  
mis primeros nietos*





No hay pueblo que haya conferido a alguno la facultad de hacerlo miserable.

Si, subyugado por la fuerza, quedaron en silencio sus derechos, no creáis que haya perdido el derecho de reclamar por el establecimiento del orden; pues los derechos de la sociedad son por su naturaleza eternos y sagrados.

El origen de los males que han sufrido los pueblos estuvo siempre en sus gobiernos. La opresión precedió a las sediciones.

CAMILO HENRÍQUEZ, FUNDADOR DE LA *AURORA DE CHILE*.  
DISCURSO DE INSTALACIÓN EN EL PRIMER CONGRESO NACIONAL,  
4 DE JULIO DE 1811



## ÍNDICE

PRÓLOGO .....	13
---------------	----

### PRIMERA PARTE

La noche del adiós .....	19
Pasajeros en el horror.....	24
Exonerados rumbo al norte.....	28
«Que Dios lo bendiga».....	37
Tras las rejas .....	44
Reclusión nocturna.....	52
Un secuestro muy particular .....	57
Entrañable Pepe .....	65
Mudanzas e incendios.....	72
Burlando la censura .....	77
Desde Alemania con amor .....	79
Pioneros en multimedia.....	84
Los límites éticos .....	89
Desayuno con el embajador .....	92
Militancia y periodismo político .....	97

## SEGUNDA PARTE

Volver al Estadio .....	103
Para no creerlo.....	107
La operación <i>Análisis</i> .....	112
Necesario reciclaje .....	121
Contigo en la distancia .....	126
El «Señor de los Cielos» .....	134
La mordaza democrática .....	140
En «La radio que piensa» .....	149
El Premio Nacional .....	157
EPÍLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN (2016) .....	171

## PRÓLOGO

Desde que cerró la revista *Análisis* he otorgado innumerables entrevistas en las que se me indaga por su historia, la forma en que burlamos la mordaza dictatorial, sobre nuestros padecimientos personales y, por supuesto, por las causas que podrían explicar que esta y otras publicaciones desaparecieran después de la dictadura. Cuesta entender que revistas y diarios que se consolidaron en medio de tantas adversidades no hayan prosperado en «democracia» y que solo prevalezcan aquellos medios que fueron adictos al gobierno autoritario. Aunque una y otra vez algunas revistas y sitios de internet se esmeren en difundir lo que se oculta o pasa inadvertido por la gran prensa. Estudiantes de periodismo, jóvenes historiadores y visitantes extranjeros me requieren para dar respuesta a la curiosidad que les provoca el trabajo desarrollado por una generación de periodistas que en la dictadura puso en juego su vocación y ofrendó los mejores años de su juventud en la dura pero exitosa tarea de romper el bloqueo informativo impuesto por el régimen militar, alentar la desobediencia civil y dejar un registro notable de lo que aconteció. Tanto así, que hasta hoy los jueces revisan nuestras páginas para formarse convicción de las violaciones a los derechos humanos antes de procesar y condenar a los terroristas de Estado. Despierta vivo interés, también, conocer nuestros desvelos actuales para hacer frente a una represión que ahora es menos brutal o más sutil, pero que igualmente se propone adormecer las conciencias e impedir que el pueblo exprese sus justas demandas.

Soy de los que creen que la libertad de expresión es un derecho humano, no un privilegio de los periodistas. Por lo mismo, pienso que la diversidad informativa es uno de los pilares fundamentales del orden democrático y que, sin ella, simplemente se hace imposible el ejercicio de la auténtica soberanía popular. Otros veinte años de sinsabores me convencen de que los gobiernos que sucedieron al de Pinochet han practicado una sistemática política de exterminio de los medios libres, críticos e insobornables, algunas de cuyas pruebas hemos sufrido en carne propia, y son muchas más de las que refiero en estas páginas.

Simplemente porque sería pretensioso que yo escribiera la historia de estos últimos treinta y cinco o cuarenta años de periodismo en Chile, es que he convenido realizar una autobiografía. Me he propuesto rendir testimonio de un trayecto que se inició el 11 de septiembre de 1973, día del quiebre institucional cultural y social más drástico y doloroso de nuestra existencia patria. Creo que la historia debe construirse con el aporte de muchas visiones y testimonios. Este relato no tiene más mérito, entonces, que el de constituirse en el registro de mi particular experiencia y reflexión. Con honestidad, estoy seguro, pero a mi entera subjetividad.

Dos méritos me reconozco sin remilgos: el haber organizado incesantemente distintos medios de comunicación y el talento de saber convocar a los mejores reporteros y colaboradores. Algunos amigos me felicitan por el atrevimiento de mis columnas y crónicas, así como por el estilo de mis escritos. Sin embargo, solo yo sé lo que me ha costado llegar a escribir casi de corrido y obligarme a incomodar a tantos con mis revelaciones y juicios. Reconozco muy hidalgamente que tengo mal genio, pero también quiero que se asuma que soy en verdad enemigo del conflicto. He luchado mi vida entera contra la

timidez y, muy a menudo, soy presa del escalofriante miedo. Cuando conduzco mi automóvil, miro más por el espejo retrovisor que por el parabrisas. Hasta hoy siento un pinchazo agudo en el vientre cuando enfrento a la policía internacional de nuestro aeropuerto. No resisto las películas de cárceles y el olor de los cementerios. Y en este mismo libro me duele entrañablemente revelar historias que hablan de la descomposición de la política y del doblez de sus protagonistas, de la capacidad que tiene el poder de corromper hasta a aquellos en quienes más confiábamos. ¡Qué cierto es aquello de que cuando se deja de vivir como se piensa, invariablemente se termina pensando tal como se vive!

Desde que recibí el Premio Nacional de Periodismo he dictado charlas y conferencias por todo el país. He ganado cierta expedición en la palabra gracias a mis comentarios radiales y a las minuciosas notas que preparo antes de cada evento, aunque tan a menudo después haga caso omiso de ellas. Pocas cosas me disgustan más que me reconozcan en la calle; por lo mismo, solo asisto a los eventos sociales que se hacen imperativos a mi acuciante conciencia y responsabilidad. Aunque todavía suelo ponerme iracundo a la hora de defender mis posiciones, con los años he aprendido a valorar el disenso y la diversidad. Sin embargo, me siguen desagradando la falta de compromiso, las posiciones eclécticas e, incluso, el agnosticismo que algunos profesan. En este sentido, prefiero a los ateos militantes a los que nada les importa el sentido de Dios y de la eternidad. «Debes creer en lo que quieras, pero creer, luchar y sostenerte en los valores», me dijo alguna vez mi padre, antes de que yo ingresara en la universidad. Aunque duela, como muchas veces duele.

Mientras escribía este libro tuve la suerte de viajar a Chiapas y asistir a un masivo evento político convocado por el

subcomandante Marcos. Pocas veces me sentí tan feliz como en ese anonimato completo y además por la posibilidad de conocer a esos «caracoles» liberados por el zapatismo, en los que se demuestra con hechos concretos que «otro mundo es posible» en la solidaridad, la democracia auténtica y el ejercicio rotativo del poder político. A nadie tuve que decirle quién era y nadie, tampoco, me preguntó algo más que de dónde venía... Tan grato me sentí que hasta tuve la tentación de quedarme allí, lo que muy probablemente habría hecho con treinta o cuarenta años menos. No en vano he llegado a pensar que nuestras convicciones nos hacen ciudadanos del mundo, y latinoamericanistas por código genético y misión. Comparto también eso de que las fronteras para lo único que sirven es para propiciar guerras, justificar los ejércitos y servir al negocio de las armas.

Pero finalmente soy chileno y quiero a mi patria, a su territorio demarcado por esas dos magníficas barreras naturales: la cordillera de los Andes y el océano Pacífico. Extraño siempre a mi familia y amigos. Por sobre todas las tentaciones que me han acosado, amo también la actividad que realizo. Y aunque no me hago muchas ilusiones de llegar a la tierra prometida, confío en que el devenir de las buenas y malas noticias nos lleva inexorablemente a un mundo más justo.

Soy hijo de las lecciones de mis maestros y de mis padres. Pienso que el periodismo es la más majadera y celosa de las amantes. Pero, al mismo tiempo, la más bella, fiel y plena de las pasiones que he vivido.



## PRIMERA PARTE



## LA NOCHE DEL ADIÓS

—Juan Pablo, ¡levántate! Parece que hay golpe. ¡Los milicos están en La Moneda! —exclamó Patricia mientras intentaba despertarme.

—Sí, ya sé. Vengo de allá —respondí—. Allende está dentro. Creo que ya no hay nada que hacer.

No hacía dos horas desde que había vuelto a casa y Patricia me comunicaba la noticia que empezaban a difundir las radios aquel trágico 11 de septiembre de 1973, día que marcará un antes y un después en la historia de nuestro país y en las vidas de todos los chilenos.

El 10 por la noche nos reunimos los periodistas de la revista *Debate Universitario* y algunos otros amigos en la amplia y confortable casa de María Olivia Mönckeberg, como acostumbrábamos a hacerlo para intercambiar información en esos tensos días en que todo el mundo esperaba un abrupto desenlace. La política estaba dividida en bandos irreconciliables y tanto el oficialismo como la oposición se disputaban el apoyo de las Fuerzas Armadas. Muy pocos advertían, entonces, que si los militares intervenían, iba a ser para quedarse en el poder durante tanto tiempo. No se visualizaba en las instituciones castrenses a un líder o a un caudillo. Nuestra convicción republicana no nos hacía ni siquiera temer que los uniformados pudiesen traicionar la lealtad siempre jurada por los oficiales y exigida por la Constitución. Quienes propiciaban el golpe de Estado advertían que los militares lo único que harían sería destituir a Allende, poner un poco de orden y convocar pronto a nuevas elecciones. Nosotros, los que trabajábamos en

esa publicación de la Universidad Católica, dejamos impresos nuestros esfuerzos periodísticos por buscar la conciliación nacional y evitar el quiebre institucional. Éramos extraños en un quehacer informativo atrincherado y volcado a una guerra que hacía tiempo superaba con creces los límites éticos y estéticos.

A esa tertulia en el barrio de Vitacura íbamos a copuchar, beber en exceso, pero también nos proponíamos pasar revista a lo que sería una edición especial dedicada al amor. Al amor en todas sus manifestaciones, incluso el amor a la patria. A la cita recuerdo que concurrimos todos, salvo Patricia Lutz, una de nuestras principales redactoras. Ella, por ser hija del director general de Inteligencia del Ejército, había conseguido una entrevista con el comandante en jefe de la principal rama de nuestras Fuerzas Armadas. Nada más ni nada menos que con Augusto Pinochet, quien ya había aceptado reunirse con ella.

—Venga nomás el martes 11, Patricia, y con mucho gusto le hablaré ese día sobre el amor a Chile —le dijo.

Claro que en la víspera del golpe militar y de aquella entrevista, el general Lutz simplemente le prohibió a su hija salir de casa. De esta manera, entonces, es que fuimos los periodistas de *Debate* los primeros en saber, a ciencia cierta, lo que se venía.

Aquella noche no nos quedó más remedio que beber todavía más de lo pensado, proclamarnos nuestros afectos, a pesar de nuestras posiciones políticas particulares, y prometernos mutua protección en caso de que la necesitáramos. Había allí allendistas, demócratacristianos y uno que otro individuo sin partido, en un tiempo en que carecer de militancia partidaria era excéntrico o sospechoso, incluso entre los periodistas. Por cierto que teníamos posiciones distintas, pero para nuestro grupo no eran irreconciliables.

También estaba con nosotros el doctor Enrique Paris, que tenía más años y experiencia. Él era uno de los asesores más

cercanos a Allende. Formaba parte del Consejo Superior de la Universidad de Chile y yo lo estimaba como amigo y como uno de los comunistas más lúcidos que he conocido. Era de esos intelectuales que, sin ser artistas, tenían la necesidad de ser muy ortodoxos con su discurso, para no caer en sospecha dentro de un partido integrado sobre todo por obreros y cuyos más altos dirigentes debían necesariamente pertenecer a la llamada «clase trabajadora».

Después de la llamada de Patricia Lutz, con la que excusó su inasistencia y nos informó de la razón de su reclusión domiciliaria, Enrique se comunicó varias veces por teléfono con su partido, con la residencia de Allende de la calle Tomás Moro y el propio Palacio Presidencial. A eso de las dos o tres de la mañana, y cuando nos despedíamos, el doctor Paris me pidió que lo acompañara hasta La Moneda porque el Presidente ya había ingresado allí y sentía la obligación de estar con él. Se movilizaba Enrique en un automóvil de la Universidad y lo que más le preocupaba era dejarlo a resguardo en su departamento justo enfrente del edificio de la UNCTAD (Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo), que ya había sido bautizado con el nombre de nuestra poetisa Gabriela Mistral. En el trayecto me hizo el encargo de devolver el coche a la Universidad de Chile cuando pasaran los días turbulentos, que él preveía perfectamente.

Frente a La Moneda nos dimos un fuerte abrazo de despedida y por muchos años no supimos nada de su paradero. Del Palacio Presidencial, Enrique salió con los brazos en alto y, por lo que ahora se sabe, fue conducido a un centro de detención donde lo torturaron brutalmente y le dieron muerte atravesándole el pecho con un cautín eléctrico.

Después de dejar su automóvil a resguardo, como me lo había solicitado tan encarecidamente, yo tomé un taxi rumbo

a casa. A esa hora ya despuntaba el sol en nuestra cordillera de los Andes. Sería el día más gris y amargo.

Rápidamente en pie, lo primero que hice fue dirigirme a la casa de Fernando Castillo Velasco, el rector de la Universidad Católica, de la cual dependía la revista que dirigía. Don Fernando había llegado en andas de los estudiantes después de aquel 11 de agosto de 1967 en que nos habíamos tomado la Pontificia, exigido la salida de monseñor Alfredo Silva Santiago e iniciado un proceso de reforma universitaria que revolucionaría a todos los planteles de educación superior. En el camino, pasé enfrente de la residencia presidencial de Tomás Moro. Acababa de ser acribillada desde los helicópteros y se veía a los vecinos huyendo con todo tipo de especies: electrodomésticos, alfombras, lámparas, etc. Un poco antes, un piquete de infantería había ocupado la casa y procedió a «incautar» otra suerte de objetos, que hasta el día de hoy no se han recuperado, salvo algunos cuadros que se ofertaron en remates y que en la actualidad están en el museo dedicado al extinto mandatario. Hace algunos años me tocó estar presente en una sobria ceremonia en que el empresario Carlos Cardoen devolvió a la secretaria de Allende, Miria Contreras, una pintura que él había adquirido en el tráfico de obras de arte y mobiliario que los militares impulsaron con todo lo robado el 11 de septiembre.

Nuestro rector era un democratacristiano «progresista», que hizo todos los esfuerzos por mantener el diálogo en la Universidad y, desde luego, para buscar una salida que evitara el golpe de Estado. Por prescripción médica estaba en estricto reposo, después de sufrir un infarto. Sin embargo, nadie pudo convencerlo de quedarse en cama y ambos nos fuimos hasta la Casa Central de la Universidad, donde él, y también yo, pensábamos que debíamos permanecer en un día tan negro.

Poco rato, sin embargo, alcanzamos a quedarnos allí, puesto que las balas que se cruzaban entre las distintas torres de la remodelación San Borja quebraron los vitrales del salón del Consejo Superior y, entre el ruido ensordecedor de la metralla, arrancamos como pudimos. Con todo, cuando teníamos el auto en marcha, me animé a acercarme a un periodista de Canal 13, Hernán Olgún, que estaba en las puertas del Departamento de Prensa de la calle Lira. Me dirigí a él porque habíamos estudiado en la misma escuela y, aunque sostuvimos posiciones políticas muy contrarias, estimé que por sus ideas de izquierda debía estar pasándolo muy mal, cuando ya todos sentíamos el estremecedor bombardeo en La Moneda.

—Tú sabes que jamás he sido allendista... —me dijo, ante mi enorme sorpresa.

Estaba muy tranquilo, feliz incluso. En efecto, a partir de ese momento inició una exitosa trayectoria periodística en el canal católico, hasta que años más tarde un cáncer le arrancó la vida todavía muy joven. Siempre me ha quedado la duda de si fue un infiltrado en el Movimiento Universitario de Izquierda (MUI) o solo un oportunista. De lo que estoy prácticamente seguro es de que nunca fue un infiltrado en el pinochetismo.

A Fernando Castillo dejé de verlo por mucho tiempo. Consta que no contemporizó un instante con la dictadura. Sus hijos Carmen y Cristián militaban en el MIR y, de suerte, salvaron con vida después de sus brutales detenciones. Toda la familia Castillo Echeverría terminó en el exilio. Años después, desde la ventana de nuestra revista *Análisis*, divisé a don Fernando paseando por el Parque Forestal en una rutina que muchos retornados cumplían al regresar a la patria. Caminaba erguido y con la satisfacción de haber vuelto hace poco. Lo abordé de inmediato y, con la misma rapidez, aceptó presidir el directorio de nuestra revista. Pero esa es otra historia.

## PASAJEROS EN EL HORROR

Sobrevinieron tres días de toque de queda, detenciones y asesinatos. Todos los chilenos sin salir de su casa, salvo los que alcanzaban a fondearse en lugares más seguros o ingresar en las embajadas. Con los primeros bandos de la dictadura se cerraron muchos medios de comunicación, entre ellos nuestra revista universitaria. Los canales de televisión fueron ocupados y a los diarios y radios permitidos se les impuso la censura previa.

En cuanto pudimos, nos juntamos con la periodista Marcia Scantlebury, compañera de trabajo en *Debate Universitario*. Nos propusimos llegar hasta el departamento de Enrique Paris para deshacernos de los papeles que lo pudieran complicar luego del incendio de La Moneda y de la detención de decenas de personas, que fueron conminadas a entregarse por el propio Presidente Allende antes de su muerte y de la de su amigo y periodista Augusto Olivares, el «Perro Olivares», que decidió quitarse la vida poco antes que su jefe y a quien hasta ahora no se le rinde el homenaje que merecen su lealtad y arrojo.

Como señalé antes, el departamento de Enrique estaba en una de las torres justo enfrente del edificio Gabriela Mistral, construcción que albergaría al gobierno militar una vez incendiada La Moneda. Allí, al otro lado de las nuevas oficinas del mandamás, subimos con Marcia hasta el propio departamento, pero la llave que llevábamos no era la que correspondía a la chapa de su puerta. En nuestra extrañeza, comentamos el hecho con el conserje del edificio, quien nos señaló —ante nuestro completo estupor— que la habitación había sido asaltada dos noches antes y que los soldados habían cambiado la chapa de la puerta. Todo con muchísima prontitud, porque el general Pinochet había dispuesto que instalaran allí a su madre.



Quería tenerla enfrente y acaso hacerle señas desde la ventana de su nuevo despacho como presidente de la junta militar.

No recuperábamos todavía el derecho a reeditar nuestra revista *Debate*, por lo que teníamos tiempo para caminar por las calles, tomarle el pulso a lo que sucedía y hacer uno que otro «punto» con los que estaban complicados y necesitaban protección. Confieso que, a esa altura, quienes no habíamos sido allendistas aún no adquiríamos temor por nuestras propias existencias. De allí que sintiéramos como una oportunidad privilegiada circular por Santiago, hablar con soltura por teléfono y, mientras pudiéramos, ayudar a los perseguidos.

La misma noche en que culminó el 11 de septiembre, nuestra hija mayor, que en ese entonces tenía pocos meses de vida, sufrió un violento cuadro febril. Esto nos obligó a salir de casa a toda velocidad para pedir auxilio a una patrulla militar, que nos trató con toda rudeza, pese al evidente mal estado en que se encontraba nuestra criatura. Entre muchos avatares, al final nos condujeron hasta el hospital de la Fuerza Aérea, bastante lejos de nuestra casa. Para nuestra sorpresa, el espectáculo a las afueras del hospital era dantesco. La oscuridad contrastaba con decenas de bomberos que luchaban por apagar el incendio que se había producido en el establecimiento por una bomba arrojada desde un aparato de la propia aviación. En esa batahola descomunal, tuvo que atendernos en la calle un médico que, con certera resolución, le aplicó a nuestra hija un efectivo antipirético, antes de reclamarnos frenéticamente, pero en vano, que le pagáramos la consulta.

Lo más difícil fue volver a casa con nuestra hija, que se hallaba mejor, pero en un ambiente plagado de militares armados hasta los dientes. En cada uno de los controles (en que debíamos emitir como salvoconducto la palabra «congrio») no

nos creían que nos hubiésemos arriesgado a salir con ella en circunstancias tan excepcionales, más bien pensaban que estábamos huyendo. Por cierto, respiramos hondo cuando por fin llegamos a nuestro hogar. Me dispuse entonces a resistir una nueva noche en vela.

Con el periodista Jaime Moreno nos animamos dos o tres días después a concurrir hasta el Servicio Médico Legal. Por las radios se anunciaba que en la morgue se estaban entregando los cuerpos de las primeras víctimas. Los cadáveres de los «subversivos que desafiaron el pronunciamiento militar», «la gesta patriótica del 11 de septiembre», como repetían con rabiosa insistencia. Merced a nuestros carnés de periodistas y a las confusiones que por mucho tiempo se prolongaron después del golpe, tuvimos con Jaime la oportunidad de presenciar los cuerpos de muchísimas personas tendidas en el suelo, desnudas y baldeadas una y otra vez por el personal del Servicio. Entre los cadáveres observé el de muchas mujeres y niños cuyo común denominador era el de ser pobres. Serían acaso los únicos que en verdad resistieron o fueron acribillados sin razón alguna en sus poblaciones marginales. Hasta hoy recuerdo el cuerpo de una joven madre a quien le habían rajado el vientre con una bayoneta. Yacía junto a ella el cuerpo de su hijo abortado por la furia militar.

Los soldados descargaban otras decenas de muertos desde los camiones. Lo que vi en esa oportunidad me ha hecho dudar siempre de la cifra oficial de muertos y desaparecidos. Pienso que en esos días cayeron muchos miles de chilenos que jamás fueron reclamados o informados a los organismos de derechos humanos. Familiares de gente muy humilde que todavía tienen miedo y que incluso piensan que sus víctimas son de menor importancia que otras. En mi tierra de San Vicente de Tagua Tagua, en la Sexta Región, los campesinos me cuentan hasta

hoy de episodios jamás revelados por la prensa o los expedientes judiciales. Me hablan de muertos consignados como N.N. en los cementerios o enterrados clandestinamente, ultimados, muchas veces, por aquellos patronos a quienes los militares dieron licencia para matar y recuperar las tierras que les había expropiado la Reforma Agraria.

El almirante Jorge Swett Madge llegó a la Universidad Católica nombrado como rector delegado. La junta militar intervino todas las universidades, incluso las que pertenecían a la Iglesia Católica. Como «sabe más por vieja que por santa», este venerable organismo expresó la preocupación del Papa por la intromisión en una institución pontificia, pero a los pocos años se dispuso que Swett recibiera en propiedad el título de rector y se le borrara el apellido de «delegado». Mal que mal, era un hombre de fe y después de terminado el trabajo sucio tuvo gestos conciliatorios con el Arzobispado de Santiago, a cuyo titular le correspondía recuperar el cargo de gran canciller del plantel.

No resisto la idea de comentar que la historia de nuestro país, más que de acontecimientos y convicciones, está construida de «gestos». En los momentos en que escribo estas líneas, la Universidad Alberto Hurtado acaba de conferirle al ex Presidente Patricio Aylwin el título de Héroe de la Paz. Sin duda, un notable «gesto» de esta Universidad, que lleva el nombre de nuestro gran y auténtico santo, de un sacerdote jesuita que dedicó su vida a la redención de los pobres y que, por lo mismo, fue muy fustigado por la derecha y por la propia jerarquía eclesiástica de su época. Sin embargo, el diploma fue entregado a quien en los hechos fue uno de los más activos instigadores del golpe militar y que después escribiera y visitara los países de Europa para justificar la acción de Pinochet, cuando ya se contaban por miles los muertos, los torturados

y los exiliados. Ello tuvo al Papa Pablo VI a punto de excomulgar a Pinochet, de lo que luego debió desistir debido a las presiones de la propia curia vaticana.

Pues bien, un emocionado Aylwin aprovechó el gesto de la Universidad Alberto Hurtado para responder con uno nuevo: agradecer públicamente a Sergio Onofre Jarpa, otro de los más temidos golpistas y ministro del Interior de Pinochet, por «su patriotismo y notable aporte a la recuperación de la democracia...». El país aún recuerda que en una de esas memorables jornadas de protesta durante la dictadura, Jarpa dispuso con su jefe sacar a dieciocho mil soldados a la calle para reprimir a los jóvenes y a los estudiantes. Fue un día aciago en que murieron veintiséis disidentes.

Gestos que se suceden y explican otros actos e impunidades, como el mismo hecho de que los izquierdistas chilenos y ex allendistas proclamaran a Aylwin como su candidato presidencial, después de que este hubiese alentado el golpe y defendido la legitimidad del proceder de Augusto Pinochet. Este acontecimiento a su vez permitió que el dictador dejara de serlo para mantener su cargo de comandante en jefe del Ejército durante el primer gobierno de la Concertación democrática y después entrar en el Congreso como senador vitalicio. Sin duda, otro emocionante gesto histórico.

## EXONERADOS RUMBO AL NORTE

El nuevo rector delegado me confirmó en el cargo de director de *Debate Universitario* con una enorme pistola encima de su escritorio. Sin embargo, nuestra armonía se rompió muy

pronto a propósito de la simpatía que le expresáramos al cardenal Raúl Silva Henríquez, por sus expresiones de dolor ante el fratricidio y su invocatoria a tener compasión con los caídos y sufrientes. Swett me llamó a su oficina para reconvenirme y advertirme que, después de este incidente, me dejaría condicionalmente en el cargo.

En ese momento vi negro y, a vivo grito, le dije que no aceptaba su objeción y que, según mi parecer, la Universidad Católica debía valorar las expresiones del Pastor de Santiago. En mi imprudencia, le espeté que era un pobre e ignorante militar, que no tenía idea alguna de universidad y, finalmente, me despedí de él con un fiero portazo.

Al otro día recibí el decreto de expulsión. Fue el primero que se produjo en la Universidad después del golpe, aunque hay que reconocer que muchos académicos y administrativos ya se habían retirado voluntariamente, más conscientes que yo del peligro y en busca de rumbos más seguros; entre ellos, una buena cantidad de docentes e investigadores que muy pronto fueron invitados desde el extranjero.

Siempre valoro la oportunidad que tuve de conversar con el vicerrector Alfredo Etcheberry, inmediatamente después de que este cumpliera con la ingrata obligación de recibir al rector delegado en nombre de la Universidad y en ausencia del convaleciente rector Fernando Castillo, en una brevísima reunión en que Swett le pidió permanecer en el cargo, oferta que el vicerrector rechazó, según dijo a tenor de su mal genio vasco y de su pobre apreciación de los militares de cualquier parte. Etcheberry se fue para consolidar uno de los estudios jurídicos más solventes de nuestro país y con el tiempo se convirtió en el abogado de la embajada de Estados Unidos. En tal condición jugó un papel muy importante en las demandas presentadas por ese país a propósito del homicidio al

ex canciller de Allende, Orlando Letelier, ocurrido en Washington.

Me convertí en un exonerado político, pero por suerte mi cesantía no se prolongó en exceso. Sin más ofrecimientos, decidí aceptar un cargo de profesor en la Escuela de Periodismo de la Universidad del Norte. Era la primera oportunidad que tenía de conocer el Desierto Grande y, sin más trámite, viajé a Antofagasta un día domingo en que además tuve que resolver dónde hospedarme. Felizmente, di en el clavo con una pieza que dos gentiles ancianas ofrecían a cuadra y media de mi nuevo destino de trabajo. Aunque ya había impartido un breve curso donde estudié, lo cierto es que tenía menos de veinticuatro años y comenzaba a ser un académico.

Un Nescafé con leche y un pan con mermelada que mis anfitrionas me proporcionaron cada mañana fue prácticamente mi único sustento por más de veinte días. La Universidad se tomaría aún un mes para cancelarme mi primer sueldo y en mi nueva dignidad de «docente» me resultó indecoroso reconocer que no tenía un peso en el bolsillo. Por primera vez sentí hambre y supe lo que es la restricción más drástica. En mi maleta traía unos cuantos libros, dos tarros de leche condensada y dos paquetes de galletas de vino, las mejores expresiones de la repostería chilena de aquella época.

En estas condiciones no me quedó más que someterme a un estricto régimen. El desayuno me mantenía durante el día y al anochecer ingería dos galletas y dos sorbos de la leche azucarada. Mucha agua y lectura, por supuesto, para superar la sensación de vacío en el estómago.

El resultado amargo de esta situación fueron las lágrimas que Patricia derramó en el aeropuerto de Cerro Moreno nada más verme con unos cinco kilos menos y totalmente ansioso por comerme las golosinas que me traía. Entre otras, esos picarones

pasados que mi madre siempre me enviaba, estuviera donde estuviera, y que acaso son la causa de mi actual diabetes *mellitus*, como le gusta decir a los médicos.

En particular me hizo feliz encontrarme con mi hija Patricia Verónica y con nuestros dos mellizos recién nacidos: Juan Pablo y Juan Cristóbal. Los padres siempre tememos que los niños más pequeños nos olviden con las separaciones y no nos conformamos hasta que de nuevo nos estiran los brazos. Desde el aeropuerto de Cerro Moreno, en el desierto más implacable del mundo, iniciamos un nuevo capítulo de nuestras vidas, en el que hubo muchas privaciones, pero también alegrías. Mis clases se desarrollaron con éxito, pero en menos tiempo de lo que quería los estudiantes y los profesores se enteraron de mis convicciones y me enrolaron en las primeras agrupaciones y conspiraciones. Lo que fue poco audaz de mi parte fue aceptar la dirección de la carrera de Periodismo y, con ello, exponerme a las verificaciones que ya hacía la dictadura respecto de cualquier persona que saliera del estado llano y se convirtiera en autoridad. A pesar de que estuviéramos a más de 1.200 kilómetros de la capital.

Por de pronto, meses más adelante, visitó la Universidad el líder y fundador del gremialismo, Jaime Guzmán Errázuriz. Ese día decidí enfermarme para evitar un encuentro, pero mis colegas tuvieron la oportunidad de apreciar su rictus cuando se enteró de que yo era el director de la Escuela. Nos conocíamos muy bien con Jaime. Ya había tenido con él un contratiempo en los pasillos de la Universidad Católica cuando le escuché repetir a pocos días del golpe militar esta fatídica frase: «comunista bueno, comunista muerto». Para mayor abundamiento, se sabía que Guzmán empezaba a detestar a los demócratas cristianos u otros no marxistas que no simpatizaban con la dictadura. Curiosamente, desde ese día las autoridades superiores de

la Universidad del Norte empezaron a mirarme con sospecha. Incluso señalaron con franqueza que les era incómodo y arriesgado haber contratado a quien fuera expulsado de otro plantel universitario.

Convertido en senador de la República después de la dictadura, Jaime Guzmán fue asesinado tras impartir una clase en el Campus Oriente de la Universidad Católica. En noviembre de 2008 se inauguró un imponente monumento a su memoria en la comuna de Vitacura, ceremonia a la que fue invitada la Presidenta Michelle Bachelet, quien al final no asistió. Con la presencia de la Jefa de Estado, los discípulos del fundador del gremialismo y de la UDI buscaban dar por concluida la transición, así como decretada la reconciliación. Aunque ella mandó a representantes y otros cuantos del oficialismo se hicieron presentes sin que nadie se lo pidiera, lo cierto es que la ausencia de la Presidenta dejó establecido que todavía la herida sigue abierta.

Lo que detonó mi segunda exoneración fue la carta que un grupo de profesores enviamos a *El Mercurio* de Antofagasta, en protesta por los arteros ataques de un columnista del diario en contra del cardenal Silva Henríquez, a esta altura en completa pugna con la dictadura y vilipendiado por esta. La idea de la carta fue mía, pero la redactó mi amigo Sergio Prenafeta, admirable periodista científico que también fue a parar a la Universidad del Norte y que tiempo antes había oficiado como secretario de prensa del arzobispo de Santiago. A él le reconocimos el mejor derecho de redactar una protesta que fuera «contundente en su contenido y prudente con el lenguaje», de manera de ejercer nuestro derecho a réplica, pero sin arriesgar la estabilidad laboral de quienes la suscribimos.

Nos fue pésimo, por supuesto. La misma noche en que apareció la carta coincidí fatalmente en un cumpleaños con el



rector delegado de la Universidad, Hernán Danyau, un militar de todavía menos luces que los otros interventores. Aunque traté de esquivarlo, me abordó con indignación y prepotencia por la carta publicada, lo que provocó mi ira y la oportunidad de decirle en su cara cuanto quise, con la seguridad de que ya había resuelto el despido de casi todos los que tuvimos el atrevimiento de defender a un pastor de la Iglesia Católica desde una universidad católica.

Pocas horas después tomé un bus a Chuquicamata con el temor de que pudieran detenerme. No por la carta, sino por todo lo que vociferé en contra de Pinochet, la dictadura y la triste personalidad del rector delegado. En el mineral de cobre más grande del planeta busqué refugio en casa de mi tío Miguel Squella, párroco de la Iglesia, un entrañable amigo que tiempo después muriera trágicamente en un accidente en pleno desierto. Mi tío Miguel era un jesuita que había cumplido un papel muy importante en esta universidad fundada por la Compañía de Jesús.

De Chuquicamata volví a Antofagasta y al día siguiente retorné a Santiago. Mi familia remataba todos nuestros enseres para poder seguirme a la capital. Quedábamos de nuevo en la calle y con un hijo más: José Manuel, a quien conocí en el aeropuerto de Antofagasta, después de que Patricia diera a luz en Santiago. Por esas curiosas vueltas del destino, mi cuarto hijo, tras doctorarse en España, aceptó impartir unos cursos en el posgrado de psicología y emprender una interesante investigación en la misma universidad que me expulsara en 1975. Tuvo él su propio «empampamiento», como solía decir Andrés Sabella de quienes no solo se perdían en la pampa nortina, sino también de aquellos que se aclimataban como para perderse por siempre en ella.

De quien pese a todo alcancé a despedirme fue del obispo de Antofagasta, monseñor Carlos Oviedo. Él me había honrado

al asignarme una cátedra de Doctrina Social de la Iglesia en la Escuela de Teología de la misma Universidad y en la que la Iglesia local aún tenía cierta autoridad. Con ello, don Carlos quiso darme protección, al mismo tiempo que asegurarse de que, por mi vía, los alumnos se enteraran de las encíclicas y de la responsabilidad de los cristianos en la tarea de edificar la justicia y salvaguardar la libertad.

Con monseñor Oviedo fuimos muy cercanos. En dos oportunidades lo acompañé al interior, a San Pedro de Atacama, y a los pobres y apartados pueblos casi en la frontera con Argentina y Bolivia. El pastor se reunía con centenares de devotos lugareños, bautizaba y confesaba por doquier. Una vez le espeté que para qué se ponía tantos atuendos en esas secas y pobres serranías, a lo que me respondió que uno de los secretos de la fe de esa gente tan humilde se debía a la admiración que les provocaban esos ropajes coloridos y tan maravillosamente bordados, esos cálices de oro, bastones obispaes y demás objetos sagrados. En otra ocasión le pregunté por qué viajaba conmigo, teniendo tantos curas que lo acompañarían gustosos. «Me aburren —me dijo—, son demasiado pateros.»

En una de estas incursiones tuvimos que alojar en Socaire, después de que los lugareños nos festejaran con todo lo que tenían: maíz y mucho queso de cabra. La jornada fue intensa y agotadora. Yo había comido hasta el hartazgo antes de irnos a dormir. Como suelo levantarme muy temprano siempre y en todo lugar, en esa ocasión me sorprendió encontrarme con el obispo en pie y orando con su misal en ristre.

—¡Qué gusto de verte! —me dijo—. He pasado toda la noche rezando por ti. ¡Cómo se te ocurrió comer queso de cabra con estos calores y con tan pocas condiciones higiénicas!

—Veo que sus oraciones son efectivas, don Carlos —respondí.

—Pero yo solo comí maíz —agregó.

—Es que yo soy un hombre de mucha fe, monseñor —le dije, y comí con más ganas del mismo queso al desayuno.

Cada vez que abordábamos su automóvil, el obispo Oviedo decía «en el nombre de Dios...», para que yo respondiera, «y en el de su santa Iglesia». Sin embargo, omitía el adjetivo calificativo de esta letanía, lo cual al principio lo irritaba. «En el de su Iglesia nomás, don Carlos, porque de santa tiene bien poco...»

Muchos años después volví a verlo en Ciudad de México. Quiso que lo acompañara a visitar a un chileno que llevaba un tiempo preso por «burrero». Su voz ya estaba prácticamente agotada por un severo cáncer a las cuerdas vocales, que le provocaría la muerte tiempo después. La emoción que manifestó quien fuera el único recluso chileno a las afueras del D.F. fue enorme. Lloró y se abrazó a nosotros. Durante años no había sabido nada de Chile, ni de sus familiares, ni de nadie.

Carlos Oviedo no fue de los obispos más combativos o estridentes contra la dictadura. Sin embargo, yo sé que hizo mucho desde su posición de obispo de Antofagasta y posteriormente de arzobispo de Santiago. Había asumido con dedicación especial la pastoral de los encarcelados. A mí también me visitó en las prisiones donde estuve y sentí en carne propia el valor de esa invocación evangélica: «estuve preso y me visitaste».

De todos los amigos que hice en esa estadía corta pero intensa en el norte, diría que el poeta y periodista Andrés Sabella fue el que más marcó mi futuro. A sus méritos literarios, Sabella sumó su brillante inteligencia, limpidez moral y profunda sencillez. En su humilde casa de Uribe 666, a pasos del Mercado de Antofagasta, nos reunimos muchas veces, trajinamos sus libros y apreciamos una pinacoteca referida casi toda

al desierto y al mar azul del Norte Grande. Con él, y a pesar de los años que nos separaban, establecimos una profunda amistad. Nunca, me parece, pasaron más de diez días sin que nos viéramos y conversáramos durante horas. Fueron tertulias en las que me regalaba cuadros, que en ocasiones pintaba allí mismo, muchos de los cuales conservo todavía con sumo celo.

Pasaba yo a buscarlo por la tarde, después de que despachara su columna diaria, y nos íbamos a La Caleta del Puerto o al restorán de los bomberos. Indefectiblemente, nos tomábamos cinco botellas de tinto («el blanco no es vino», decía) y no éramos regodeones para comer. Lo que nos trajeran a la mesa nos gustaba. Hacia el final de la jornada, caminábamos con dificultad hasta su casa y siempre violábamos el toque de queda. A él lo conocían los militares y carabineros de ronda, por lo que lo dispensaban con amabilidad. Lo malo era que yo debía seguir a mi casa corriendo los riesgos correspondientes. Pero lo que importa decir es que, en todas estas jornadas, y las que siguieron después en Santiago, nunca me repetí un cuento del maestro. El mayor anecdotario del mundo estaba en su palabra precisa, culta y notablemente sencilla.

Sabella mereció los dos premios: el de Literatura y el de Periodismo.

No está de más consignar que apenas unos días antes de que pudiera jubilarse, la Universidad de Norte lo expulsó. La decisión fue enormemente repudiada por todos los que lo conocimos y apreciamos como el intelectual más importante del norte. Por algo Pablo Neruda le dijo: «Si yo soy el poeta del sur, tú eres el del norte». Comunista de toda la vida, me tocó conocer a Sabella cuando retomaba la fe religiosa que cultivó de niño y perdió como estudiante de derecho de la Universidad de Chile. De hecho, por mi intermediación el obispo aceptó casarlo con Elba Emilia, su compañera de prácticamente toda la vida. Ello,

pese a que nunca renegó de su militancia política y a que tenía un antiguo matrimonio nunca anulado.

Él siempre agradeció que fuera en mi casa de Antofagasta donde volviera a cantar la Internacional por primera vez después del golpe. Fue una entonación en la que vi muchos ojos húmedos, aunque yo todavía no comulgara con esos sonos.

En honor al poeta del norte es que mi quinto hijo fue bautizado como Álvaro Andrés.

#### «QUE DIOS LO BENDIGA»

De vuelta en Santiago tuve la oportunidad de trabajar en la Academia de Humanismo Cristiano, que acababa de crearse. Esta institución fue fundada por el cardenal Raúl Silva Henríquez para acoger a los profesores que eran despedidos de las distintas universidades, en especial de la Católica y, sobre todo, del mundo de las ciencias sociales y humanidades.

Desde allí y desde un primer piso frente al Parque Forestal concebí la idea de publicar una revista que se erigiera como disidente (la palabra nos gustaba mucho) y se propusiera «romper el bloqueo informativo impuesto por la dictadura». La propuesta fue muy bien acogida por Duncan Livingston, Reinaldo Sapag y María Teresa Lladser, quienes trabajaban en consolidar la Academia. Reinaldo consultó con el cardenal y este acogió con entusiasmo la idea, aunque expresó sus dudas de que fuera posible burlar la censura del gobierno.

Me dieron el visto bueno, pero me advirtieron que no disponían de un peso para este proyecto. De esta forma es que planeé con dos amigos periodistas, José Ortiz y Juan Pablo

Varela, remitir una carta dirigida a unas setecientas personas solicitándoles una suscripción adelantada por un año para emprender esta ambiciosa tarea. La nómina era la de los antiguos suscriptores de *Debate Universitario*, que ya nos conocían y que acogieron con entusiasmo nuestra propuesta. Recibimos muchas cartas de estímulo y, por supuesto, los cheques correspondientes. Al menos doscientas personas se constituyeron en los primeros sostenedores de esta revista, que primero fue mensual, luego quincenal y al cabo de un tiempo semanal. Siempre recordaremos que los dos primeros cheques fueron del académico socialista Ángel Flisfisch y del obispo Jorge Medina. Ángel ha ocupado hasta hoy varios cargos en los gobiernos de la Concertación. El obispo, en cambio, se posicionó luego como el más reaccionario y pinochetista del Episcopado, para culminar en el Vaticano con Juan Pablo II como un influyente miembro de la curia romana. La carta de Medina, entonces, estaba cargada de sátira, pero me consta que jamás dejó de aprender. Pese a sus odiosas opciones políticas, era reconocido por sus pares como uno de los integrantes más agudos e ilustrados de la jerarquía eclesiástica, aunque obsesionado por el sexto mandamiento de una manera enfermiza. Seguro que matar y abjurar de Dios es menos grave que desear a la mujer (o al hombre) del prójimo y «echarse una cana al aire» fuera del matrimonio.

La primera edición de la revista llevó el nombre de *Academia*. Pero no fuimos más lejos, pues los contenidos fueron criticados por el directorio de la Academia de Humanismo Cristiano, más precisamente por su sector reaccionario, que había sido designado por el cardenal Silva Henríquez cuando todavía pensaba que en la institución podía reinar el pluralismo. De hecho, fue ese directorio el que nos propinó la primera censura al prohibirnos que hiciéramos circular la publicación, instrucción a la que nos sometimos de palabra, pero que burlamos en la

práctica.

La decisión del directorio estuvo a punto de tumbarnos. En especial, porque ya me habían convocado de la Dirección Nacional de Comunicación del régimen (la temible Dinacos) para exigirme que pusiera a su consideración los materiales de la primera edición de la revista a fin de autorizarla según las disposiciones vigentes. Este requerimiento del censor fue rechazado por mí con un atrevimiento que aún me da vértigo recordar:

—No. Por ningún motivo me someteré a la censura previa —le dije sin más al coronel.

—Allá usted, amigo... —respondió con toda tranquilidad—. Sométase a las consecuencias, entonces —remató.

Era consciente de que la dependencia de una entidad eclesial era la única posibilidad que teníamos de existir y sortear la mordaza, pero con la desautorización de la propia Academia era bien difícil remontar. Por eso, después de una noche de cavilación, me decidí a conversar con el cardenal Silva Henríquez. Tuve la suerte de que me recibiera y la oportunidad de conocerlo «en persona», como se dice en nuestro país.

—Usted es bastante joven —dijo—. Pero recuerdo perfectamente lo de *Debate Universitario* y su pelea con Swett... Y, ahora, ¿cómo vamos a arreglar este asunto? Es necesario que exista algún medio que diga las cosas como son...

—Le traigo una propuesta, don Raúl. Qué le parece que le cambiemos el nombre a la revista, que deje de llamarse *Academia* y deje de ser una publicación de la Academia, y que esta solamente la patrocine —dije.

Después de unos segundos de silencio que me parecieron eternos, por fin asintió:

—¡Eso! ¡Eso mismo! ¡Así va a ser! Yo se lo comunico a la

Academia... Ah, Juan Pablo, hasta luego. Y que Dios lo bendiga.

Así fue como en diciembre de 1977 nació la revista *Análisis* con el Año 1, pero con el N° 2. Sorteábamos de esta forma la oposición del sacerdote Raúl Hasbún y otros integrantes del directorio de la Academia que habían apoyado el golpe, y frente al gobierno manteníamos una cierta relación con la Iglesia, lo que podía inhibir la persecución.

Años más tarde, en Chile y sobre todo en el extranjero, me preguntaron en reiteradas ocasiones cómo se explicaba esta relación de una revista tan laica, política y rebelde con la Academia de Humanismo Cristiano y la Iglesia.

—El patrocinio opera como un paraguas —respondía yo y me apresuraba a gesticular.

—Ah..., como un *umbrella* —acotaban los distintos tipos de gringos que se interesaban por Chile y solidarizaban con nosotros. Europeos, en particular, a quienes con tanta eficiencia atendiera siempre Duncan Livingston, gracias a su magnífica facilidad para los idiomas. Tanto era así, que a dos días de llegar a Estocolmo ya me traducían los diarios locales.

Por supuesto que el incidente al interior de la Academia trascendió. Se nos agotaron los ejemplares de esa primera edición reconvenida, pero se añadieron suscripciones y nuevos cheques. Fue así como en un abrir y cerrar de ojos celebramos nuestro primer año de vida. La fiesta se realizó en la Casa de Retiro de San Francisco Javier, en la comuna de Ñuñoa, acaso en una de las primeras manifestaciones masivas después del golpe y a la que asistieron quienes habían escrito en las primeras ediciones, sus familiares y unos cuantos amigos del más variopinto espectro. Eran disidentes de distintas procedencias políticas, sociales y religiosas que se habían atrevido a escribir en la revista, pese a las dudas que un año antes nos había expresado monseñor Jorge Hourtón.



—¿Habrá tanta gente dispuesta a arriesgarse? —inquirió el obispo.

Pues bien, sí: él y otros noventa más, cuyos nombres destacamos en un largo papelógrafo que presentamos en nuestra celebración.

Los primeros números de *Análisis* cumplieron una odisea antes de encontrar talleres gráficos que se atrevieran a imprimirlos. Las tapas en un lugar, los textos en otro y posteriormente se realizaba la compaginación manual donde se pudiera. Había que cuidar de no dejar rastro alguno de estenciles, páginas sueltas y otras evidencias que pudieran ser perseguidas por la autoridad. Debido al toque de queda, teníamos que permanecer, además, durante noches enteras al pie del cañón, para amanecer en la tensa tarea de distribuir los paquetes, hacérselos llegar por mano a los suscriptores y a esa cadena de estudiantes y suplementeros que los vendían bajo cuerda y nos daban, por lo general, rigurosa cuenta de su quehacer oculto.

Fue en este afán en que conocimos a Jaime Escobar, uno de los personajes más particulares de nuestra azarosa empresa editorial. Con una luminosa y precoz calvicie, el «Pelao» nos observó afligidos en uno de esos talleres y se ofreció a trabajar con nosotros como editor, bajo la condición de que confiáramos en él, no nos inmiscuyéramos en sus contactos y le pagaríamos por su servicio.

Desde entonces y por más de un año no supimos cómo se las ingenió para cumplir rigurosamente con nuestro encargo. Solo cuando comenzamos a operar a descubierto nos confesó que la revista se imprimió nada menos que con la colaboración de un grupo de integrantes de la Policía Civil, un grupo de «tiras buena onda». Entendimos, así, por qué los «patos

malos» de la dictadura nunca pudieron descubrir los escondites en los cuales el Pelao, los detectives y los imprenteros trabajaron para que la revista saliera a la luz.

Creo compartir con mis compañeros de *Análisis* la enorme emoción que me producía cada edición de nuestra revista. Hasta hoy me resulta placentero observar esas portadas y repasar de nuevo su olor a tinta y complicidad, aunque apenas aparecían nuestros números sintiéramos un escalofrío al comprobar en letra de molde nuestros atrevidos titulares.

Huelga decir que el Pelao Escobar era de esos militantes demócratacristianos irreductibles, que se pasan la vida criticando a su partido sin dar el paso de marginarse o emprender otro rumbo político. Era de una gran agudeza y un bohemio empedernido que no concebía la aparición de cada revista sin «ir a tomarse una cosita», liturgia en que se gastaba todas las utilidades de su trabajo en *Análisis*. Al día siguiente del triunfo de Patricio Aylwin, creo que fue el único de nosotros que se animó a celebrar y partir con su esposa Violeta a la playa. Antes de entrar al balneario de Algarrobo, su automóvil se volcó y quedó muy grave. Murió después de unos días de triste agonía.

En 1980 Pinochet sometió a consulta pública la aprobación de la Carta Fundamental que nos rige hasta nuestros días, pese a que el proceso electoral fue considerado espurio por toda la disidencia y los observadores extranjeros. Sin registros electorales, con los derechos cívicos conculcados y en un clima de amedrentamiento feroz, los resultados le fueron favorables y desde ese día el dictador buscó ser reconocido como un legítimo jefe de Estado. En este propósito, entonces, es que las publicaciones que existían de hecho pasaron a tener un reconocimiento legal, pudieron imprimirse en talleres reconocidos, así como comercializarse paulatinamente en los

quioscos de todo el país. Quioscos que tenían tan poco para ofrecer que en la práctica se convirtieron en puestos de venta de toda suerte de hidratos de carbono y comida chatarra. Esta situación se extiende hasta el día de hoy, en un país en que la oferta de diarios y revistas sigue igual o más deprimida incluso que durante el propio gobierno militar.

Para *Análisis*, APSI, los diarios que se fundaron posteriormente y otros medios de comunicación, esta situación nos permitió multiplicar muchas veces nuestros tirajes y convertirnos con los años en la prensa de mayor circulación de nuestra historia. Una oportunidad que de todas maneras tuvo sus riesgos y dificultades: no fue fácil encontrar imprentas que se atrevieran a trabajar con nosotros y por mucho tiempo pudimos observar los asaltos y atentados incendiarios que afectaron a los puestos de venta que nos exhibían demasiado. De paso, digamos que el Sindicato de los Suplementeros de Chile estuvo por un periodo largo en manos de directivas comunistas, lo que obviamente contribuyó al entusiasmo que le pusieron estos vendedores a la comercialización de nuestras revistas.

Diversas imprentas, desde luego, dieron un portazo a nuestros requerimientos de ser impresos en rotativas y ganar así en volumen, calidad y velocidad frente a lo que lográbamos en talleres modestos. Pero tanto *Análisis* como otras publicaciones tuvimos la suerte, al final, de encontrarnos con Carlos Aguirre a la cabeza de un grupo editorial bastante poderoso que estuvo dispuesto a arriesgarse con nosotros, perder otros trabajos y soportar todos los contratiempos que le ocasionábamos, en especial en relación con nuestros pagos y clausuras forzadas. No conozco en profundidad la historia de esta magnífica familia Aguirre, que tanto contribuyó al periodismo libre en Chile, pero de lo que sí estoy seguro es de que no era de izquierdas. Simplemente, era gente de coraje, noble en el com-

promiso y de indisimulables rasgos y temperamento vascos.

## TRAS LAS REJAS

La dictadura se abrió a reconocer legalmente nuestros medios luego de modificar la Ley de Abusos de Publicidad y el Código de Justicia Militar, para otorgarles severísimas penas a quienes los tribunales condenaran por sedición, ofensas a las autoridades y a las Fuerzas Armadas. Largos años de cárcel se impusieron por faltas que en el pasado solo podían ser castigadas con multas y breves condenas de reclusión. Esta desproporción flagrante entre lo obrado y el consecuente castigo seguramente explica que en tantos juicios —que luego enfrentáramos— los propios jueces abyectos nos declararan el sobreseimiento, antes de tener que aplicar el rigor impuesto por la ley.

Con la Constitución del 80 y la «legalización» de nuestras revistas enfrentamos un nuevo tipo de acoso: el de los tribunales militares y ordinarios. Desde entonces, algunos periodistas sumamos a la rutina de asistir a los cementerios, nuestra forzosa concurrencia a los juzgados para ser procesados y derivados a distintos presidios.

Personalmente, saco cuentas ahora de que estuve privado de libertad unas cinco veces, antes de ser condenado a 541 días de reclusión nocturna. Confieso que me cuesta mucho volver al pasado en esto y recordar cada oportunidad y cada recinto en el que estuve. Siempre fui un pésimo recluso, según le consta a mis abogados y seres más cercanos. Hasta hoy evito las películas de presos y de cárceles, y mis peores pesadillas aún

versan sobre exámenes de colegio y detenciones. Todavía me asusta enfrentarme a los carabineros, y mantengo la promesa de resistir cualquier detención policial y un nuevo enclaustramiento forzado, si bien muchas veces me anima la idea de terminar mi vida en algún monasterio.

Siempre recordaré el llanto de mi hija al observarme por primera vez sin barba: indefectiblemente debíamos rasurarnos con la confirmación del procesamiento o la encargatoria de reo. También me viene a la memoria la forma en que mi madre se cubrió con las sábanas para ocultar la emoción cuando me acerqué una mañana por sorpresa a su cama después de haber sido liberado, aunque ella en verdad estimaba que en la cárcel era donde su hijo estaba más seguro.

Me detuvieron por primera vez cuando publicamos una portada con un estridente título: «Mayoría absoluta: ¡QUE SE VAYA!», donde dimos cuenta de una encuesta organizada con gran seriedad por *Análisis*, que concluía que un 57% de los encuestados quería que Pinochet se fuera lo antes posible. Sabemos que la portada indignó al propio dictador y lo hizo declarar: «el que se va a ir va a ser él». En efecto, más tarde mis cancerberos me contaron que me salvé por los pelos de ser expulsado del país.

Mediante una enorme movilización policial fui detenido en las propias oficinas de la revista y conducido al cuartel central de la Policía de Investigaciones. Nunca antes en toda mi vida había sentido tanto frío, porque después de los muy buenos modales de mis captores y descartada la opción de conducirme al aeropuerto, el director de Investigaciones en persona dispuso que me obligaran a desvestirme y me introdujeran en una asquerosa y maloliente celda llena de orines y heces; además, ordenó la prohibición absoluta de permitirme dormir. De hecho, pasé no sé cuántas horas tiritando de frío y

constantemente picaneado por un gendarme desde el exterior de la celda para que no cediera al sueño.

En la madrugada, intempestivamente me llevaron a una comodísima pieza en el mismo recinto para que me duchara y vistiera.

—Lo vamos a conducir a los tribunales —me advirtió con voz amable un policía—. Eso sí, va a venir el médico para constatarle lesiones y le recomiendo que firme lo que sea, de otra manera vamos a tener que prolongar su estadía aquí.

Cumplí a cabalidad con lo informado y le respondí al médico que había sido objeto de un trato correcto. Estoy seguro de que no me creyó.

Lo más curioso sucedió cuando ya estuve enfrente de la ministra Raquel Camposano, una magistrada terca que se resistió a saludarme de mano, pero cuya dureza se desvaneció por completo cuando me ofrecí a encaramarme a un mueble para correr las largas y pesadas cortinas que penden en los despachos de la Corte de Apelaciones. Tenía incómoda a la ministra ese luminoso sol de invierno que se cuele por las ventanas.

—Es muy gentil —dijo—. ¿Cómo es posible que una persona como usted se encuentre en un lugar como este, donde solo recibimos a delincuentes? Me voy a tener que tomar un tiempo para leer su artículo, porque usted está requerido por lo que escribió...

—Ah, no es por la encuesta —vine a entender en el sitio.

—No. A usted se le acusa de llamar a la subversión del orden público, el derrocamiento del gobierno y por injuriar gravemente al Presidente de la República. Lo remitiré a la cárcel pública. ¿Cómo se le ocurre tratar así al Presidente! —había recobrado su naturaleza, y yo la mía:

—¿Presidente, ministra?

Fue así como me pusieron los grillos por primera vez, co-

nocí los carros celulares y me condujeron muy pocas cuadras más adelante a un añoso y sobrepoblado penal por donde pasaron miles de detenidos políticos y donde murió el general Bachelet, padre de nuestra Mandataria. Un recinto que posteriormente fuera demolido, en un país sin mucha memoria.

En la galería 3 me tocó dormir la primera noche en el suelo y en una celda excedida de «internos», otro eufemismo de nuestro vocabulario nacional y que se refiere a los detenidos o condenados. Pasé en vela, pues un gato insistió en ponerse en mi almohada, lo que no fue nada agradable, sobre todo si se considera que en la clasificación humana que nos divide entre quienes somos amigos de perros o de estos felinos, claramente pertenezco a los primeros.

Al día siguiente, y antes de que me trasladaran al pensionado del penal, me tocó presenciar una situación espeluznante. Debajo de la galería 3 se situaba el llamado «Patio de los Locos», es decir, donde se ubicaban los presos dementes y deficientes mentales detenidos o condenados por los tribunales; reclusos forzados a una miseria extrema, que deambulaban todo el día como desquiciados y vivían prácticamente en función de lo que se les lanzaba desde las galerías superiores, como restos de pan, colillas de cigarrillo y otros. Partía el invierno y las condiciones de estos pobres hombres eran más que lamentables si se considera que la única ducha que teníamos en el corredor volcaba el agua servida directamente a su espacio. Me partió el alma observar que una de las diversiones de estos era ponerse debajo del chorro de agua que caía desde el segundo piso y que, por supuesto, inundaba todo el recinto. Lo más lamentable era que, como en el segundo piso solo había un inodoro para los reclusos, muchos preferían descargar sus orines hacia el piso de abajo.

Por el temor que le tenía Gendarmería a la denuncia pe-

riodística, el alcaide del recinto dispuso mi traslado, pero me bastaron esas pocas horas en la galería 3 para darme cuenta de la sordidez extrema de nuestro sistema penitenciario. Dentro de las demandas planteadas por las organizaciones de derechos humanos estuvo siempre la de mejores condiciones de vida para los que pagan deudas con la sociedad y requieren una oportunidad para redimirse y volver a reinsertarse en ella. Por el contrario, cada vez que estuve preso, lo que comprobé es que las cárceles son una escuela del delito, ya que incluso para sobrevivir en ellas muchas veces no hay más remedio que delinquir.

Con las demandas de justicia, las organizaciones de derechos humanos siempre han abrigado la esperanza de que mejoren drásticamente las condiciones carcelarias y se edifiquen recintos dignos y seguros para los detenidos y los propios gendarmes. Estos últimos, por sus ingresos e intensas jornadas de trabajo, se asumen más «presos que los propios presos». Al cumplirse dos décadas del término de la dictadura, lo cierto es que el país ha privatizado la construcción y administración de varios establecimientos penitenciarios, por lo que las condiciones de quienes están allí han mejorado radicalmente. Sin embargo, al escribir estas líneas leo que un observador internacional de visita en Chile reconoce el buen estándar de éstas al tiempo que se lamenta de las deplorables condiciones en que permanecen otros recintos, en que el hacinamiento, el maltrato a los reos y la infraestructura es tan deplorable que no se condice con aquella pretensión política de ser reconocidos como «un país que compite en las grandes ligas».

Estoy convencido de que en la decisión de la ministra Camposano de otorgarme la libertad bajo fianza tres o cuatro semanas después influyó la amabilidad que tuve con ella al cerrarle el paso al sol que daba en su cara. Me acuerdo de que la notificación fue apurada y que los gendarmes se esmeraron



en cumplir la resolución con rapidez. El juicio lo ganaríamos gracias a una brillante defensa del abogado Jorge Mera, quien produjo un escrito jurídico político notable y que luego sirviera de jurisprudencia para otros requerimientos en contra de la libertad de expresión.

Los periodistas que enfrentamos el acoso de los tribunales tenemos una deuda de gratitud inmensa con quienes fueron nuestros defensores. En el futuro, otros abogados se sumaron a la noble tarea de defender a los periodistas de *Análisis*, constantemente requeridos. Nelson Caucotto, Luis Eduardo Thayer, Roberto Celedón, Jaime Hales, Guillermo de la Jara, Laura Soto y tantos otros que no solo nos defendieron sino que además nos dieron luces para decir lo que quisiéramos, pero tratando de no infringir la ley. No en vano libré de esta posible condena, porque en mi artículo hablé de subvertir el orden «actual» y no el orden «público» tipificado en el código. Además, en el interrogatorio declaré que jamás había tenido el «ánimo de ofender» a Pinochet, lo que señalé muchas veces, más que exigido por mis abogados. Esta manifestación, indiscutiblemente hipócrita, resultaba necesaria para evitarse una resolución adversa; tanto es así, que uno de nuestros columnistas, el abogado Alfonso Stephens, prolongó mucho su detención por insistir en forma iracunda que él siempre había querido injuriar al tirano.

En una crónica di cuenta de que estos abogados, además de cumplir con su labor procesal, nos resultaban indispensables en los duros días de reclusión, acosados por la falta de libertad, la soledad y la incertidumbre. Siempre le agradeceré a Nelson Caucotto, por ejemplo, las largas horas que permaneció conmigo a la espera de que el fiscal militar Torres Silva se aviniera a visar mi libertad ya concedida por la Corte. Este siniestro personaje se dio el gusto de desaparecer del tribunal

cuando ya había recibido el expediente, en el ánimo, por supuesto, de extender el castigo hasta la última hora del día.

Ya confesé que era un mal preso. A esto debe agregarse que tengo tendencia a la depresión y al insomnio. Nunca he dormido más de cinco horas seguidas, por lo que estos tiempos de cárcel se me hacían más odiosos que a muchos. No puede compararse, pero aun así yo traía la fatiga de los años en que estuve en el Internado Nacional Barros Arana, sin duda mi entrañable colegio, pero en el que nunca pude conformarme con el encierro de domingo en la noche a sábado por la mañana. De allí que siempre formé parte de los más osados infractores que, una vez que sonaba el timbre de silencio, saltábamos los altos muros del colegio, nos íbamos a la calle San Pablo, engullíamos unos hot dogs y una cerveza y volvíamos cargados de pertrechos para los que nos esperaban en el dormitorio.

De mis tiempos de reclusión guardo el hermoso recuerdo de dos personas que, como los abogados ya mencionados, tuvieron licencia para vernos en horas fuera de las dispuestas para las visitas. Uno de ellos fue el líder sindical Clotario Blest, un cristiano de tan buena cepa que dedicó su vida entera a la redención de los oprimidos y que, en los tiempos de la dictadura, jugara un papel tan importante en la unidad y lucha de los trabajadores. Sentí todo el esplendor de la santidad de don Clota cuando me visitaba para entregarme consuelo, paz y fortaleza. Me hablaba de Cristo con tanta familiaridad como si hubiese caminado con él por la calzada de Emaús. De niño, yo escuchaba de la admiración que le tenía mi padre, de la persistencia de su lucha y de cómo entraba y salía de la cárcel. Y ya muy anciano, la dictadura volvió a encerrarlo.

Un asiduo lector de la revista, Arturo Montes, era otro que me frecuentaba en esas horas de angustia. Era sentimental y

bueno para emocionarse, como yo, por lo que no alcanzábamos a conversar mucho sin que se nos apretara la garganta. Pero tenía el don de llegar cuando más necesitaba compañía. Solo lo veía cuando estaba preso, salvo una vez que me invitó a su casa y me presentó a su familia.

En mis dos estadías en el penal de Capuchinos (cuando ya fui un preso más distinguido a nivel nacional e internacional) recuerdo la magnífica oportunidad de ver al doctor Juan Macaya, largamente detenido por haber socorrido a combatientes del Frente Patriótico Manuel Rodríguez. Parco con la palabra y con la expresión de sus sentimientos, como médico Juan cumplía con depositarnos una milagrosa pildorita en la boca antes de dormirnos. Con ella, de inmediato se nos abría el pecho y nos entregábamos al sueño. Ya en libertad, y con la amistad que consolidamos, nunca quiso confesarme qué droga nos salvaba de la angustia.

En las dos oportunidades en que estuve en esa cárcel —considerada de lujo, pero en verdad solo era un poco más decente que las otras— me tocó convivir con el abogado Gustavo Villalobos, que había oficiado en la Vicaría de la Solidaridad y estaba acusado de terribles vínculos con los sectores más rebeldes, naturalmente terroristas para la dictadura. Gustavo me hizo partícipe del privilegio carcelario de beber un poco de whisky antes del encierro en nuestras respectivas celdas. La medida era apenas una tapita de la petaca que siempre disponía y que en esas condiciones valía más que un hueso de santo. Allí entendí que nada puede ser más estimulante para el consumo que su prohibición. Pero lo más importante fue descubrir que el proveedor del abogado de la Vicaría era el mismísimo arzobispo de Santiago, Raúl Silva Henríquez. A él no lo revisaban en su ingreso a la cárcel.

Con este sorbo milagroso y la pildora del doctor Macaya,

las noches se hicieron más llevaderas. Me convencía de que nunca podrían encarcelarnos la conciencia y los sueños.

## RECLUSIÓN NOCTURNA

De la mano de eficientes abogados sorteé de buena manera innumerables procesos y reiteradas detenciones en distintos penales. Sin embargo, en un bullado proceso contra todos los periodistas y columnistas de *Análisis*, al final recibí esa curiosa condena por 541 días de reclusión nocturna, dispuesta por el ministro Leonel Beraud, uno de los jueces más serviles a la dictadura. A pesar de que su sentencia fue revocada por la Corte de Apelaciones, entre gallos y medianoche fue reiterada un año después por la Corte Suprema, en uno de los escasísimos recursos de revisión que ha acogido el máximo tribunal.

En un episodio que lo retrata de cuerpo entero, Beraud confidenció que él en realidad no quería condenarme, pero que era tanta la presión que se le había ejercido que no tuvo más remedio que acceder a la demanda del Ministerio del Interior. Quería él culminar con honores su carrera judicial, le dijo al jurista Manuel Sanhueza, uno de los disidentes más destacados en la lucha contra la dictadura y que fundara y presidiera el Grupo de Estudios Constitucionales, una prestigiosa instancia creada para formular y exigir una carta fundamental democrática como alternativa a la Constitución del 80, aquella que hasta hoy nos rige en su espíritu y buena parte de la letra, pese a las enmiendas cosméticas que se le han hecho.

Años después, el ministro Beraud llamaría la atención de los medios de comunicación a raíz de una cirugía en un fémur

que lo tenía prácticamente inválido. Tuvo tan mala suerte que le intervinieron el lado bueno y lo dejaron más rengo aún, pese a lo cual cobró una millonaria indemnización antes de morir.

Uno de los amigos antena que siempre tuvimos en los tribunales me sopló la intempestiva resolución de la Suprema y alcancé a volar a Buenos Aires para embarcarme, desde allí, a Helsinki, donde estaba previsto que recibiera la Pluma de Oro de la Libertad, una de las más altas distinciones que se me confirieron durante y después de la dictadura. Tenía que hacerlo antes de que la Corte decretara mi arraigo y detención.

Cuando ya estaba en el avión dispuesto a cruzar la cordillera, un policía me hizo descender del aparato para hacerme ver que no podía salir al extranjero. Sin embargo, debió desistir de su empeño, porque nunca le llegó la notificación respectiva, ante lo cual la tripulación de vuelo y los propios pasajeros se quejaron, ayudándome de paso a regresar al avión.

—Algo escuché por la radio, señor Cárdenas. Sé que usted no puede viajar, pero en realidad no puedo retenerlo más. Los del avión están muy enojados... ¿Va a volver, no es así?

—De todas maneras —le dije con rotundidad—. No tengo qué temer.

De esta forma es que llegué a Finlandia con la noticia extendida de mi condena, donde recibí otro trato y donde además me obsequiaron una hermosa estatuilla dorada. Todavía la exhibo en mi escritorio, aunque esté bien a maltraer por los incendios que después afectaran mi hogar. En la solemne ceremonia frente al Primer Ministro, los integrantes de la Federación Internacional de Editores de Periódicos me ofrecieron asilo en el país europeo que escogiera. Pero había salido de Chile con el compromiso de retornar y cumplir la condena.

De regreso, hice escala en Río de Janeiro. Allí me reuní con mi abogado y algunos amigos que estimaron convenien-

te unos días de relajación carioca antes de convertirme en reo. Los sindicatos de periodistas brasileños y la asociación de abogados democráticos agradecieron mucho que pasara por ahí antes de volver a Chile. Meses antes, me habían otorgado el Premio de Periodismo Vladimir Herzog de Amnistía y Derechos Humanos, y que lleva el nombre de un periodista mártir de la lucha por la libertad de expresión.

Al día siguiente de reencontrarme con mi familia, con los compañeros de *Análisis* y los integrantes de nuestro Colegio de Periodistas, concurrí voluntariamente a notificarme y esa misma noche dormí en el penal de la calle Lira. Lo hice durante un año y medio con la sola interrupción de dos noches de libertad que me otorgara el ministro de la causa a raíz de la muerte de mi padre, cuyo estado agónico presencié de madrugada al llegar del penal a su departamento. Esas dos noches tuve que agregarlas a mi condena, aunque al término de la cual el repugnante ministro Beraud quiso agregarme incluso un día más, lo que me obligó a presentar un recurso de amparo que gané cuando la Corte sumó el tiempo que había cumplido privado de libertad.

Se me destinó a una celda solo y en un extremo del penal, con la advertencia de los gendarmes de que en la pieza de enfrente había ingresado alguien que no venía remitido por tribunal alguno. Alguien, me dijeron, que muy posiblemente perteneciera a los servicios secretos que acostumbraban a hospedarse en las cárceles para vigilar a los presos políticos.

Esa misma noche sucedió algo extraño. Un ruido me hizo despertar y darme cuenta de que un sujeto revolvía mis ropas. Sin la prudencia recomendable en los penales, grité atrevidamente y la persona salió huyendo de mi celda, aunque alcancé a verla con toda claridad. Al salir de la celda por la mañana, denuncié el hecho a los gendarmes de turno. De regreso a las

diez de la noche, los guardias me esperaban con tres sospechosos para que reconociera a quien había ingresado en mi pieza. Estaba allí, pero tuve el acierto de no identificarlo. Ello significó que desde ese día me ganara el respeto de la población penal y que durante todas las noches siguientes fueran los propios reos quienes se convirtieran en mis principales veladores. Ingenié la mejor forma de dormir: con una corbata amarraba mi camarote a la puerta, de tal manera que se moviera el camastro cada vez que alguien pretendiera entrar en mi habitación.

En menos de una semana, sin embargo, solicité ser integrado a la pieza de los presos políticos, en una situación de extremo hacinamiento, pero de mayor seguridad. Allí hice amigos para toda la vida, así como aprendí del mundo de sus organizaciones, luchas y sufrimientos. Eran todos militantes del MIR y del Frente Patriótico Manuel Rodríguez. Venían al penal de la calle Lira después de cumplir largos años de encierro, torturas y «buena conducta» en distintas cárceles. Podría escribir otro libro con sus biografías ejemplares, en las que destacaría el olvido al que fueron condenados por sus organizaciones y por la transición, que no les dio gloria alguna. Con uno de ellos trabajo hasta el día de hoy y no me perdonaría dejarlo sin consignar: Juan Valverde. Sigue siendo un entrañable comunista y un acérrimo hincha del Colo-Colo.

Con la reclusión nocturna se desbarajusta mucho la vida. En particular, tuve que hacer una serie de arreglos en mi vida familiar y laboral para vivir y trabajar de día y, por las noches, cumplir con las rutinas de reo. Peor aun si se considera que mi familia estaba viviendo en San Vicente de Tagua Tagua, adonde había tenido que emigrar dados los constantes seguimientos y amedrentamientos que recibimos en las más de una decena de casas que arrendamos en Santiago, buscando inú-

tilmente el sitio más seguro. De hecho, con esta condena tuve que tomarme libres los miércoles para visitar por el día, naturalmente, a mi esposa e hijos a 140 kilómetros de la capital. Lo mismo que debí hacer cada sábado y domingo durante aquel año y medio de condena.

Cumplir con mis deberes familiares, dirigir la revista y subirle el tono a mis columnas es lo que me proponía y se me exigía en la contienda en que estábamos involucrados. La dictadura no podía amedrentarme y jamás pediríamos un indulto. A lo anterior se sumaba tener que responder a la curiosidad que mi caso despertaba tanto en Chile como en el extranjero. Fueron muchos los periodistas y visitantes de todo el mundo que me entrevistaron y le dieron cobertura y atención a este extraño personaje que trabajaba de día y dormía tras los barrotes de noche. Un pequeñísimo y amistoso ministro del Trabajo alemán, el dramaturgo Arthur Miller, el entrañable Osvaldo Soriano, el propio Eduardo Galeano y una infinidad de políticos, escritores, religiosos y combatientes de las más diversas latitudes escribieron sobre mí o, más bien, de la extraña situación que me aquejaba como periodista chileno. Muchos de estos afamados personajes se presentaban sin previo aviso a la seis de la mañana a mi salida de la cárcel o irrumpían por la tarde antes de mi apresurado y angustioso ingreso en el penal. A muchos de ellos no los conocía ni de oídas y con otros era imposible la comunicación debido a mi lamentable ineptitud idiomática. Era discípulo, por supuesto, de una educación pública que entonces no se afanaba por adiestrarnos en las lenguas extranjeras y que estimaba que lo primero y principal era hablar bien el castellano. Heredero, por lo demás, del terrible prejuicio en contra del inglés: el idioma imperial.

Pero fue esta solidaridad constante la que no nos impidió flaquear. En particular, esa emocionante decisión de va-



rios colegios profesionales de organizarse para que siempre a mi salida de la cárcel me esperara un grupo de madrugadores cuyo único objetivo era darme protección hasta el lugar que quisiera y, si yo lo deseaba, desayunar conmigo antes de ir a ducharme y llegar a la revista. Allí estuvieron los ingenieros y médicos que siempre llegaban antes de la hora; los psicólogos, los profesores y otros que arribaban apremiados por el desvelo. También, centenares de amigos y lectores de la revista que se dieron cita religiosa en la cárcel y que, estoy seguro, me libraron de un riesgo inminente; en especial, en esas oscuras, frías y desoladas mañanas de invierno. Muchos de ellos estuvieron en la larga vigilia que antecedió a mi liberación hasta que la Corte diera el salvoconducto respectivo. Fue una jornada de abrazos fraternos y emocionados que jamás olvidaré.

La única noche que vulneré la estricta hora de ingreso en la cárcel fue la del triunfo del No en las urnas, consulta popular que el dictador estaba seguro de ganar y que, sin embargo, marcó el principio de su fin... en La Moneda. No podía perderme la celebración en el centro de Santiago, por lo que urdí una buena excusa que me permitiera llegar una hora más tarde y con la que evitara en lo posible la sanción que correspondía. Enorme fue mi sorpresa al ingresar en el penal y ser recibido por unos diez gendarmes que se enfilaron y cuadraron a mi paso antes de que todos nos estrecháramos en fuertes abrazos. Adentro me acogieron los presos con un bullicioso y prolongado aplauso que dio paso a una noche en vela. Celebramos con sopaipillas y ese mate amargo que toman los presos y que por primera vez sentí muy dulce.

## UN SECUESTRO MUY PARTICULAR

Durante uno de esos ingresos en la cárcel, en las mismas puertas del penal, fui asaltado por un grupo de matones que con violencia me inmovilizó y me metió en un automóvil que se alejó del lugar a toda velocidad. El secuestro fue grabado por las cámaras de unos periodistas ingleses de la BBC, que habían hecho el ejercicio de esperar a la salida de la cárcel a este curioso periodista chileno y de pasar todo el día registrando mis actividades. Naturalmente, también pretendían despedirme a la hora de mi reclusión nocturna. Poco antes de llegar al recinto, los reporteros pudieron grabar incluso el encuentro con unos amigos en un bar cercano a la cárcel, quienes me acompañarían hasta el momento del encierro. De manera que, además de los gendarmes de la puerta, por lo menos otras diez personas fueron testigos de esta insólita acción que, desde luego, le puso todo el dramatismo necesario a la nota periodística que a las pocas horas exhibió la televisión europea; un reportaje que, con toda seguridad, me hizo escapar de un desenlace más severo.

Mis amigos y los reporteros ingleses siguieron el auto hasta el Cuartel General de Investigaciones, pero no se dieron cuenta de que en el interior los policías del recinto corrieron hacia el vehículo y obligaron con gruesos insultos a mis captores a abandonar a toda prisa el lugar, al tiempo que me advertían que los oscuros personajes no tenían nada que ver con su servicio, que se trataba de «los patos malos...». Pero nada hicieron para liberarme de ellos, por lo que en breves segundos salí por otra puerta con destino absolutamente desconocido y sin la posibilidad de ser vigilado por quienes habían sido capaces de escoltarme hasta allí en tan horrible carrera.

Cerca de la Estación Central, la radio Cooperativa, con la ya mítica voz de Sergio Campos, daba cuenta inmediata del secuestro del director de la revista *Análisis*, de los «sujetos no identificados» que me habían capturado, así como de mi

paradero incierto. Advertía también que muchos habían sido los testigos de la operación y que existían imágenes capturadas por las cámaras de los periodistas ingleses. Esto hizo que los sujetos detuvieran el automóvil en el acto, descendieran de él y se comunicaran con alguien que debió instruirlos sobre qué hacer conmigo.

De esta forma es que me condujeron por el camino de Quilicura hacia Valparaíso, en el que enseguida reconocí el lugar donde tiempo antes los agentes de la dictadura habían degollado a tres profesores comunistas: Santiago Nattino y mis amigos José Manuel Parada y Manuel Guerrero, en uno de los crímenes más espeluznantes de nuestra larga y nutrida historia represiva. Temí lo peor y solo pude encomendarme a Dios. Al final me depositaron en un retén de carabineros en Valparaíso, sin que la policía uniformada me esperara y sin que nadie me diera nunca cuenta de lo que acontecía.

Jamás había sentido tanta tranquilidad de estar en manos de carabineros, pese a que estos lo único que hicieron fue advertirme que debían ingresarme «como incomunicado», por lo cual no tenía licencia para dirigirles la palabra. No pasó más de una hora hasta que me condujeron a la cárcel de Valparaíso, donde quedé en una celda oscura, privado de mis zapatos, cinturón y anteojos. Es decir, en la penumbra y el desamparo.

No puedo calcular cuántas horas estuve echado en un duro somier sin saber qué sería de mí y qué estaría pasando en Santiago. Temía que mi familia asociara mi secuestro con el que llevó a la muerte a Pepe Carrasco, nuestro editor internacional, dos años antes. La vigilia, sin embargo, se me hizo más llevadera en la madrugada, cuando empecé a escuchar voces al exterior de mi celda.

—¡Fuerza, compañero! ¡Fuerza, compañero! —me gritaron una decena de veces. Debían de ser los presos de la cárcel,

pensé, siempre apegados a la radio y la televisión, y los primeros en enterarse de las fatalidades del exterior y de quienes ingresaban como reos. Cuando pude salir de ese viejísimo penal, situado en un cerro que mira hacia nuestro mar azul, los propios gendarmes me confesaron que ese «¡Fuerza, compañero!» había sido una idea de ellos, nobleza que me devolvió por un momento la confianza en el género humano.

No sé a ciencia cierta cuánto tiempo pasó hasta que me condujeron a la Fiscalía Naval, ese hermoso edificio que los militares expropiaron a la Intendencia Regional para destinarlo a la Armada. A muy maltraer, un joven fiscal me recibió en el más completo desconocimiento de las causas por las que me encontraba allí.

—No sé qué diablos pasa, Juan Pablo. Solo tengo instrucciones de dejarte detenido mientras me envían de Santiago el expediente de un proceso que te van a incoar. Lo que te puedo contar es que hay una conmoción enorme con tu caso. El gobierno no entiende cómo la televisión europea ha difundido las imágenes de tu detención...

—¿Pero quedará en libre plática, ahora? —atiné a preguntar.

—No, seguirás incomunicado. No puedo hacer nada... ¿Muy incómoda tu celda? —amable, el tipo, pensé.

—La cama no tiene colchón ni frazadas. ¿Mi familia sabe dónde estoy? —continué.

—Sí. Ya está afuera con la directiva del Colegio de Periodistas y la gente de tu revista... Que no le cuenten a nadie, por favor, pero voy a autorizar que te ingresen un colchón. Aprovecha de usar mi baño para echarte una mojadita. Este lujo no lo tendrás en la cárcel, pero apenas pueda te llamo a comparecer. Y tómate este cafecito antes de irte...

Al día siguiente, el fiscal ya no me recibió con tanta sim-

patía. Tenía sobre su escritorio un legajo con la acusación que me relacionaba con un injurioso artículo contra la Marina. Se me imputó, entonces, la responsabilidad que me cabía como director de la revista y fui destinado una vez más a la cárcel de Valparaíso. Según me advirtió el fiscal, debía prepararme para un proceso largo, pues por los antecedentes que le habían remitido lo publicado era considerado grave y lesivo para la segunda rama de nuestras Fuerzas Armadas. (No está demás señalar que en esto del escalafón militar los aviadores piensan que el progreso tecnológico hace rato que los ubica en ese lugar, si no en el primero, como «fuerza disuasiva».)

Seguramente fue por la prisa en «fabricarme una causa» que los acusadores no se percataron tanto de que el artículo en cuestión tenía la firma de un autor responsable como de que en el tiempo en que fue publicado yo estaba en el extranjero, por lo que estaba subrogado en el cargo de director. De todas maneras me hicieron pasar varios días detenido en una estrechísima celda, que unos días después compartí con el periodista Iván Badilla, el autor del artículo cuestionado. Era tan incómoda, que ninguno podía sentarse en su respectivo colchón del triple camarote y debíamos turnarnos para respirar en la ventanilla de la puerta. La sensación era terrible y se alargaba durante las horas en que debíamos estar encerrados, desde las cinco de la tarde hasta las ocho de la mañana del día siguiente.

El propio Fernando Paulsen, en un hecho que lo honra, concurrió a Valparaíso a declarar toda la responsabilidad que le cabía en la publicación del artículo como director subrogante. La Fiscalía Naval no tuvo más remedio, entonces, que otorgarme la libertad incondicional. De esta manera, en la cama que desocupé se instaló Fernando, quien con Iván debió enfrentar un largo juicio y varios días de reclusión antes de

quedar en libertad bajo fianza.

El viejo penal de Valparaíso es ahora un museo y se encuentra en el llamado Cerro Cárcel de nuestro «Puerto Principal», como dice una conocida canción que suele molestar a los de San Antonio y otras bahías chilenas que tienen más movimiento de carga y descarga que este. En ese recinto, una vez en libre plática, tuve la suerte de reencontrarme con Óscar Guillermo Garretón y ser gratamente acogido por él. La última vez que lo había visto fue en La Habana, durante su largo exilio. Fue en mi primer viaje a Cuba, donde debí cumplir una dilatada espera para ser recibido por el comandante Manuel «Barbarroja» Piñeiro, con quien establecimos una sincera relación hasta su muerte. Garretón, entonces, me mostró los más hermosos rincones de La Habana Vieja y, por supuesto, conversamos mucho, como ahora lo hacíamos en torno a ese patio de la cárcel, cuyo único consuelo era ver el mar, sentir la brisa y el aroma maravilloso que nos arrojaban sus blancas y roncadas olas. ¡Cómo me extraña ver ahora a Óscar Guillermo convertido en un próspero empresario, recurrentemente retratado junto a las cúpulas patronales en la vida social de los diarios! Cada vez que lo observo de terno cruzado y estridentes corbatas me acuerdo de su «pecado juvenil» como secretario general de uno de los partidos más radicales y que más problemas le provocó a Salvador Allende con su iracundia revolucionaria. Lo veo, también, con su ropa «canera» departiendo con los presos que lo admiraban por su temple y paciencia combativa. Otro Garretón, sin duda, que además tocaba guitarra y entonaba las canciones de protesta. Parte de una generación de tantos líderes de izquierda terriblemente cooptados por el sistema y cuyo personaje más emblemático de este brutal reciclaje político es Enrique Correa. También del partido MAPU, hoy se ha convertido en un adinerado y poderoso *lobbyista* o traficante

de influencias. Pinochet llegó a decir de él que, de haberlo conocido antes, lo habría hecho su ministro. El mismo con el que sostuve un encuentro clandestino en un tugurio cerca de la Estación Central y en el que me fustigó porque revistas como *Análisis* daban pretexto a la dictadura para asegurar en el mundo que en Chile se respetaba la libertad de expresión... Estaba convencido, hasta bien entrada la dictadura, de que la única salida era la lucha militar y prolongada. Incluso algunos le atribuyen a Correa la formación del ulterior MAPU Lautaro, que ha dado las últimas víctimas de la lucha contra la tiranía en los nuevos tiempos de la transición.

En cuanto a reclusiones, la situación más ingrata fue la que experimenté durante el gobierno de Patricio Aylwin, en que un nuevo requerimiento del Ejército me llevó a la cárcel por varias semanas. Cuando supe que tenía una orden de detención, tomé contacto con el subsecretario del Interior para advertirle de esto y convenir mi comparecencia voluntaria a los tribunales sin ser objeto de la violenta y escandalosa aprehensión. El propio Belisario Velasco me advirtió que por ningún motivo me presentara en la Fiscalía Militar, que sería bochornosa para el gobierno democrático la detención de un periodista, que me ocultara, si era necesario, mientras se hacían las gestiones para convencer a los militares de que renunciaran al requerimiento por un artículo que yo había escrito en el gobierno anterior.

En esos días y pese a la necesidad de permanecer semioculto, concurrí a un seminario del Colegio de Periodistas al que también asistió el propio ministro del Interior, Enrique Krauss. De hecho, estaba yo en la antesala del auditorio cuando arribó el ministro, que al verme me saludó muy afectuosamente. Sin embargo, cuando ya estaba en el estrado, cayó en la cuenta de mi situación e interrumpió el desarrollo normal del acto para anunciar su retiro. Dijo más o menos que no

podía permanecer en un recinto donde estaba un prófugo de la justicia y que entendiéramos su incómoda situación como ministro y, en ese momento, vicepresidente de la República.

Enseguida le repliqué que se quedara, que sería yo el que se retiraría de la sala, pero él insistió en que yo era el que debía permanecer allí, que no complicara más las cosas, que de todas maneras él se iría. Por supuesto que cuando él se fue también lo hice yo en prevención de que fueran a detenerme allí mismo.

No pasaron ni dos días hasta que a las oficinas de la revista llegara una ambulancia de la Posta Central, de la cual descendieron dos sujetos vestidos rigurosamente de enfermeros. Le advirtieron a mi secretaria, Teresa Izquierdo, que venían a decirle que desde San Vicente de Tagua Tagua arribaba un helicóptero con uno de mis hijos accidentado de gravedad y que se requería, entonces, mi urgente presencia en el centro asistencial...

Teresa no tuvo que comunicarme nada, porque yo mismo escuché la conversación y de inmediato salí de mi despacho muy alterado por la información:

—No, no se inquiete, señor Cárdenas, ¡somos policías! —dijeron con caradura los falsos paramédicos—. Sus hijos están bien, pero a usted teníamos que detenerlo de alguna manera.

Ingresé por resolución del fiscal otra vez en la cárcel y, aunque el gobierno prometió gestiones para apurar mi libertad, lo cierto es que fueron los votos de los dos ministros civiles y de un juez uniformado los que me otorgaron la libertad condicional y, más tarde, revocaron la causa. Un emisario del secretario general de Gobierno, Enrique Correa, me aseguró que habían conseguido que el propio juez del Ejército me otorgara el beneficio de la libertad. Esto no fue así y más bien el susodicho solicitó que permaneciera detenido bajo la causal



de ser «un peligro para la sociedad».

Podría asegurar que fue otra la gestión que me permitió salir de la cárcel. Días antes de la audiencia con la Corte Marcial pedí permiso en la cárcel para comunicarme por teléfono con el editor general de *El Mercurio*, Juan Pablo Illanes, a quien no conocía, pero igualmente me animé a llamarlo para apelar a la solidaridad del diario con un colega encarcelado. De inmediato Juan Pablo acogió mi angustiada demanda y al otro día editorializó, planteando la arbitrariedad de mi detención y haciendo votos por mi liberación.

Habida cuenta de la influencia de *El Mercurio*, pienso que fue esa publicación la que más favoreció mi excarcelación. No fueron, por cierto, las gestiones del gobierno ante el Ejército. El ex dictador permanecía en su cargo de comandante en jefe y ejercía temor reverencial en los nuevos moradores de La Moneda.

Sin renunciar nunca a los cuestionamientos que siempre le he hecho a *El Mercurio* y a *La Tercera* por su obsecuente desempeño durante la dictadura, siempre guardaré gratitud hacia Juan Pablo Illanes. Por lo mismo es que, invitado por él, concurrí hace un año al Magíster en Prensa Escrita dictado por ese diario y la Facultad de Comunicaciones de la Universidad Católica, donde expuse larga y libremente sobre el periodismo que realizamos en los tiempos difíciles. Lo que no calculé fue que, antes de mi exposición, el propio Illanes me llenara de elogios ante los estudiantes. Por pudor, guardaré estos solo en mi memoria y en reconocimiento a la calidad humana de este tocayo.

ENTRAÑABLE PEPE

Para todos los que trabajamos en *Análisis* y las publicaciones disidentes, el homicidio de nuestro editor internacional José Carrasco es el acontecimiento más terrible de nuestras existencias. Pepe era un periodista mayor que todo el resto de nosotros y que desde el mismo 11 de septiembre empezó a ser perseguido por los militares, a causa de su militancia en el MIR y sus artículos de prensa. Después de que su compañera brasileña fuera asaltada en su departamento de Concepción y se enfrentara sola, heroica y hasta la muerte con quienes querían detenerla, Pepe fue detenido, brutalmente torturado y confinado en un centro de detención secreto. Nadie hubiera sabido de su paradero de no ser por la causa «fortuita» de que sus captores lo llevaron hasta un hospital para curarlo de unas heridas. Allí tuvo la suerte de ser asistido por un sacerdote que hacía ronda espiritual por las habitaciones, y a quien le pidió que denunciara su detención y su estado de salud. Eso lo salvó con toda probabilidad de la muerte, pues cuando los militares no reconocían la detención de alguien era en general para eliminarlo después de interrogarlo hasta que quedara exhausto y quebrado emocionalmente. Tras algunos meses, José Carrasco Tapia formaría parte de una nueva lista de chilenos expulsados del país gracias a las gestiones de ACNUR (Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados), como tantas organizaciones de derechos humanos que tan ejemplarmente cumplen con una labor humanitaria de un país a otro sin imponerse frontera ideológica alguna.

Fue en Venezuela, en un encuentro de la Federación Latinoamericana de Periodistas (Felap), donde conocí a Pepe Carrasco y en el acto consolidamos una férrea amistad. Más que su militancia, fueron sus cualidades humanas y solvencia moral las que me llevaron a admirarlo y comprometerme con su retorno, cuestión que lo tenía obsesionado, pese a que

valoraba mucho la hospitalidad que mexicanos y cubanos le brindaban en su deambular como integrante del pomposo Comité Central de su partido. En un hecho que lo retrata muy bien, mi amigo irrumpió en mi habitación de esos imponentes hoteles del Parque Central con una maleta cargada con todo tipo de prendas y *souvenirs* que distribuyó sobre mi cama. «Cuando uno sale del país —me dijo—, siempre hay que volver con alguna tonterita para las viejas y los cabros, y aquí tengo de todo para evitarte salir de compras.» Desde ese momento, en cada viaje que nos encontramos recurrí a sus ofertas y yo mismo asumí la costumbre de adquirir y vender todo tipo de prendas de Chile para financiar los regalos propios. Salíamos a comprar juntos y con él inicié la liturgia de adquirir en todas partes muñequitas de todos los colores, razas y atuendos para mi hija.

Más tarde, en La Habana, convenimos con él su regreso al país y su función de editor de nuestra revista. Esto, a contrapelo, por supuesto, de la opinión del secretario general de su partido, Andrés Pascal, que nos advirtió de los riesgos que correría, pero muy de acuerdo con los integrantes del Departamento América del Partido Comunista Cubano, que ya estaban irritados de tanto chileno en Varadero y no donde «las papas queman»:

—Desde todas partes nos piden armas, pero desde Chile solo nos piden mimeógrafos —me advertía jocosamente el comandante Piñeiro.

Por la misma razón, Piñeiro apoyó con tanto entusiasmo la organización del Frente Patriótico Manuel Rodríguez. Con algunos de sus jóvenes y resueltos combatientes coincidí un día en el aeropuerto cubano sin tener aún idea de lo que andaban tramando. Muy probablemente fue por ese encuentro y por las recomendaciones que les hizo de mí el comandante

que, tiempo después, tuviera el privilegio de ser advertido por ellos de que realizarían una operación espectacular con la que iniciarían la lucha armada. Querían hacerme testigo de que el atentado a Pinochet sería de ellos y, al mismo tiempo, advertirme para que tomáramos las providencias del caso.

En muy pocos días fui a recibir a Pepe al aeropuerto de Pudahuel y nos estrechamos en ese abrazo que tantas veces repetí con otros retornados que me encomendaban recibir:

—No podemos llorar, huevón; estos conchasumadres no deben vernos llorar nunca... —dijo, aunque sus ojos ya venían rojos e irritados por la emoción.

Pepe, Silvia Vera, su nueva pareja y el hijo de esta, Alfredo, se quedaron varias semanas en nuestra casa, hasta que consiguieron un departamento en el cual se reencontraron con Iván y Luciano, los hijos de Pepe que se vinieron a vivir con él. Silvia, a quien también integráramos en el equipo de *Análisis*, conoció a Pepe cuando este quedó en libre plática antes de salir al exilio. Ella fue a verlo para saber de su marido detenido desaparecido a quien él había conocido como militante del mismo partido.

Ansioso como era, nuestro Pepone compartió sus tareas periodísticas con las de dirigente del Colegio de Periodistas y militante público del MIR. Muy pronto se identificó con las posiciones de quienes confiaban en la unidad y la movilización social, más que en la lucha armada como salida política para nuestro país. Con él fundamos la Intransigencia Democrática, un breve referente que se propuso integrar a todos los partidos y entes sociales democráticos, pero que rápidamente fue horadado desde su interior por los representantes partidarios, enfermos entonces de sectarismo y hegemonismo, como hoy lo están de oportunismo.

Pepe Carrasco fue fundamental en nuestra revista por su

imaginación, lealtad y compromiso. Como era el más experimentado de todos, nos llevaba una ventaja cierta en el influjo que causaba en las mujeres y las nuevas generaciones. Pepe era periodista, guerrillero y hablaba con propiedad y encanto de cuanta lucha de liberación se manifestaba en el mundo. Tenía, además, buen carácter, y hablaba en una mezcla de acentos y expresiones latinoamericanas que lo hacían aún más particular. Todavía lo veo en nuestra parcela de El Tambo haciéndose cargo de los asados, encumbrando volantines y corriendo con la enormidad de niños que juntábamos con él, Carlos Santa María, Margarita Cea y la prolífica fecundidad de quienes trabajábamos juntos y a quienes jamás se nos ocurrió dejar de tener hijos.

A todos, Pepe nos marcó para siempre. Por eso lo lloremos tanto cuando en la noche del atentado a Pinochet lo escogieron a él, junto con otros tres militantes de izquierda, como víctimas de la furia horrible del Tirano que se salvaba del magnicidio frustrado perpetrado por el Frente Patriótico Manuel Rodríguez. Una semana antes, Pepe me visitó en la cárcel para advertirme que había recibido serias amenazas de muerte, por lo que ambos decidimos que se fuera unos días a Buenos Aires hasta que al menos yo obtuviera mi libertad, lo que estaba a punto de ocurrir según los pronósticos de mis abogados.

Solo dos días antes de ese 7 de septiembre de 1987, Pepe regresó y se puso de cabeza, aunque atrasado, a despachar su artículo. Lo dejamos en la redacción, mientras algunos periodistas nos dirigimos, como aquel 11 de septiembre de 1973, a casa de María Olivia Mönckeberg para otra convivencia que también resultaría muy decisiva en nuestras vidas.

Empezábamos a congregarlos, con casi toda la revista despachada a la imprenta, cuando supimos la noticia del atentado a Pinochet y del estado de sitio que se declaraba.

Fue así como al poco rato hablé por teléfono con Pepe y lo conminé a dejar todo y partir hacia donde nos reuníamos:

—Pepe, van a decretar estado de sitio y no habrá revista... Vente inmediatamente —le pedí.

—Cómo se te ocurre, hueón, imagínate que el lunes salimos sin decir nada sobre el atentado. Déjame ir a la imprenta para poner un párrafo, por lo menos en la portada...

—De acuerdo, pero de ahí te vienes...

La última vez que hablamos él estaba en su casa. Me llamó para avisarnos que no vendría adonde estábamos nosotros, que había preferido irse con Silvia y los niños.

—Pero hoy es el día menos indicado para estar en tu casa —recuerdo haberle dicho.

—Sí, pero no te preocupes, ya sabes que tengo todo estudiado para arrancar si me vienen a buscar...

No pasó ni una hora antes de que Silvia nos llamara para contarnos que tres sujetos habían derribado su puerta y se habían llevado a Pepe.

—Déjenme al menos ponerme los zapatos —les solicitó.

—¿Para qué? —le contestaron—, si no los vas a necesitar más.

Y descalzo lo arrancaron de la presencia de su mujer y sus aterrados hijos. Catorce impactos de bala le quitaron la vida en las afueras del cementerio Parque del Recuerdo. Quienes lo detuvieron, lo movilizaron y ultimaron bajo el toque de queda, y por muchos años negaron su autoría. Recién hoy se sabe cómo aconteció todo y quiénes fueron los «valientes soldados» homicidas. Muy bien lo cuentan las periodistas María José Luque y Patricia Collyer en su libro, de nuevo reimpresso y ampliado, que narra la vida de nuestro héroe, el más entrañable de todos.

En efecto, Pepone tenía estudiados con detalle todos los

procedimientos de fuga en caso de que fueran a detenerlo, pero nada hizo esa noche para no arriesgar a los suyos y escapar a su muerte inminente y prometida. El vigilante del edificio, al que se llevaron con él y liberaron unas cuerdas más adelante, nos dijo que Pepe iba con la respiración muy agitada. Sabía que lo llevaban al cadalso.

En una expresión clara de que «la justicia tarda, pero llega», después de veinte años de investigación, los tribunales condenaron a tres miembros del comando operativo de la Central Nacional de Inteligencia como los autores del crimen. Ellos están presos y permanecerán en la cárcel probablemente el resto de sus días por este y otros terribles crímenes: el mayor de Ejército Álvaro Corbalán Castillo, el capitán Jorge Vargas Borjes y el carabinero Iván Quiroz Ruiz. Los periodistas siempre estuvimos más o menos de acuerdo en que estos habían sido los asesinos de nuestro editor internacional. Por lo mismo, en una celebración que me hicieron una vez al salir de la cárcel, quienes me acompañaban reaccionaron muy airadamente cuando a nuestra mesa se acercó el propio Álvaro Corbalán en un claro afán conciliatorio o, más bien, impulsado por su efervescencia étlica. Antes de la retahíla de insultos que se le dejaron caer, alcanzó a decirme que venía a saludar mi libertad y a expresarme su admiración a pesar de que teníamos posiciones tan distintas... Sorprendido ante tamaño desprecio de mis amigos por ese gesto de reconciliación, Corbalán se retiró rápidamente del restorán que tenía como asiduo a mi compadre periodista Andrés Jouffe. Sin duda le dimos miedo a él y a su guardia. Al grito de «¡asesinos!» corrieron hacia sus vehículos de vidrios polarizados y se hicieron humo.

Semanas después, mientras cenábamos en el campo con unos amigos, nuestros hijos, todavía impactados por la muerte de su tío Pepe y sin nuestro consentimiento, organizaron una

sesión de espiritismo, práctica muy habitual en esos años por todo lo que acontecía. De pronto, y con sus rostros y voces muy compungidos, vinieron hacia mí y me dijeron que el Pepe reclamaba mi presencia en el acto. Juro que con las letras y el vaso que corría de un lado a otro sostuvimos el siguiente diálogo:

—Pepe, ¿es verdad que estás aquí?

—Sí, soy yo...

—¿Y cómo estás?

—Estoy en el paraíso.

—Pero si tú no creías en nada...

—Ahora creo.

En 2007 muchos amigos de Pepe asistimos a los funerales de su hijo Luciano. El menor de los Carrasco Mora se había arrojado al paso de un tren, víctima de una enorme depresión. Según lo testimoniara antes del suicidio, nunca pudo conformarse con la muerte de su padre. Hasta esa fecha se culpaba el tierno Luciano de no haber hecho nada para evitar la detención de su papá. Tal como nuestro amigo Hernán Cardemil —que vivía en el mismo condominio de Pepone—, murió lamentándose de haber quedado paralizado por el miedo en el momento en que se llevaban a nuestro editor internacional, en una de las noches más negras de la dictadura.

## MUDANZAS E INCENDIOS

Se hizo común para mi familia tener que cambiar de casa una y mil veces en Santiago. Aunque algo habla ello del carácter nómada de Patricia y mis hijos, lo cierto es que vivíamos en estas



hasta que el acoso policial se nos hacía intolerable. De una casa salimos el día antes de que una fuerte bomba quebrara todos los vidrios de la misma. En otra oportunidad, nuestra niñera nos confidenció que uno de los agentes que se plantaban en la puerta había establecido amistad con ella y le había demostrado cómo todo lo que se hablaba en la casa él podía escucharlo. Mi familia convino en responder a las llamadas telefónicas y a quienes golpeaban la puerta que yo ya no vivía con ellos y que no sabían dónde estaba. Entretanto, yo discurría distintos caminos para acceder a La Florida y llegar a la casa sin «cola».

Todo estuvo bien hasta que, una madrugada, un fuerte contingente policial llegó con estridencia hasta nuestro hogar, tocó el timbre y me obligó a salir en pijama y dispuesto a que me detuvieran:

—Mire, señor, venimos porque nos dijeron que aquí estaban robando...

—No. Está todo muy bien —les contesté.

—Perdón, usted es el señor Cárdenas... —insistieron.

—Así es...

—Ah, muy bien, ahora sabemos dónde vive —señaló el oficial. Y, para colmo, me cerró un ojo en señal de complicidad.

En otra casa de La Florida nos pasó algo muy terrible. Un domingo, poco después de que mi hija saliera en bicicleta con unas amigas del colegio, una mujer nos llamó y advirtió que ella había sufrido un terrible accidente en la rotonda de Departamental y que estaba muy grave. En el acto concurrimos al lugar y, sin encontrar indicios del accidente, nos dirigimos al hospital más cercano y nos comunicamos hasta con la morgue. Fueron unas dos o tres horas de mucha angustia en que nuestra casa se llenó de parientes y amigos y sufrimos la incertidumbre de lo acontecido a nuestra hija. De pronto, la divisamos de regreso a casa, caminando y con una leve herida en su

pie, que apenas le sangraba. El recibimiento fue apoteósico y, por supuesto, ella lo atribuyó a su pequeño y casual accidente que en nada tenía que ver con aquella horrible advertencia telefónica. Pocos minutos después, la misma voz nos advirtió que «la próxima vez iría en serio» si yo seguía escribiendo lo que escribía. Este y otros ingratos momentos nos llevaron a la necesidad de buscar un sitio más seguro para los niños. De esta forma es que ellos y su mamá se instalaron en nuestra parcela recién adquirida en El Tambo, a unos 140 kilómetros de Santiago. Recuperamos allí una vieja casa de madera a la que yo llegaría todos los fines de semana y de arrancadita durante la semana, cuando pudiera escaparme del ajetreo laboral. Los hijos cambiaron de colegios, de amigos y empezaron a llevar una vida más bucólica y segura. Además de estar a su cuidado, Patricia se ocupó de las faenas agrícolas y se enroló activamente en la Cruz Roja.

Todo anduvo bien hasta que un voraz incendio destruyó por completo la casa y arrasó con nuestras pertenencias, a excepción de un piano que todavía conservo y unos centenares de libros que mi hijo José Manuel (que ese día no había ido a clases) y algunos campesinos lograron salvar antes del derrumbe total de la vivienda. Cuando llegué al sitio del siniestro, me impactó mucho ver entre los escombros las carbonizadas muñecas de mi hija, lo que llamó también la atención de los camarógrafos que llegaron a cubrir la noticia. La generosa actitud de los vecinos, los sacerdotes y profesores del colegio El Salvador Padres Barnabitas de San Vicente de Tagua Tagua, nos permitió ocupar una vivienda vacía que se encontraba en una parcela cercana y ponernos a la tarea de edificar un nuevo hogar. Quedábamos sin pertrechos, salvo lo mínimo que tenía en Santiago. Cinco hijos, solo con los uniformes que llevaban puestos, y el sexto, José Manuel, apenas con su pijama.

Un día de trabajo voluntario de los campesinos y trabajadores del lugar, más un crédito bancario, nos permitieron construir una nueva y, esta vez, sólida vivienda. Los planos ofrecidos de manera gratuita por el arquitecto Carlos Castro y el aporte de decenas de amigos de todas partes, posibilitaron que en menos de seis meses borráramos las huellas de este infortunio. Mi primo Felipe Squella diseñó y me remitió una bella y sólida mampara.

La casa nos llenó de alegría y recuerdo con nitidez que antes de partir a un viaje a Canadá solemnemente pusimos el último farol en un corredor como manifestación de que la obra quedaba concluida. Alcancé a estar en Toronto y en Ottawa cumpliendo con un nutrido programa de conferencias en universidades y reuniones con los chilenos del exilio, pero una vez en la bella Vancouver me avisaron que mi casa nueva había sido incendiada y que se habían salvado los libros y poco más, aunque en esta ocasión la obra gruesa permaneció en pie.

Ahora la recomendación de todos era que no volviera a Chile y que sacara a mi familia del país. Sin embargo, en cuanto pude volví a Toronto y me embarqué a Santiago. Desde Chile me decían que el destacado empresario Carlos Cardoen había solicitado que me retuvieran fuera para que él pudiera reconstruir la casa completamente. Fue una iniciativa que hasta hoy le agradezco, pero que entonces decidí rechazar, solo por «el qué dirán», del cual somos tan sensibles los chilenos. Por suerte esta vez había un seguro comprometido que cubrió el siniestro, mientras que el aporte de muchos amigos de todo el mundo me ayudó a adquirir muebles, electrodomésticos y otros objetos necesarios para vivir, en reemplazo de los antiguos que no alcanzaron a tener un mes de uso. Al salir de Canadá, muchos compatriotas llegaron al aeropuerto con ropas y regalos para mis hijos, que de forma reiterada quedaban sin nada. Pese

a que me esforcé en disimular las lágrimas en el avión, no pude evitar la preocupación de los pasajeros más cercanos.

Durante tres meses permanecimos en el living de la casa, que era el lugar menos afectado por el incendio. Dormimos en cuatro camarotes que nos facilitaron los vecinos. Por otro lado, adquirimos los materiales para la reconstrucción de la casa en tiempo récord, gracias a la confianza que nos depositó un ferretero de San Vicente de Tagua Tagua.

Ya durante el gobierno de Patricio Aylwin, el subsecretario del Interior, Belisario Velasco, me invitó a La Moneda para revisar el expediente que demostraba que tanto este incendio como el anterior habían sido provocados por militares en servicio activo y miembros de la siniestra Central Nacional de Inteligencia (CNI). Pero el gobierno me solicitaba, a través de Velasco, que me desistiera de iniciar acciones legales en contra de los hechores del delito, habida cuenta de las difíciles relaciones cívico-militares. Por supuesto que accedí a tan patriótica demanda, aunque hasta hoy lamento no haber solicitado que de los abultados gastos reservados del Ejecutivo se me reparara por los daños y perjuicios en contra de mi familia. Simplemente, no se me ocurrió.

Antes de concurrir al Palacio, un oficial de la Dirección de Inteligencia de carabineros llegó en helicóptero al campo para señalarme que la investigación realizada por ellos concluía taxativamente en la responsabilidad del Ejército y que «en este asunto político» ellos no podían hacer nada más. Fue entonces cuando este oficial me recomendó que, en el futuro, si me encontraba frente a un malhechor, no dudara en dispararle a matar y después lo hiciera al aire. Ello me serviría para defenderme de un eventual proceso al declarar que primero lo hice al aire y después en defensa propia...

El juicio se sobreyó en los tribunales al negarme a cola-

borar yo mismo con el proceso. Con el tiempo, un militar me señaló que los incendios a mi casa fueron en reprimenda por el artículo de *Análisis* sobre los bienes de Pinochet. Por algo, el día en que apareció la primera entrega, los autos de la periodista Mónica González y el mío se quemaron mientras ella iba a la playa y yo al campo. En ambos casos, una perforación en una manguera de la bencina provocó los «accidentes», que siempre dejamos pasar sin denunciar para no demostrarle temor a la represión.

#### BURLANDO LA CENSURA

En la dictadura tan legalista que vivimos se cometieron muchos horrores con apego a la ley. De allí que los comandantes en jefe se constituyeran a sí mismos en Poder Legislativo para elaborar una nueva Constitución y dictar leyes que fueran aplicadas por los jueces sin violentar en demasía sus conciencias. Así y todo, hubo reformas a las leyes de prensa que establecían elevadas penas para los delitos de opinión, que ni siquiera los magistrados más serviles se atrevieron a aplicar. Faltas que apenas merecían una multa o a lo más sesenta días de presidio, pasaron a constituirse en infracciones graves castigadas con más de diez años de cárcel. La misma Corte servil que me condenó a 541 días de reclusión muy probablemente vulneró las disposiciones al aplicarme una pena tan discreta en relación a lo dispuesto por la Ley de Seguridad del Estado y el Código de Justicia Militar.

Pero lo que sí se decretó en dos oportunidades fue la clausura de los medios disidentes, atribución presidencial aplicable du-

rante el estado de sitio, tiempo en el cual, además, se extremaba el toque de queda, se multiplicaban las detenciones arbitrarias y a los «valientes soldados» se les elevaban sus remuneraciones y prebendas en consideración de los riesgos que afrontarían.

De esta manera es que en dos ocasiones tanto *Análisis* como las otras revistas y diarios incómodos al gobierno tuvieron que enfrentar prolongadas clausuras, como el requisamiento de los ejemplares en quioscos. La primera vez, la clausura se extendió por unos siete meses y la segunda, en 1986, alcanzamos a estar cerrados por otros cuatro. En ambas oportunidades todo indicaba que nunca volveríamos a circular, pero la persistencia de nuestros equipos periodísticos nos llevó a manifestarnos de forma clandestina o por otros derroteros. Primero, a través de hojas de roneo que corrían de mano en mano y entre uno y otro mimeógrafo, gracias a la colaboración de decenas de atrevidos lectores que tenían acceso a este ya inexistente medio en que había que picar estenciles. Luego fueron pequeñas imprentas las que colaboraron con la producción del CHIPS (Chile Informativo Semanal), en el que no nos identificábamos pero no disimulábamos para nada nuestro estilo, las secciones y las caricaturas características de *Análisis*. Esas modestas pero audaces formas, además de permitirnos respirar, nos ayudaban a reunir algunos fondos para sostenernos.

Pero durante nuestra primera clausura no habríamos podido sobrevivir sin la magnífica idea de Pepe Carrasco, que nos permitió mantener a nuestro equipo sin restringirle sus ingresos, siempre modestos, sin duda. En la proximidad de la Navidad, nuestro Pepone (bueno para los negocios como siempre se probó) nos propuso destinar la casa de Manuel Montt 425, en el barrio de Providencia, a un bazar de juguetes y regalos. La empresa fue tan exitosa que a manera de broma

muchos se inclinaban por no abandonarla jamás. Nunca registramos la cifra, pero sin duda fueron miles las personas que adquirieron sus presentes navideños en el «Bazar de Análisis», sabiendo que con ello colaboraban con nuestra causa. En la comunidad artesanal de Pomaire compramos los primeros objetos destinados a la venta, pero después eran los propios artesanos, deseosos de apoyarnos, los que nos enviaban sus productos. Desde luego, intentamos ser lo más estrictos posible en el cumplimiento de las disposiciones que rigen el comercio, por lo que sorteamos con suerte la visita de inspectores que no entendían mucho nuestro cambio de giro.

No logramos la misma comprensión cuando Pepe adquirió pequeñas escobas y útiles de aseo como regalo para las niñas, iniciativa que causó la encendida oposición de las feministas y de las periodistas de *Análisis*. Después de una dura controversia, convenimos en dejar de comprar este tipo de productos..., aunque con estupor debimos comprobar que estas miniaturas domésticas tuvieron rápida y exitosa venta.

El bazar sirvió, también, para camuflar muchas reuniones y «puntos» de encuentro de los sectores más radicales. Se llevaron a cabo con y sin nosotros, que de verdad estábamos obsesionados por el negocio y la estricta vigilancia que debíamos otorgarle para evitar robos y provocaciones.

#### DESDE ALEMANIA CON AMOR

Después del atentado a Pinochet se impuso de nuevo el estado de sitio y la clausura de los medios, situación que nos hizo pensar que entonces sí estábamos frente a nuestro final. El

magnicidio frustrado había tenido como consecuencia el asesinato de nuestro Pepone y otros tres dirigentes de izquierda, y el panorama se veía negro. Convenimos, así, en imprimir nuestra revista en el exterior, gracias a la solidaria disposición del poderoso Sindicato del Papel y del Cartón de Alemania, organismo con el que había establecido relación el periodista Álvaro Rojas en su exilio en Stuttgart.

Fue de esa forma como reanudamos nuestro trabajo. Enviábamos todo lo que escribíamos en un disco que viajaba a Alemania gracias al compromiso de los pilotos de Lufthansa. Allí se imprimía y se remitía por correo de vuelta al país. Hay que imaginarse la tamaña sorpresa que se llevaron nuestros suscriptores cuando recibieron, a las pocas semanas de nuestra clausura, su ejemplar de revista en un formato y papel bastante más finos y atractivos. La nueva publicación se llamó *Análisis Internacional* y por el hecho de editarse en Alemania pasamos a tener estatus de periodistas germanos, incluso para los efectos de una membresía temporal en el sindicato que solidarizó con nosotros.

La noticia de *Análisis Internacional* cayó como una bomba sobre las cabezas de los censores militares quienes, ante el ridículo, después de la aparición de cinco de las ediciones transatlánticas decidieron volver a autorizar la publicación chilena. Tuvimos la suerte temporal, además, de no sufrir ningún requerimiento judicial por lo escrito en esas revistas internacionales, porque dada nuestra condición de «periodistas alemanes» estábamos más protegidos y el gobierno no habría querido meterse en un enredo diplomático de proporciones.

En otra oportunidad, las autoridades nos prohibieron publicar fotografías, seguramente para que no quedara registro de aquellas imágenes de protestas y represión que de todas maneras circulaban por el mundo entero. Para enfren-



tarnos a esta nueva disposición ideamos dejar los espacios en blanco donde debían ir las fotografías, y sobre los extraños vacíos poner lecturas de grabado que hicieran aun más absurda la restricción y despertaran la curiosidad de los lectores. Al mismo tiempo, junto con algunas de las otras publicaciones afectadas, decidimos montar paneles con el material censurado en la sede del Colegio de Periodistas, en la céntrica calle de Amunátegui, a media cuadra del metro y de la avenida Bernardo O'Higgins. Como resultado, cientos de personas concurrieron a diario al edificio del Colegio con el ánimo de observar aquellas fotografías, pero también de solidarizar con los medios afectados.

Más adelante se nos ocurrió algo que fue peor y más vergonzoso para las autoridades. Como nuestra revista fue la primera en Chile en abandonar las máquinas de escribir y adoptar los computadores, proyectamos dibujar con letras las potenciales imágenes prohibidas, poniéndoles lecturas incluso más provocativas que las anteriores. Cuando nos llamaron de la Dirección Nacional de Comunicación Social del Gobierno (Dinacos) para acusar nuestra transgresión, nos defendimos diciendo que los textos no estaban prohibidos; que las letras, aunque formaban figuras, eran abecedario puro, no fotografías. Al poco tiempo, se levantó la restricción.

De paso, debo comentar que fue el periodista Fernando Paulsen el que nos expuso por primera vez ante la magia de un computador que había traído de Estados Unidos. La fascinación que nos produjo este nuevo invento nos hizo adquirir los primeros y pesados aparatos, aunque la oposición que tuvimos en el equipo no fue menor, en especial entre los periodistas de mayor edad, que incluso se refugiaron en las nostalgias propias de la profesión y de las viejas Underwood para resistirse al cambio.

Con Fernando, un día nos confabulamos para entrar violentamente en la sala en que de manera habitual se preparaban una a una las etiquetas con el nombre de los suscriptores, y que luego también se pegaban una a una a los ejemplares por remitir. Pues bien, al abrir la puerta, estas volaron por todos los lados y costó un mundo recogerlas y reagruparlas. Ello nos sirvió, pese al revuelo, para convencer a quienes trabajaban en estas faenas de las ventajas de registrar y producir esta rutina en el computador y en las impresoras modernas que se le asociaron.

Tiempo después, en Cuba, me llevaron a conocer la Casa Chile, justamente para ufanarse por la adquisición de varios monitores. Mucho se impresionaron cuando les hice una demostración de mi buen uso del procesador de palabras Wordstar, el cual nos acompañó mucho tiempo, hasta que Bill Gates nos ofreciera programas más complejos. Antes de ello, con Óscar «Sambo» Espinoza, en París, recibimos como donación unas pesadas máquinas de composición de textos que allí habían caído en desuso. No sé cómo se las arregló el Sambo para hacerlas llegar a Santiago, pero lo cierto es que estas maquinitas nos sirvieron dos o tres años antes de que la modernidad total llegara de la mano de Paulsen. En este sentido, mucho nos honra que en materia de adelantos tecnológicos siempre estuvimos a la vanguardia con la oleada de adelantos que involucraron a la comunicación social. Acaso fuimos los primeros en Chile en adoptar el computador y sepultar los mimeógrafos.

Con la complicidad de Patricio Polanco, apodado hasta hoy como el «Malandra», traje de Bélgica dos aparatos ideados entre las pillerías del exilio, que se conectaban al teléfono e impedían el registro del tiempo de las llamadas internacionales. Solo quedaban consignados para la cuenta los tres primeros minutos. Recuerdo que el invento lo probamos con éxito en

casa de Anna Petersen en Hamburgo, ante la incredulidad de los solidarios alemanes que siempre nos manifestaron tanto afecto en esa ciudad. Estábamos en ese bellissimo e inmenso puerto, que es bueno conocer para darse cuenta de nuestra inferioridad en materia de infraestructura y movimiento naviero, y donde Valparaíso y San Antonio cabrían decenas de veces. Allí tomamos contacto con el escritor Luis Sepúlveda y acordamos con él la publicación en Chile de su novela *El viejo que escribía novelas de amor*, antes de que Lucho recibiera la oferta de una poderosa editorial europea y se le exigiera viajar a Chile y comprar todos los ejemplares que nos quedaban, ya que había firmado la exclusividad en todo el mundo.

Gracias a los aparatitos belgas pudimos así comunicarnos con el extranjero pagando la tarifa mínima. El adelanto lo mantuvimos casi en completo sigilo, pero algo pasó luego que se desactivó y la cuenta telefónica nos jugó una mala pasada. Entre paréntesis, falta que se escriba un libro con todo lo que discurrieron los exiliados chilenos y latinoamericanos al burlar las normas europeas. Desde trucos para evitarse el pago de los teléfonos públicos o los sistemas de calefacción, hasta operaciones que lindan con la delincuencia y que pudieron ser severamente castigadas de no interponerse la humanitaria acogida que le dieron a la diáspora.

Conocido es ese incidente en que unos chilenos se llevaron sin pagar una radio a pilas de un local comercial en Estocolmo, hurto que fue denunciado. Pues bien, los «amigos de lo ajeno» fueron visitados por dos policías quienes les demandaron la devolución del artefacto a cambio de regalarles una radio mucho mejor para que no tuvieran que recurrir al robo para equipar sus viviendas.

Divertidas situaciones pero, también, bochornosas. En Alemania, algunos compatriotas estaban robando choclos en

un potrero cuando en medio de la faena fueron rodeados por los propietarios del predio. Los alemanes se escandalizaron cuando supieron que los «cabezas negras» cortaban las mazorcas destinadas al forraje animal y no pudieron más que compadecerse. Pero los chilenos explicaron enseguida que con esos choclos pensaban hacer humitas, plato típico de nuestra gastronomía, e invitaron a los alemanes a compartir. La degustación fascinó a todos, y unos y otros siguieron repitiéndose el plato sin necesidad de delinquir.

En mis encuentros con los exiliados me enteré de otras ingeniosas y absurdas circunstancias. Dramáticas anécdotas derivadas en jocosas. Por ejemplo, que a un compatriota nuestro lo apodaron el «Cóndor Pasa», después de intentar quitarse la vida, sin éxito, al lanzarse desde un piso superior de su departamento. El vuelo fue observado por otros chilenos que estaban en plena tertulia dos pisos más abajo. O el caso de ese otro personaje a quien llamaron el «Cabeza de Queque», ya que para quitarse la vida decidió introducir su cabeza en el horno de la cocina con el gas abierto, con lo que pudo poner en riesgo a todos los residentes del edificio en caso de producirse un estallido.

## PIONEROS EN MULTIMEDIA

A propósito de libros, fue una excelente idea la de desarrollar junto a *Análisis* la Editorial Emisión, que nos llevó a publicar una decena de textos que alcanzaron enormes tirajes si se considera la situación de entonces y del presente. Más allá de recopilar nuestras columnas y entrevistas, nos permitimos rea-

lizar los primeros libros reportaje, como *Crimen bajo estado de sitio* y *Bomba en una calle de Palermo*, referidos al caso de los degollados Parada, Guerrero y Nattino, y al homicidio de Carlos Prats en Buenos Aires, respectivamente. Magníficas y oportunas investigaciones con la buena pluma de nuestros periodistas Edwin Harrington, Mónica González, María Eugenia Camus, Pamela Jiles y la propia María Olivia Mönckeberg, que hasta hoy cultiva con talento el periodismo de investigación y denuncia.

Al mismo tiempo que producíamos libros de nuestros propios redactores, nos abrimos a imprimir trabajos de otros autores, como el texto con los discursos más notables de Radomiro Tomic, que nos dio mucho trabajo por la selección de la colosal obra de este brillante y consecuente político chileno que compitió con Allende en las elecciones presidenciales de 1970 con un programa de gobierno quizás más radical que el de la Unidad Popular. Así es como también editamos una *Historia de Chile del siglo XX*, de varios autores vinculados a la Academia de Humanismo Cristiano, a la vez que uno que otro texto de ficción.

Tirajes de más de diez mil ejemplares con riesgo de ser confiscados o perseguidos nos convencieron de la necesidad de armar nuestra propia imprenta, para lo cual conseguimos algunos aportes que nos ayudaron a financiar la compra de una vieja offset, una guillotina y otros implementos. De los cubanos obtuvimos una buena suma a cambio de nuestra resolución de publicar la entrevista que le hiciera el sacerdote brasileño Frey Betto a Fidel y el magnífico discurso referido a la deuda externa que pronunciara el líder de la Revolución Cubana en La Habana, en un evento al que concurrieron más de ochenta chilenos de distintas posiciones políticas, en una nómina y operación que los cubanos confiaran a nuestra revista en Buenos Aires,

con visa desagregada del pasaporte. No está de más contar que gracias a nosotros uno de los principales opositores de Allende, como fue Orlando Sáenz, conociera a Fidel y se fascinara con este. Lo mismo que ocurrió con el propio Carlos Cardoen, que hasta armó negocios en la Isla después de que lo dejáramos endilgado.

Junto con Óscar Squella y Pepe Carrasco constituimos Terranova Impresores, que no solo hizo libros, sino toda clase de afiches, volantes y otros para promover la movilización social y las jornadas de protesta. Como siempre, nos tenían en la mira, y un día, en plena faena de publicación de un libro del destacado socialista Clodomiro Almeida, la CNI nos requisó los ejemplares, incautó piezas fundamentales de la rotativa y nos clausuró. Después de muchos meses de litigar en los tribunales, obtuvimos al final la orden judicial para que nos devolvieran lo robado. Pero cuando recibimos las piezas de las máquinas pudimos comprobar que estas fueron intencionadamente estropeadas, un daño irreparable que nos obligó a deshacernos de la imprenta. No obstante, seguimos publicando libros.

Otro logro notable lo tuvimos con *Teleanálisis*, iniciativa que consistió en editar videos con pequeños reportajes audiovisuales de lo que acontecía, principalmente dedicados a las protestas sociales y a la denuncia y promoción de los derechos humanos. Desde la revista surgió y se consolidó un equipo de periodistas y camarógrafos que todos los meses producía un documental de una hora que llegaba a unos doscientos suscriptores y agentes en todo Chile, quienes tenían la misión de exhibirlos ante miles y miles de chilenos, muchos de los cuales ni siquiera podían comprar la revista y que por primera vez se enteraban de los horrores de la dictadura.

Con Fernando Paulsen y Carlos Santa María organizamos la tarea y, luego, Augusto Góngora cumplió con brillantez la

implementación de este nuevo proyecto de nuestra empresa periodística Emisión. Los videos producidos recorrieron el mundo entero y la televisión internacional —y más tarde la televisión chilena— adquirió imágenes y capítulos enteros que todavía se emiten a propósito del 11 de septiembre y de lo que siguió ocurriendo en Chile. Bibliotecas europeas guardan para la historia los más de veinte capítulos de *Teleanálisis*. Aquí en Chile, en cambio, aún no se digitaliza todo y se pone a buen resguardo, porque somos un país de pésima e ingrata memoria.

Cuando volvieron a Chile el líder comunista y premio Nacional de Literatura Volodia Teitelboim y nuestra amiga María Eugenia Horwitz, tuve el honor de exhibirles durante todo un día un resumen de los diversos capítulos de *Teleanálisis*. En su reacción y la de tantos otros es que comprobamos el notable trabajo realizado y que sirvió de complemento muy valioso a la labor de lo escrito en la revista y los libros.

No hay duda de que las imágenes pueden ser mucho más convincentes e impactantes que las revistas y los libros. Es lo que comprobamos a propósito del atentado que sufrió la estudiante de música María Paz Santibáñez. Sin que mediara provocación, la cámara de *Teleanálisis* registró el instante en que con total frialdad un carabiniero desenfunda su arma y le dispara a quemarropa a la joven en las puertas del Teatro Municipal de Santiago. Herida de gravedad, se piensa que María Paz se salvó de milagro, pese a que las secuelas la persiguieron en adelante, en especial como la dotada pianista que es.

Por supuesto que la versión de la Fiscalía Militar le atribuyó responsabilidad a la estudiante en una maniobra evidente por exculpar al cobarde policía. Sin embargo, la presentación que hicieramos ante los corresponsales extranjeros del video (a quienes les facilitamos además las imágenes) sirvió incluso para que la propia justicia militar revisara sus primeras reso-

luciones y detuviera al carabinero, quien con el tiempo solo recibió una condena menor.

A los tres proyectos señalados, la revista, la editorial y *Teleanálisis*, sumamos la fundación del Centro de Estudios Políticos Simón Bolívar, entidad académica que contó con un aporte de la Comunidad Económica Europea y que logró con éxito la difusión de textos didácticos sobre la democracia, los derechos humanos y otros temas de formación política. Allí realizamos concurrecidos seminarios de formación para la juventud y publicamos *Chile, nuestra tarea*, un texto en que una veintena de dirigentes políticos y sociales y periodistas formuló una propuesta para la edificación de una auténtica institucionalidad democrática y una estrategia de desarrollo con justicia social y sustentabilidad medioambiental. Se trata de un sólido texto que hasta hoy mantiene mucha vigencia y cuyos lineamientos han sido inadvertidos por varios de los firmantes que alcanzaron puestos de gobierno en la llamada transición a la democracia.

El Simón Bolívar fue presidido por Ricardo Jordán, a quien secundé como vicepresidente. Ricardo era miembro del directorio de *Análisis*, trabajaba en la CEPAL y era un articulador de lujo, además de un progresista auténtico. Para desgracia de todos, murió con su esposa tempranamente en un accidente aéreo. En la secretaría ejecutiva tuvimos a Patricio Polanco, el mismo del aparatito para burlar llamadas internacionales, que ya había regresado de su exilio y que ahora se ha convertido en un excelente productor de televisión independiente.

Bajo el alero de esta institución es que trajimos a Chile a Lula da Silva, Eduardo Galeano y otros eminentes intelectuales latinoamericanos con quienes organizamos eventos masivos. Con un móvil y una pantalla gigante, el Centro de



Estudios Políticos recorría plazas, parroquias y centros comunitarios para sembrar democracia, libertad y asombro con los *Teleanálisis* y otros materiales.

## LOS LÍMITES ÉTICOS

La revista *Análisis*, *Teleanálisis* y la Editorial Emisión tienen el mérito de registrar acontecimientos reveladores que en su época causaron sorpresa. El número más vendido en la historia de *Análisis* (más de ochenta mil ejemplares) fue el que reprodujo nuestra entrevista exclusiva a Mónica Madariaga, ministra de Justicia y pariente de Pinochet, que desertó de la dictadura y que nos concedió una conversación en la que en forma pública pedía perdón por su pasado. Particular atención causó nuestra edición referida a la Caravana de la Muerte en la que sindicamos, décadas antes de que lo hicieran los tribunales, al general Arellano Stark como el cabecilla de un grupo de oficiales que viajó desde el norte hacia el sur de Chile ejecutando a prisioneros. Curiosamente, en ese número de la revista nos proponíamos publicar un capítulo de un libro del hijo de Arellano Stark, en el que contaba el rompimiento de su padre con Pinochet. Sin embargo, con el texto ya en imprenta, recibimos como «regalo» las señas necesarias que le adjudicaban a Arellano estas muertes, con los datos y nombres de las personas a quienes podríamos consultar para verificar su responsabilidad. Enseguida, la periodista Patricia Verdugo hizo las constataciones del caso y aparecimos estridentemente con la noticia, en un artículo que hasta pocos meses atrás le fue fundamental a la Justicia para procesar y condenar al general a una reclusión que no cumplirá, debido a que el informe médico señala que está con demencia

senil. Con los años, un alto oficial del Ejército me confidenció que el material proporcionado a *Análisis* fue un «regalito» del propio general Pinochet para desacreditar y acotar en Arellano esta horrenda secuencia de crímenes. Un típico acto de contra-inteligencia, según el confidente, que pudo habernos complicado si se nos hubiera proporcionado información falsa.

Junto con el mérito de tantos golpes periodísticos, pienso que uno de los aciertos de todo el periodismo disidente fue su capacidad de investigar, corroborar seriamente la información que nos entregaban las fuentes y redactar de tal forma de esquivar las demandas o querellas. Quienes trabajamos en estos diarios y revistas enfrentamos muchas acusaciones ante los tribunales que, pese a la presión ejercida sobre los jueces instructores, no pudieron prosperar. Comprobamos que, en efecto, todo se puede decir y escribir si se hace con cuidado, con atención al significado real de las palabras. Con ironía y humor, si es necesario. Las circunstancias nos obligaban a ser muy responsables con nuestras denuncias y opiniones, algo que se vulnera a menudo hoy en un periodismo lleno de francotiradores y opinólogos que en su liviandad e impunidad no trepidan en abusar de la libertad de expresión, con desprecio total de la dignidad y la vida íntima de las personas.

En una crónica que escribí tiempo atrás, relaté un encuentro casual con el juez Daniel Calvo, el magistrado que inició la investigación del bullado caso Spiniak y quien fuera registrado con cámaras ocultas en su despacho, en una conversación con el administrador de un sauna de concurrencia de homosexuales. Por su rostro tan profusamente difundido por los medios de comunicación, lo distinguí en la calle y lo miré con evidente curiosidad. Ante mi observación, lo noté acosado, tanto, que me esquivó y apuró el paso. En ese instante comprendí los terribles abusos que se pueden cometer contra las personas en

el uso de las imágenes y en la manipulación de los hechos. En efecto, quienes utilizaron las cámaras ocultas lograron apartarlo de la causa que investigaba, pero fueron al cabo sancionados por la justicia. Y, hoy, el juez ha demandado al canal de televisión por los daños y perjuicios cometidos en contra de su honra y la de su familia.

En este sentido, el caso más notable de nuestra experiencia en *Análisis* tuvo relación con otro «regalito» que se nos hizo llegar a la propia redacción. Una mañana cualquiera recibimos la visita de un individuo que encubría su rostro detrás de una gruesa capa de maquillaje, que lo tapaba con una bufanda y que además llevaba peluca. Nos traía el listado completo del personal civil de la Central Nacional de Inteligencia (la secreta y temida CNI). Una completa y apetitosa nómina por la cual nos cobró una suma elevada para lo que eran nuestras posibilidades, pero en verdad una cantidad bastante baja para la «bomba» que esa información significaba.

En nuestras manos, ciertas verificaciones nos demostraban que de hecho se trataba de un listado de nombres y direcciones auténtico, pero eran tantas las personas que aparecían en él que habría sido imposible comprobar caso a caso si se trataba de agentes secretos, informantes u operadores de los servicios secretos de la dictadura. Por este motivo, renunciamos a la posibilidad de dar a conocer el listado a través de la revista y con ello habernos anotado un enorme acierto periodístico. La simple consideración ética de que algunas de esas personas no fueran realmente agentes, así como las consecuencias que tal revelación podría acarrearle a ellos y sus familias, nos hizo guardar la primicia.

Es más: lo que hicimos fue devolver el listado a la Central de Inteligencia y comprobar, por boca de sus más altos oficiales, que en efecto se trataba de una nómina sustraída de

la institución. Por cierto que nos agradecieron mucho nuestra actitud y nos insinuaron la posibilidad de recompensarnos por ello..., lo que naturalmente rechazamos. Pero sí conservamos una copia del documento y remitimos otra a la Vicaría de la Solidaridad para colaborar con su tarea de esclarecimiento de los hechos, autores y circunstancias de las graves violaciones a los derechos humanos. Desde este organismo eclesial, el documento fue filtrado hacia el Partido Comunista y publicado por su periódico *El Siglo* después del término del régimen militar.

#### DESAYUNO CON EL EMBAJADOR

Existe consenso en estimar que las protestas sociales apuraron de manera decisiva el derrumbe de la dictadura. Estas masivas y contundentes jornadas de movilización social fueron concebidas en nuestra propia redacción, donde clandestinamente se reunieron los dirigentes sindicales del cobre, de la CUT, de los trabajadores de la construcción, entre otros. La propuesta que llevaban las poderosas agrupaciones cupríferas era la realización de un gran paro nacional, pero ya las autoridades militares habían advertido que, de producirse este, los huelguistas serían expulsados de sus trabajos y reemplazados por la enorme cantidad de cesantes que se agolpaban en industrias y fábricas en busca de trabajo.

En la evaluación de los posibles escenarios, los periodistas presentes advertimos de la posibilidad de que el paro no prendiera y la represión anunciada desde La Moneda pudiera causar gravísimas consecuencias. Fue en esa reunión, entonces, en que propusimos reemplazar la huelga general por una jornada

de protesta que no solo comprometiera a los trabajadores sino que diera a los estudiantes, dueñas de casa y a quienquiera la posibilidad de expresar su malestar.

La idea fue acogida con entusiasmo por los líderes sociales y de inmediato se redactó allí el primer instructivo de la primera protesta nacional, el que se difundió por todos los medios a lo largo del país y al exilio. Se trataba, simplemente, de que todos protestaran como pudieran. Ya fuese faltando al trabajo o a la escuela, manifestándose en las calles, organizando barricadas o, incluso, con medidas más audaces que se reservaron para la noche. Ello, además de los «cacerolazos», que algunos quisieron evitar por la terrible evocación a las protestas que se le hicieron a Allende.

En medio de una de estas movilizaciones fue que me tocó escuchar, en una recepción de la embajada francesa, la evaluación que hizo el embajador de Estados Unidos en Chile, Harry Barnes, de la jornada de ese día. Venía él de recorrer las poblaciones marginales y de comprobar, según sus propias palabras, el «estado insurreccional que vivía el país» y el «temor de la policía de enfrentar a los manifestantes...». Y, enseguida, le advirtió a sus colegas que lo escuchaban vivamente:

—Estados Unidos no va a permitir una nueva Cuba. Informaré de esto a mi gobierno y recomendaré arbitrar una salida política.

Pienso que fue en la estela de esta idea que la periodista Mónica González y yo fuimos invitados a desayunar por Barnes. Mónica, sin duda, era una de nuestras redactoras con mayor visibilidad y especialmente experta en los asuntos militares. Quiso el diplomático darnos una importante noticia: el gobierno estadounidense activaría el fondo de ayuda a Chile que había sido bloqueado por la Enmienda Kennedy y que durante esos años había acumulado ingentes recursos. El go-

bierno de su país quería con esto apoyar la democratización de Chile, por lo que se proponía repartir dineros a los partidos, agrupaciones sindicales y medios de comunicación.

Lo concreto es que nos ofreció a *Análisis* una atractiva oferta de un millón de dólares, cifra que era mucho más de lo que alguna vez imaginamos para consolidarnos definitivamente como medio de comunicación. Pero el embajador nos dejó muy en claro que para recibir esa generosa donación debíamos comprometernos a excluir de la revista al Partido Comunista y a los columnistas o articulistas de la izquierda más radical y que integraron el Movimiento Democrático Popular (MDP). Esta entidad se formó obligadamente después de la Alianza Democrática integrada por la Democracia Cristiana, el Partido Socialista y otra serie de partidos y agrupaciones bajo los auspicios del Departamento de Estado y la propia misión diplomática de Estados Unidos en Chile.

Desde luego que rechazamos la oferta del embajador. Nuestra revista se había destacado en la promoción de la unidad política y social de todos los disidentes y nos parecía una inconsecuencia grave optar por uno de los grupos, como hacernos cómplices de cualquier exclusión, de esa tajante fractura que se impuso como condición para apoyar la llamada apertura democrática. Con los años me enteré de que el director de *APSI*, Marcelo Contreras, había recibido la misma oferta y condición estadounidenses, las que también rechazó.

Mucho se ha hablado de los recursos que entregó la administración de Richard Nixon para desestabilizar al gobierno de la Unidad Popular y financiar el diario *El Mercurio*. Justo sería, asimismo, que se investigara, allá o acá, el destino de estos otros fondos para apoyar las negociaciones y la salida democrática con las graves restricciones y escasa representatividad del modelo institucional que todavía nos rige. Es posible que

la recepción de estos fondos explique la cooptación de tantos dirigentes políticos y sociales que, desde un discurso rabiosamente ultraizquierdista, han derivado en acólitos del neoliberalismo, llegando a justificar, incluso, hasta los despropósitos de la política exterior estadounidense.

Con el divorcio impuesto a la disidencia social y política, hubo integrantes del directorio de *Análisis* que plantearon la posibilidad de circunscribir el ámbito editorial de la revista y favorecer a la Alianza Democrática. Es cierto que este proceso estuvo gatillado por la constitución del Frente Patriótico Manuel Rodríguez, aparato militar del Partido Comunista que se propuso la estrategia militar para enfrentar a la dictadura. Este camino se hizo imposible para algunos sectores de la política chilena, aunque las acciones radicales del Frente en las protestas eran vivamente celebradas por los líderes de la Alianza Democrática por las noches después de cada jornada. Yo mismo vi a uno de ellos brindar por la audacia de los frentistas y, al otro día, repudiar sus acciones violentistas y desquiciadas.

Dos apreciados miembros de nuestro directorio —Juan Somavía y Juan Gabriel Valdés— se despidieron de nosotros después de intentar alinear a la revista con el camino de acción de la Alianza Democrática, que después derivó en la Concertación de Partidos por la Democracia, que ha completado en el gobierno más años que todos los de Pinochet.

En efecto, los periodistas de *Análisis* tuvimos cercana relación con el FPMR. Pensábamos que su acción era legítima, aunque sus procedimientos eran muy distintos a los nuestros. Es decir, el camino del periodismo y la confrontación intelectual con la tiranía.

En múltiples oportunidades sostuvimos contactos clandestinos con ellos y, tal como lo habíamos establecido con

otras organizaciones, regularmente me reunía con Salvador, la «chapa» de Alex Vojkovic, ahora un destacado ingeniero, que en ese tiempo de trabajo clandestino convivía con Michelle Bachelet, nuestra actual Presidenta de la República. Nos juntábamos en el restorán El Parrón, en la avenida Providencia, un emblemático lugar de encuentro y de bohemia de la generación de mis padres y la mía.

La reunión más particular se produjo con un grupo de comandantes del Frente. A la cita concurrimos con Fernando Paulsen, después de un azaroso trayecto que nos hizo cambiar varias veces de vehículo, tomar distintas rutas y permanecer vendados. Al final llegamos a una casa y, liberados de las vendas, quedamos de pie frente a una combatiente muy bien dotada que, además de su figura, nos lucía unos hermosos ojos azules a través de su pasamontañas. Ella nos condujo hasta el grupo de cuatro camuflados y jóvenes comandantes y nos prodigó con café y galletas durante la larga y polémica entrevista hasta que nos retiramos. También ella nos despidió ante el vehículo que nos traería de regreso.

Los varones compañeros tuvieron palabras de elogio hacia la compañera que nos prestaba atención, por su diligencia y arrojo. Sin embargo, a ella no se le permitió compartir la conversación; tal parece que solo se ocupaba allí de la hospitalidad revolucionaria. No resistimos las ganas de decirles a los comandantes que la actitud nos parecía algo machista, que pensábamos que en las organizaciones vanguardistas las mujeres compartirían con los hombres las tareas de combate y domésticas. Creo que todos se sonrojaron ante nuestra interpelación, pero lo disimularon detrás de sus pasamontañas.

Comandante «Cielito» le pusimos con Fernando a este especial presente revolucionario. Durante años hemos querido saber quién era la portadora de esos grandes y azules ojos, pero



fracasamos en el intento.

## MILITANCIA Y PERIODISMO POLÍTICO

Como muchos de los jóvenes de entonces, empecé a militar antes de los quince años de edad. Perteneczo a una familia demócratacristiana y lo natural era que me enrolara en ese partido. No había motivo para hacerlo en otro, la Democracia Cristiana pasaba por su mejor momento y era un foco de atracción para los jóvenes; tanto así, que las federaciones de estudiantes fueron todas ganadas por este partido. Eduardo Frei y Radomiro Tomic eran dos monumentales figuras políticas, y el ideario y el programa de esta colectividad era progresista, humanista y democrático. La Marcha de la Patria Joven fue acaso la manifestación política más hermosa de aquellos años y hasta hoy me emociona haber estado entre los miles de jóvenes que entramos en Santiago «desde la pampa, la mina y el mar». En mi caso, y como era santiaguino, solo me subí en último momento al apa en el caballo de un campesino que venía de la sexta región.

La Marcha de la Patria Joven siempre será recordada por ser la mayor expresión de fervor político de los demócratacristianos y de quienes llevaron al gobierno a Eduardo Frei Montalva. Más de doscientos mil jóvenes llegaron el 21 de junio de 1964 a Santiago después de recorrer cientos o miles de kilómetros desde todos los puntos de nuestra larga geografía. Cruzaron el desierto nortino, caminaron y cabalgaron desde la Patagonia y en su paso se encontraron con jóvenes campesinos, obreros y pescadores. Su entrada a la capital fue

triumfal y acompañada de otros doscientos mil manifestantes que se reunieron todos en el Parque O'Higgins (ex Cousiño) a escuchar acaso el discurso más brillante y contundente pronunciado en su vida por quien resultara triunfador de las elecciones. El evento no pudo ser igualado por los contendores de Frei, y Salvador Allende tuvo que esperar otros seis años para llegar a La Moneda.

Mis primeros pasos en el periodismo los di trabajando en el comando presidencial de Radomiro Tomic y tuve la oportunidad de recorrer el país con uno de los más grandes oradores y sólidos políticos, con quien me precio de haber mantenido una vinculación hasta su muerte. Posteriormente trabajé en la campaña de Carmen Frei, la hija del ex Presidente que tentó fuerza y arrasó como candidata a regidora por Santiago Centro. Allí tuve la oportunidad de conocer más a su padre quien, muy a disgusto, tuvo que hacerse cargo de la campaña de su hija que resultó embarazada y que enfrentó un dificultoso embarazo a consecuencia del cual tuvo que tratarse en Estados Unidos. Poco antes del golpe militar de 1973, yo todavía militaba activamente, pero empezaba a desapegarme del partido a raíz de las posiciones adoptadas por la directiva de Patricio Aylwin, que con claridad alentaba el pronunciamiento militar.

Me acuerdo, como si fuera ayer, de un almuerzo de periodistas demócratacristianos en que recibimos a Aylwin después de una reunión que acababa de tener con el Presidente Salvador Allende. En uno de sus graves tropiezos políticos, Aylwin nos manifestó con alegría que el diálogo con Allende había fracasado, con lo que se reveló de cuerpo entero en su deseo de alentar el quiebre institucional, posición que desnudó posteriormente con sus cartas y entrevistas en que justificó el golpe, haciendo caso omiso del horror que se extendió desde

el primer día.

Con la dictadura, los partidos quedaron prohibidos y cada cual hizo lo que quería, debía o podía hacer. Los militantes caímos en un sueño largo y los partidos aún más. Sin embargo, cuando ya se daban pasos contundentes hacia la unidad y la movilización social, estos de nuevo irrumpieron y trataron de ganar hegemonía: la propia Asamblea de la Civilidad, consolidada con tanto esfuerzo unitario, sufrió los embates de los partidos hasta que la desintegraron.

Recuerdo que coincidí con todos los dirigentes de la Asamblea en la cárcel de Capuchinos, donde pude presenciar las visitas y las presiones de las directivas partidarias para que los encarcelados le endosaran la representatividad que ellos habían perdido. Desgraciadamente, todos estos notables y legítimos dirigentes terminaron cediendo a los partidos y muchos de ellos acabaron en el exilio diplomático durante el gobierno de Aylwin, que no quiso saber más de organizaciones sociales, de derechos humanos y medios de comunicación libres y democráticos. Como Presidente, eso sí, convocó a la Comisión de Verdad y Reconciliación, que hizo un valioso catastro de la nómina de ejecutados y detenidos desaparecidos. Ese documento, conocido como Informe Rettig (por el apellido de quien presidió esta Comisión), le dio ocasión al Primer Mandatario de llorar y pedir perdón a nombre del Estado por los horrores cometidos en la dictadura. Seguramente lloró también por él y por la culpa que siempre lo perseguirá por ser uno de los principales instigadores del golpe militar.

Con ocasión del exilio del dirigente sindical democratacristiano Manuel Bustos en Roma, este convino con dirigentes sociales de la diáspora la consolidación de un organismo unitario. En mi columna en *Análisis* respaldé a Bustos por este sólido paso unitario. Ello me significó que la directiva

presidida por Gabriel Valdés me pasara, a solicitud de algunos personeros, al Tribunal de Disciplina del Partido.

Por debajo, el propio Valdés y otros me garantizaron que este sería solo un trámite; que por ningún motivo el partido me expulsaría o suspendería por respaldar un acto político, teniendo en cuenta mi vida partidaria. Sin embargo, no acepté que en virtud de mi libertad de expresión y trabajo profesional se me pusiera en manos de un tribunal. Y renuncié con una carta enviada al propio presidente del partido.

Don Bernardo Leighton, acaso la figura moral más grande de la política chilena de todos los tiempos, y el propio Radomiro Tomic, fueron un sábado a mi oficina para solicitarme que siguiera en el partido, que «sería una vergüenza la marginación de un periodista que había hecho tanto por la recuperación de la democracia...». Pero ya había llegado al convencimiento de que el tipo de periodismo que abrazaba vocacionalmente era incompatible con la militancia. Conservo aún esta postura, que me ha traído tantos problemas en la transición interminable que se inició luego de los acuerdos cívico-militares, la herencia de los enclaves autoritarios y el progresivo desprestigio de la política.

## SEGUNDA PARTE



## VOLVER AL ESTADIO

El plebiscito convocado por Pinochet con el ánimo de prolongar su mandato fue consecuencia de las presiones que se le ejercieron desde el exterior, sobre todo desde Estados Unidos, después de que su embajador en Chile advirtiera a Washington del «estado insurreccional» que vivía nuestro país. Como lo atestiguaran personas muy cercanas a él, el dictador jamás concibió posible que resultara vencedora la opción del No, a su voluntad de perpetuarse en el gobierno, por lo que ante los primeros resultados adversos intentó una maniobra fraudulenta para declararse ganador. Como se sabe, esta operación fue abortada por el comandante en jefe de la Fuerza Aérea, Fernando Matthei, en horas que resultaron muy tensas ante la posibilidad de un enfrentamiento entre los uniformados y el pueblo, cuando este ya festejaba en las calles los resultados presentados por el Comando del No, entidad que había organizado un excelente sistema de recuentos a lo largo de todo nuestro territorio.

El registro de las imágenes de aquel 5 de octubre de 1988 hace elocuente que si se hubiera torcido la voluntad soberana se habría provocado una tragedia. A esa altura, por lo demás, es bien poco probable que Pinochet pudiera haber recibido mucho apoyo para acometer el fraude. Las Fuerzas Armadas estaban derrotadas moralmente y el fervor público era tal que hasta los propios efectivos de carabineros se estrechaban en abrazos con los ganadores de la principal jornada electoral de nuestra historia. Un trémulo secretario general de Gobierno, el actual diputado Alberto Cardemil, tuvo entonces que

dar la cara para reconocer el triunfo del No, mientras que el general Matthei se retiraba presto del edificio Diego Portales después de cumplir con un acto que mucho lo ha reivindicado luego de haber sido uno de los dilectos de Pinochet.

Quienes estuvimos en esa celebración en la principal avenida capitalina sabemos que esa enorme masa de chilenos quiso avanzar hasta La Moneda y, como en otras grandes gestas históricas, irrumpir en el Palacio Presidencial. Pero la marcha de los triunfadores fue flanqueada por un conjunto de políticos que advertía a viva voz de los riesgos de dar un paso que, evidentemente, habría consumado otro escenario político y, lo que es muy probable, habría significado un avance definitivo en la lucha democrática, el desmoronamiento de la institucionalidad dictatorial y el reconocimiento de los más genuinos líderes. Cuando los militares se sinceran, es decir, al calor de las conversaciones informales y bien «regadas», hay quienes reconocen en aquella noche la inminencia de un cambio drástico en nuestra historia, pues ellos no estaban ya a favor de encarar al pueblo y mantener la criminal adhesión a Pinochet. Pero en esto habrá siempre posiciones dispares, sobre todo dudas.

El triunfo del No abrió un tiempo de negociaciones, acuerdos políticos explícitos y velados en los cuales se consolidó, con algunos retoques, un itinerario de transición definido por el régimen militar. Esto es, la continuidad de la Constitución del 80, un sistema electoral acotado solo a dos grandes expresiones políticas, impunidad para el dictador, su continuidad como comandante en jefe del Ejército, así como su increíble integración al Parlamento como senador vitalicio. Bajo estas condiciones es que se realizó la elección presidencial en que resultó elegido el demócratacristiano Patricio Aylwin. Este recibió, según lo dispuesto, la banda de Jefe de



Estado en sesión solemne realizada en el Congreso Nacional, en presencia del propio Pinochet en tenuta de gala y con toda su recargada bisutería militar.

No quise concurrir al acto. Preferí ir hasta el aeropuerto a recibir a Miria Contreras, la «Payita», que escogió ese preciso momento para volver de su largo exilio; destierro que iniciara en 1973, luego de ser detenida en La Moneda tras la muerte de su entrañable jefe y amigo Salvador Allende, y gracias a unos paramédicos que la reconocieron y liberaron. Ya en el recinto de salida de Pudahuel, me acuerdo de que observamos con ella parte de la transmisión de mando en un pequeño televisor en blanco y negro de un despachador de equipaje, frente al cual se reunieron muchos observadores. Para alegría de ella y de los que estábamos allí, escuchamos cuando una poderosa voz le profirió el grito de ¡asesino! a Pinochet, estridencia que se constituyó en el único acto de rebeldía en una ceremonia en que los nuevos parlamentarios, ministros, eclesiásticos, uniformados y diplomáticos lucían muy compuestitos, como si nada grave hubiera ocurrido en nuestra convivencia nacional.

Después supimos que la potente voz pertenecía a Víctor de la Fuente, un admirable periodista que colaboró como corresponsal de *Análisis* desde Francia. Se había instalado en la Ciudad de la Luz, después de ser el único chileno exiliado en Albania, para honor del curioso e implacable régimen que gobernó ese país. Hoy, el «Patacho» cumple admirablemente como editor de la edición chilena de *Le Monde diplomatique* y de la editorial que tiene por bello nombre Aún Creemos en los Sueños. Un amigo querido y de aquellos «imprescindibles que luchan toda su vida».

Esa misma tarde del 11 marzo de 1990, un Estadio Nacional repleto recibió con prolongado aplauso al Presidente

Aylwin, cruzado por la banda presidencial y de la mano de su esposa Leonor. Un gigantesco pabellón patrio cubría por completo el verde césped. A la emoción propia del acto se sumó la de retornar después de tanto tiempo a ese recinto que sirvió de campo de concentración, donde fueron ultimados, torturados y desaparecidos tantos detenidos del régimen de facto.

Yo era uno de aquellos empecinados que no habíamos regresado más al Estadio Nacional y, por lo mismo, nos perdimos un sinnúmero de jornadas deportivas. Pero ese día al menos me venció la curiosidad periodística y me animé a concurrir a ese magno festejo, aunque no había sufragado por Aylwin. El voto se lo negué, consciente de su responsabilidad en el quiebre institucional de 1973 y de que se vio favorecido por una elección fraudulenta en su partido, que lo llevó a la presidencia de la colectividad y luego a la candidatura presidencial de toda la Concertación de Partidos por la Democracia. Un episodio que refrescara en *El Mercurio* su propio camarada Gabriel Valdés, el ex canciller de Frei Montalva y el primer presidente del Senado después de la dictadura. Sin duda, fue Gabriel Valdés la principal víctima de ese deleznable engaño al interior de la Democracia Cristiana, conocido como el «Carmengate», puesto que él evidentemente tenía más posibilidades que Aylwin de convertirse en el abanderado presidencial y de recibir el apoyo de los sectores de izquierda, muchos de los cuales votaron rezongando por Aylwin. O con asco, como se decía entonces.

Para evitarme la parafernalia de los abrazos y para que no se notara mi contrariedad con el nuevo Presidente, me ubiqué en las gradas más altas del estadio. Sin embargo, no pude evitar que me reconociera desde más abajo el escritor Ariel Dorfman, una de las más agudas plumas de la resistencia chilena en

el exterior. Al sentirme reconocido quise bajar a su encuentro, pero con un ademán me lo impidió:

—Soy yo —me dijo—, el que tengo que venir a abrazarte y agradecerte todo lo que hiciste por Chile y por nuestro retorno al país.

Viniendo de él, es uno de los testimonios más gratificantes que he tenido en mi vida profesional. Ariel nos visita con cierta frecuencia, pero prefirió seguir triunfando en Estados Unidos. Una de sus obras de teatro ha llenado salas y provocado elogios en el mundo entero, pero en Chile tuvo discreta recepción, cumpliéndose aquello de que «nadie es profeta en su tierra». Ojalá algún día reciba lo que se merece hace tanto rato: el Premio Nacional de Literatura, entre otros escritores que esperan, dado que felizmente en la categoría literaria tenemos abundantes candidatos para este reconocimiento.

Todo lo que aconteció en nuestro principal recinto deportivo auguró la apertura de una transición ingrata, llena de zancadillas, temores y claudicaciones. Se moderaba el lenguaje y se otorgaban las primeras concesiones. El tirano a lo más sería tratado como dictador y para dictadura se empezaría a utilizar el término gobierno militar.

#### PARA NO CREERLO

Hasta hoy me parece insólito lo que, en materia de celebraciones, ocurrió con nuestros medios de comunicación. Después de lo del Estadio y una fiesta menos masiva en La Moneda, a los directores de las revistas *Análisis*, *Apsi*, *Hoy* y el diario *El Fortín Mapocho* se nos invitó a una curiosa manifestación en un res-

torán de la calle Suecia, en Providencia. Nuestra anfitriona resultó ser una alta representante del gobierno holandés, que integró la comitiva de los Países Bajos que asistió a la transmisión del mando y que estimó necesario brindarnos un homenaje por el aporte que nuestras publicaciones habían hecho a la recuperación de la democracia. En un breve pero sentido discurso nos señaló que para su país era un honor haber apoyado económicamente a estos medios que con tanto esfuerzo y sacrificio habían mantenido la esperanza de la libertad y alentado la lucha popular en Chile. Con el brindis agregó que ella y su gobierno sabían que enfrentaríamos una transición compleja, por lo que habían decidido darnos una ayuda económica sustantiva para nuestra consolidación.

—En las próximas semanas vamos a enviar a un consultor a Chile para que estudie con ustedes la situación de cada medio y nos proponga para cada caso otorgarles una última ayuda económica —acotó.

Quedamos perplejos con el anuncio, pero lo efectivo es que el consultor llegó a las dos o tres semanas y trabajó intensamente en cada una de nuestras oficinas. En cuanto a *Análisis*, le dimos vía libre a nuestras estadísticas de ventas y suscripciones, y en terreno se enteró de nuestro trabajo e infraestructura. Como dicen los contadores, llegábamos al término de la dictadura con nuestras cuentas «en azulito», con una casa propia y sin deudas apremiantes. Por lo mismo es que cuando el consultor me pidió que con franqueza le dijera cuánto creía yo que podría ser el aporte holandés para nuestra consolidación, le señalé que sería suficiente con unos 200 mil dólares.

—No, señor Cárdenas, yo no he venido a Chile para determinar una cifra tan modesta. Sé cuánto calcula dar nuestro gobierno. ¿Qué le parece una cantidad de 500 mil, mejor?

Por segunda vez quedé perplejo ante tanta maravilla. Porque nuestra cifra ya venía «con el tejo pasado», como se dice en buen chileno.

No habían transcurrido ni dos meses desde ese episodio cuando me llamó por teléfono el embajador holandés Robert Fruin:

—Señor Cárdenas, estoy en condiciones de extenderle el cheque con la ayuda prometida por mi gobierno... Solo que ha surgido un inconveniente: el gobierno chileno nos ha hecho ver que cualquier ayuda a la prensa chilena será considerada como una intervención ilícita en los asuntos internos de un país democrático. Necesitamos que se nos dé una señal al respecto para poder cumplir con esta contribución.

—Embajador, no puedo creer lo que me dice. Debe tratarse de un malentendido... —repliqué.

—No —insistió—, estoy seguro de lo que le digo. Pero me bastaría una llamada de La Moneda que me autorice a proceder para entregarle a usted y a las otras revistas lo convenido.

Ese mismo día corroboramos que el embajador se había expresado en los mismos términos en conversaciones con los directores de *Apsi*, Marcelo Contreras, y de *Hoy*, Marcelo Rozas. De manera que, acto seguido, los tres directores de medios solicitamos una reunión urgente con el ministro secretario general de Gobierno, Enrique Correa, en la cual este nos señaló que debía tratarse de un error y que él mismo «destrabaría» el inconveniente. Pero dos o tres veces más nos comunicamos con el embajador, quien nos aseguró que nadie lo había llamado para aclararle la situación.

Por su cuenta, cada uno de los directores hizo lo posible para que alguien del gobierno de Aylwin tomara contacto con el diplomático, lo que nunca se produjo. No nos quedó más remedio que renunciar a un donativo que naturalmente

habría cambiado nuestra suerte y la del periodismo en la transición. El «Guatón Correa», como todo el mundo denomina a ese tenebroso personaje de la política pospinochetista, quiso distraernos con la idea de que no insistiéramos en la ayuda holandesa, que él andaba gestionando una ayuda aun más suculenta por parte de Italia para la prensa democrática. Una promesa en la que no creímos y que obviamente nunca llegó. O, si llegó, tuvo otro destino.

En este contexto cabe agregar que cada uno de nuestros medios hizo todo tipo de esfuerzos infructuosos para obtener publicidad estatal, en especial después de saberse que el gobierno de Aylwin reconocería los contratos amarrados en los últimos días de Pinochet a favor de la prensa pinochetista. Pese a que aún manteníamos los más altos tirajes, tampoco tuvimos la posibilidad de acceder a los avisos de la empresa privada, que hasta ahora discrimina ideológicamente al definir sus campañas publicitarias.

Prohibida la ayuda exterior y sin avisos, empezamos a tener dificultades financieras, toda vez que ya se hacía imposible mantener los modestos sueldos del periodo de la dictadura. Fue entonces, un día viernes, cuando los tres directores de las revistas (*El Fortín* ya había cerrado) visitamos al ministro de Hacienda Alejandro Foxley, ex canciller, para contarle nuestras penurias y sobre todo lo que nos había ocurrido con el ofrecimiento holandés.

—No puedo creer lo que me cuentan —dijo—. Me parece de una ingratitud increíble. Nosotros estamos aquí gracias a ustedes, a la lucha que dieron... Déjenme, que yo voy a arreglar esta situación.

Inmediatamente, el ministro hizo subir a su despacho a Pablo Piñera, su subsecretario, a quien instruyó (después de secretarse unos minutos) para que a cuenta de publicidad del Estado nos hiciera una sólida contribución.

—¿Cuánto les habían prometido los holandeses? —preguntó.

—En el caso de *Análisis*, 500 mil dólares... —contesté

—¿Les parece que les dé lo mismo a cada medio...?

—Por supuesto —le contestamos casi al unísono.

—Claro que no podemos darles todo de una vez. ¿No les afecta mucho que se los demos en dos o tres cuotas?

—Para nada, señor ministro —le dijimos, disimulando nuestra dicha.

—El lunes tomen contacto con Pablo para entregarles la primera cuota y, ¡por favor!, esto queda entre nosotros... Los veo muy estresados, amigos. Ahora, relájense y váyanse a tomar un trago a mi salud.

No recuerdo quién pagó los tragos, pero desde luego brindamos por él, y no solo una vez. De ahí, dejamos pasar el lunes, pero el mismo martes me puse en contacto con Pablo Piñera, quien atarantado con la palabra, me dijo por teléfono:

—Cagamos. Las paredes del Ministerio tienen oídos. No podremos darles lo prometido. El gobierno nos prohíbe de manera terminante pasarles plata... Correa los va a llamar. Lo siento... —así, parco y brutalmente.

Pero más terrible fue el propio Enrique Correa, que nos citó a su despacho en La Moneda para retornos de manera virulenta y a puertas cerradas:

—Son unos miserables. Qué se creen de haber ido donde el ministro de Hacienda... ¿No saben que soy yo el ministro encargado de las comunicaciones? Ahora, friéguese, por huevones.

—Es que en nuestra desesperación ya no teníamos a quién recurrir... —nos defendimos.

—No hay nada más de qué hablar...

Fue tanta su ofuscación, que se paró y al volver a sentarse resbaló del sillón y con toda su voluminosa masa corporal ter-

minó en el piso. Y ya no hubo más de qué hablar con él y cada una de las revistas buscó su propio derrotero.

Correa terminó muy mal su gestión en el gobierno. Entró en contradicción con Patricio Aylwin y sus últimas semanas de ministro se ausentó de La Moneda. Según se dice, habría sido víctima de la homofobia presidencial. De hecho, tiempo después de nuestra última sesión en La Moneda, lo vimos en un pub del barrio Bellavista danzando solo en medio de la pista con claro ánimo de llamar la atención. Se había sacado su corbata y la deslizaba con frenesí por su cuerpo al ritmo de la música. Después de su paso por el gabinete, se convirtió en uno de los operadores políticos más consultados por las empresas que buscan invertir o conseguir favores administrativos en Chile y en otras naciones del continente. Uno de los más ultramontanos de la política chilena ha devenido en *lobbyista* internacional. Sus asesorías son transversales dentro del oficialismo. En la última contienda presidencial, Correa apoyó inicialmente la candidatura de la demócratacristiana Soledad Alvear, pero luego apostó por las de Ricardo Lagos y José Miguel Insulza, ninguno de los cuales llegó a constituirse en el abanderado de la Concertación. Pero cualquiera sean sus caprichosas decisiones, todo el mundo coincide en reconocerle su astucia, como lo hiciera el propio Pinochet.

#### LA OPERACIÓN ANÁLISIS

Inmersos en la dificultad de financiar una revista sin avisos y bloqueada a la ayuda internacional, empezamos a hacer gestiones para allegar a algunos socios que pudieran inyectarnos



dinero o conseguirlo. Al primero que visité fue a Ricardo Lagos, en ese momento ministro de Educación, quien demostró vivo interés por salvar a *Análisis* y la posibilidad de integrarse a nuestro directorio. A los pocos días, sin embargo, nos señaló su imposibilidad de contribuir, pero sin entregarnos explicación alguna. Lo mismo hicimos con cinco o seis personas más, con igual resultado: se entusiasmaban al principio y luego desistían por algo que no confesaban. Incluso recurrí hasta al propio Sebastián Piñera, que empezaba a amasar su fortuna actual y se preciaba en esos días de haber votado No en el plebiscito, aunque enseguida se convirtiera en el generalísimo de la campaña presidencial de Hernán Büchi, el candidato del pinochetismo más rabioso. Le pedí que se integrara a nuestro directorio con el aporte de unos veinte mil dólares para ayudarnos a sanear nuestras deudas. Pero quien es ahora uno de los chilenos más ricos, me dijo que era mucha plata para él...

A todo esto, en un lamentable accidente aéreo falleció Ricardo Jordán, uno de nuestros miembros más activos del directorio. Recién jubilado de uno de los cargos máximos de la CEPAL, Ricardo viajó hacia el sur acompañado de su esposa Sonia Fuchs, afamada productora de la televisión chilena. Me acuerdo de que me llamó apesadumbrado para excusar su asistencia a una reunión:

—Sonia quiere que vayamos a ver a unos parientes al sur y lo haremos en una avioneta. Toda nuestra vida hemos viajado en aviones distintos, por si nos pasa algo, para que los niños no se queden solos. Pero ahora que ya estoy jubilado y los niños grandes, viajaremos juntos, aunque ya el lunes estaremos de vuelta...

Muy cerca de su destino, la avioneta se precipitó y ambos murieron, junto con un sobrino y una menor, a quien en el aeródromo de Vichuquén, donde habían hecho escala técnica,

le habían encargado llevar.

Días antes de la tragedia estuvimos en casa de Jordán con mi hermano Ignacio, que ofició de gerente en esta última etapa de la revista, con el ánimo de estudiar una renegociación bancaria en que liberáramos a Ricardo como aval. En plena deliberación, Sonia nos escuchó y literalmente se desplomó al enterarse de que su marido había hipotecado su estupenda casa de Pedro de Valdivia Norte para respaldar la deuda.

—No te preocupes, Sonia —le dijo su marido—. Justamente estamos aquí para hacer nuevos papeles y deshacerme de este compromiso.

Cuento esto en homenaje a uno de los soportes más importantes que tuvo nuestra revista y en reconocimiento a la calidad moral de una persona que todos pensamos que, por su brillante trayectoria de arquitecto y urbanista, sería convocado para integrar el equipo de gobierno. Lo que no ocurrió, por supuesto.

Así fue como Belisario Velasco se convirtió en el socio mayoritario de nuestra sociedad anónima con la promesa de conseguir la publicidad estatal que tanto anhelábamos. Ello implicó que debimos aceptar la incorporación de Luis Risopatrón como representante de Velasco, en calidad de presidente del directorio, e incorporar a Alfonso Arancibia en nuestra gerencia. Dos «palos blancos» hasta allí desconocidos por nosotros.

Pero no llegó publicidad y los problemas se agudizaron. De nuestra desesperación se valió entonces Belisario para convocar, junto con Carlos Bascuñán, el secretario privado y yerno del Presidente Aylwin, a tres socios del directorio a un almuerzo en La Moneda que cambiaría el destino de nuestra publicación: con el argumento de su gran preocupación por la revista convencieron a Fernando Castillo, Óscar Saavedra y Patricio Hurtado de que transfirieran sus acciones en bene-

ficio de personas que harían un aporte sustantivo a nuestra sobrevivencia. Y así fue como del Palacio Presidencial fueron conducidos a una notaría que registró los respectivos traspasos y el subsecretario del Interior quedó como propietario mayoritario de la revista, aunque a través de otros nombres.

De la operación me enteré a la mañana siguiente y a la hora de almuerzo fui invitado por el gerente Arancibia para advertirme de lo que ya sabía y proponerme lo siguiente:

—Tengo la facultad de negociar contigo la posibilidad de que te vayas al país que elijas, con cargo político o manteniendo tu sueldo de director por un año más, a condición de que tu nombre siga apareciendo en el colofón de la revista en todo este tiempo. Si no aceptas, estoy autorizado para negociar contigo una indemnización sustantiva, por encima de lo que indica la ley, que tiene como tope el pago de hasta ocho sueldos. En concreto, estoy dispuesto a pagarte hasta quince...

—Por ningún motivo —le dije—. Mi nombre sale de la próxima edición de la revista y solo acepto como pago lo que indica la ley.

La conversación acabó allí y acto seguido convoqué al directorio para el día siguiente.

La casualidad hizo que al otro día yo cumpliera con una invitación del empresario Carlos Cardoen, quien quería expresarme su desazón por el hecho de haber aportado tanto dinero para la campaña presidencial de Patricio Aylwin, sin que los nuevos moradores de La Moneda siquiera lo invitaran a las primeras recepciones oficiales. Al verme preocupado, le conté lo que había sucedido con *Análisis* y la ingrata forma con la que perdíamos un medio que tanto nos costó sostener.

—Y de cuánta plata estamos hablando, compadre —dijo, en su típica y campechana forma de tratar a sus amigos.

—Unos veinte mil dólares son lo urgente...

—¿Y por esa mierda de plata vas a perder tu revista? Cuenta con eso y con más, pero arregla esa situación. No puedes perder *Análisis*.

—¿Estarías dispuesto a entrar tú en el directorio?

—No, para nada. Solo quiero ayudarte...

Con esta oferta, entonces, es que enfrenté al directorio al día siguiente y les hice ver que los periodistas queríamos hacernos cargo de la revista. Que les estábamos muy agradecidos por la preocupación manifestada, pero así como nunca les habíamos pedido un céntimo para nuestro sostenimiento, ahora queríamos gestionar solos *Análisis*. Les dije, asimismo, que tenía dinero para pagarles su retiro y que, por cierto, sería grato que siguieran los que estuvieran dispuestos a reconocer la propiedad del medio a los que lo habíamos fundado y desarrollado.

El presidente Risopatrón puso en votación mi propuesta y perdí ante la nueva composición del directorio, consumada el día anterior. A nuestro favor lo hicieron Manuel Sanhueza, Duncan Livingston, Jaime Hales y Juan Guillermo Espinosa. En tanto que Risopatrón y Arancibia, que eran solo dos, explicitaron los votos de Belisario Velasco, quien los instruyó telefónicamente para que rechazaran nuestra oferta.

Don Manuel, Duncan, Jaime y Juan Guillermo expresaron su asombro y repudiaron tan alevoso acto contra la libertad de expresión y de la empresa. A todos se nos hizo convicción que los recursos para tomar el control de *Análisis* salían de la caja de los voluminosos gastos reservados que administraban el secretario personal del Presidente y el subsecretario del Interior. Acto seguido, quienes nos apoyaban decidieron renunciar al directorio, en un gesto que los distingue y que siempre agradeceremos.

Cabe hacer constar que estas últimas transacciones accio-

narias vulneraron los estatutos de la revista, los que claramente establecían que ante la muerte o renuncia de algún miembro del directorio, sus acciones debían ofertarse primero entre los socios, antes que ofrecerlas o ser adquiridas por fuera. Éramos una sociedad anónima cerrada que había establecido estos candados para evitar que en dictadura alguien pudiera ser presionado o tentado por su cuota de propiedad en nuestra casa editorial. Sin embargo, estimamos que enfrentar en los tribunales a tan altas autoridades de gobierno sería una locura o un acto inútil ante el entusiasmo que provocaba el advenimiento de la democracia.

El equipo de periodistas se sintió notablemente afectado por esta situación, aunque es justo decir que, incluso los que nos retirábamos, tuvimos la esperanza de que una nueva gestión procurara los recursos que se requerían para la consolidación de *Análisis*. De esta forma es que en una tensa y triste despedida le traspasé la dirección a Felipe Pozo y le señalé que estaba en sus manos y en quienes trabajaran con él cumplir con una nueva y vital etapa de la revista. De todas maneras, se fueron conmigo Faride Zerán y Juanita Rojas. Otros ya habían partido a diferentes medios, como Fernando Paulsen, Pamela Jiles, Libio Pérez y Marcia Scantlebury.

Con honestidad debo decir que la separación fue dura para todos. Las circunstancias nos fueron alejando, pero poco a poco nos reencontramos. Por algo habíamos vivido juntos los años más plenos de nuestra juventud. Construimos ideales y vivimos experiencias que hasta el día de hoy siguen vigentes en todos nosotros. No solo en los periodistas, sino en tantos colaboradores, secretarías y administrativos a los que siempre nos reúne la memoria del pasado común pero, sobre todo, la identidad que sorprendentemente vuelve a expresarse respecto del presente y porvenir de nuestro querido país, y en las

convicciones que nos legaran Mario Planet, Andrés Sabella, entre otros, quienes terminaron sus vidas en nuestra redacción, y quienes siempre nos indicaron que el periodismo es un apostolado y que sus más bellas páginas se escriben en la adversidad.

Por eso es que el 10 de diciembre de 2007, al cumplir treinta años desde nuestra fundación, costara tan poco reunirnos de nuevo para realizar una edición especial y única de nuestra revista. Una vez más bajo el alero de la Academia de Humanismo Cristiano, nos encontramos prácticamente todos los periodistas, fotógrafos, diseñadores y empleados de entonces. Faltaron muy pocos a la cita. Algunos no fueron hallados, muy pocos se restaron y, por supuesto, estuvieron ausentes los que ya se habían ido de este mundo: Alfonso Alcalde, Patricio Acevedo, Iván Badilla, Rommy Guevara, Rolando Silva y algunos ya citados. La lista de los que colaboraron con esta edición es larguísima y la publicación fue un éxito editorial. En pocos días se agotó en todo el país sin necesidad de publicitarla. A nuestros artículos sumamos el Ubicatex y los «monos» de Palomo, MICO y el Toto Squella, notables dibujantes y caricaturistas. Incluso nos dimos el gusto de sumar y entrevistar a algunos de los que nos habían dejado, pero que son parte de nuestra historia.

El entusiasmo nos hizo acometer, al año siguiente, a los 31 años de nacida *Análisis*, un nuevo, polémico y exitoso número, en acuerdo, de nuevo, con la Universidad Academia de Humanismo Cristiano y la empresa periodística *La Nación*, cuyo gerente general, Francisco Feres, fue parte importante de nuestra revista en el pasado.

En estas dos ediciones incorporamos el aporte de notables periodistas jóvenes, que en el tiempo de *Análisis* aún no se formaban o apenas pudieron conocer algunas de sus edicio-

nes. La circulación alcanzada tres décadas después por una revista reaparecida habla de la memoria que todavía existe en nuestro país respecto de la tarea de *Análisis*, las revistas ya mencionadas y otras como *Página Abierta* y *La Bicicleta*. Naturalmente que nuestro trabajo no habría sido posible sin la organización y el aporte de tantos chilenos anónimos que nos hicieron llegar información y organizaron redes para que los ejemplares de *Análisis* y las ediciones de *Teleanálisis* alcanzaran al mayor número de personas. En este sentido, cómo no consignar los clubes de lectores que se organizaron en las ciudades más grandes del país y que contribuyeron al encuentro con miles de colaboradores en Concepción, Valparaíso y San Antonio, así como en toda la diáspora contamos con corresponsales y representantes que nos brindaban solidaridad, nos ayudaban a obtener cientos de suscripciones y organizaban fiestas y eventos para recaudar dinero.

Justo es también reconocer el aporte de un buen número de columnistas, que además de escribir para nosotros gratis, nos aportaban ideas y una buena dosis de arrojo: varios de ellos fueron también procesados por la justicia militar y ordinaria. Desde Estocolmo, el aporte de Daniel Moore fue sustancial por su inteligente mirada del mundo y su sentido del humor inigualable. Luis Cecereu y Sergio Palacios en la cultura. Hernán Montealegre, Jaime Insunza, Cecilia Suárez en la política y los derechos humanos. El aporte de conservadores y liberales democráticos como Julio Subercaseaux y Armando Jaramillo. En fin, imposible citarlos a todos en una publicación que siempre se propuso ser un lugar de encuentro de todos los disidentes sin distinción. En particular, fue muy importante contar con la excelente pluma del obispo Jorge Hourtón y del presbítero Fidel Araneda, seguramente los mejores columnistas religiosos de toda una larga época. «A Dios

rogando, pero con el mazo dando», como decían.

En relación a estos dos últimos personajes, hay que contar el impacto que tuvo una edición de *Análisis* cuya portada estuvo dedicada a «Las andanzas del nuncio en Chile», es decir, a monseñor Ángel Sodano, a quien se le atribuye haber colaborado para erradicar el progresismo de nuestra Conferencia Episcopal y proponerle al Papa los nombres de los mojigatos y reaccionarios reemplazantes de los obispos de mayor compromiso evangélico, como el propio cardenal Silva Henríquez. Aunque la información que recogimos en ese artículo fue obtenida religiosamente de algunos obispos, la ira de Sodano significó que a continuación desfilaran todos los prelados por la sede de la Nunciatura en un burdo besamanos de desagravio. Tuvo como consecuencia, además, que monseñor Hourtón y Fidel Araneda se excusaran por un tiempo de enviarnos sus columnas, las que reanudaron apenas se enfrió la enorme tensión que provocamos con el aplauso de los cristianos de base y la complicidad de algunos altos dignatarios. Católico observante, me acordé de lo que me dijo mi padre cuando me iniciaba en el periodismo:

—Trata de no trabajar nunca con la Iglesia, los curas son muy difíciles y tienen un afán corporativo que no siempre se compadece con la fe. Sirve siempre a tus convicciones. Ojalá siempre cristianas.

Solo unos meses después, la revista *Análisis* fue cerrada por quienes la habían adquirido. Creo que gastaron mucho más en pagar deudas, indemnizaciones, etcétera, que lo que habríamos necesitado para consolidarla. Es decir, los sobrados 500 mil dólares de los holandeses o los que quiso reponernos el ministro de Hacienda. Pese al esfuerzo de los periodistas que siguieron en ella, lo cierto es que su nueva administración no procuró avisos, solo tapó hoyos hasta su cierre pro-



gramado. La casa de Manuel Montt fue vendida seguramente para cubrir las deudas que se acrecentaron con la caída de la circulación. Cuando inauguramos un nuevo esfuerzo editorial, apenas cuatro o cinco meses después de mi salida, en la presentación de la nueva revista se me acercó Luis Risopatrón, impuesto por Belisario Velasco en la presidencia del directorio de *Análisis*. En breves y nerviosas palabras, me dijo:

—Juan Pablo, solo he venido a desearte éxito en tu nueva empresa. Me engañaron. Me dijeron que querían levantar la revista, cuando lo que se proponían era clausurarla. Me dejaron solo enfrentando deudas. Hasta he tenido que recurrir a mis ahorros para salvar mi nombre.

Una de las grandes sorpresas en el gabinete de Aylwin fue el nombramiento de Belisario Velasco como subsecretario del Interior. La relación entre ambos siempre había sido como el aceite y el vinagre, de manera que cuando lo fui a felicitar a La Moneda —antes de la peripecia de *Análisis*—, le expresé mi sorpresa:

—Y cómo puede explicarse tu designación, Belisario.

—Por lo que tengo allí en esa caja fuerte... las pruebas contundentes del «Carmengate»...

## NECESARIO RECICLAJE

Con quienes fuimos exonerados de la revista que fundamos y sostuvimos durante quince años nos dimos rápidamente a la tarea de desarrollar otra expresión periodística. Nos planteó el desafío el propio Carlos Cardoen cuando le contamos el fracaso de nuestra última gestión por salvar *Análisis*.

—Cuenta con la plata que te ofrecí y algo más, y presén-

tame un proyecto... —dijo.

Así fue como en menos de tres meses tuvimos a *Los Tiempos* en los quioscos ante la sorpresa generalizada y, muy particularmente, de los dirigentes políticos, que aún no concluían del todo su faena de asesinar a los medios incómodos.

Con Juanita Rojas, que se convertiría en la editora general, definimos los contenidos y un nuevo diseño. Nos proponíamos ponerle más diversidad a nuestros contenidos y mucho más color a la presentación y, como para desafiar la adversidad, presentamos la nueva publicación en el hall central del palacio de Bellas Artes, ante muchísimos invitados que aseguraban nuestra prosperidad de la mano de uno de los empresarios más ricos del país. Los asistentes recibieron el primer número dentro de una lata como la de una cerveza y toda una parafernalia publicitaria ideada por Fernando Paulsen y su nueva empresa de servicios periodísticos y demases. «¡Rompa la lata!», decía el imaginativo envase de esta revista que ya entonces se proponía alterar la monotonía mediática.

Le insistimos a Cardoen que ocupara la presidencia del directorio de *Los Tiempos*, pese a que nos advirtió que su nombre nos haría más mal que bien por las críticas que lo afectaban al haberse convertido en el principal fabricante privado de armas. Con su nombre en el colofón queríamos hacer una manifestación de transparencia, pero también comprometerlo en un esfuerzo del que no estaba del todo convencido y bien dispuesto. Solo un año alcanzamos a publicar quincenalmente *Los Tiempos*, antes de que el propio Cardoen determinara el cierre, sin duda presionado al máximo por su entorno de colaboradores que no lo quería ver vinculado a una actividad que lo hacía «perder plata» y ganar detractores, más allá de los que le celebraron su aporte al periodismo y la posibilidad de salvar a un equipo de profesionales que se las había jugado en la

lucha contra la dictadura. En efecto, el empresario necesitaba el apoyo de las autoridades para lograr que Estados Unidos se desistiera de esa orden de captura internacional que todavía rige en su contra. Esa pesadilla lo persigue por la supuesta adquisición ilegal en ese país de un producto fundamental en la producción de su bomba de racimo que produjo en Chile y que comercializó a Irak; desde luego, con la anuencia de la gran potencia y de Chile, hasta que Saddam Hussein dejó de ser amigo de la Casa Blanca.

Sabemos que desde el gobierno de Aylwin se le sugirió a Cardoen que se desvinculara de *Los Tiempos* si quería el apoyo de la Cancillería para arreglar su problema con la justicia estadounidense. Esta situación quedó en evidencia con la abrupta renuncia del empresario demócratacristiano Felipe Amunátegui a nuestro directorio. Se había incorporado a la revista haciéndonos un reconocimiento profesional y también consciente de la magnífica posibilidad de asociarse con Cardoen. Él mismo me dijo que había recibido presiones políticas irresistibles para que abandonara *Los Tiempos*.

—Soy un hombre de negocios que no puede estar mal con las autoridades —me dijo—. Tengo inversiones y no puedo arriesgarme. Considera mis acciones como un aporte a la revista; que no me devuelvan nada y que les vaya muy bien... —fueron sus palabras finales.

Otro de los que se incorporó a *Los Tiempos* fue el retornado empresario Max Marambio, dilecto amigo de Fidel Castro y ex miembro de la Guardia Personal de Allende, que se ha convertido en un peculiar personaje por su pasado ultraizquierdista y su presente de multimillonario. Su helicóptero avaluado en millones de dólares cruza el cielo santiaguino desde y hacia su lujosa oficina situada en uno de los edificios más exclusivos del barrio Las Condes. Uno de los dueños actuales de la Universi-

dad Arcis, Marambio es frecuentemente retratado por la vida social de los diarios y de aquellos recurridos entrevistados de la prensa farandulera, simplemente, porque llama la atención el contraste entre su pasado y presente, y por la forma en que se ha vinculado a la alta sociedad, pese a su origen social y a su estridente acento caribeño, y puesto que, sin duda, su palabra y sus anécdotas revolucionarias encantan a todo espectador primerizo.

Me declaro culpable de la relación de Cardoen y Marambio al provocar un encuentro entre ambos que ha dado muchos frutos en los negocios con Cuba. De hecho, Carlos Cardoen siempre me agradece en público la oportunidad que le brindé de llegar a la Isla y hacerse amigo de Fidel Castro. Muchos mal pensados no dan crédito de que yo no haya «cosechado» nada de ese triángulo que ayudé a integrar. Sin embargo, creo que el compromiso de Cardoen con *Los Tiempos* se explica en los elogios que me hace por esta «oportunidad de negocios» que les abrí.

Los periodistas de *Los Tiempos* le habíamos pedido a estos sostenedores dos años de prueba para consolidar este nuevo proyecto editorial. Las ganas les duraron doce meses solamente, pero siempre le agradeceremos a Carlos Cardoen la oportunidad de hacer una excelente revista que por desgracia no tuvo el tiempo suficiente, la gestión ni los recursos para asentarse. Manteniendo nuestro espíritu crítico e independencia, estas ediciones guardan artículos notables escritos en la transición y que develan las primeras inconsistencias e inconsecuencias de lo que vino después de Pinochet. Sin embargo, es evidente que ante cada número aparecido el descontento con nuestro quehacer se manifestaba desde la política y los grupos fácticos, como el arrebató que le produjo un artículo nuestro al «católico» empresario Ricardo Claro, en que develábamos su conexión con un escandaloso episodio bancario de lavado de dinero. De la

misma forma, dejamos al descubierto las millonarias cifras de los gastos reservados del gobierno y las Fuerzas Armadas, y fuimos atestiguando el paulatino divorcio de los jóvenes y las organizaciones sociales con la política.

Al sólido equipo de periodistas que trabajábamos juntos hace tanto tiempo se sumaron talentosas plumas. Asimismo, tenemos el mérito de haber rescatado como sección científica de la revista a la desaparecida revista *Creces* y, además, el haber ampliado nuestra cobertura temática a la cultura, los deportes y los temas sociales, con el aporte de nuestros históricos columnistas y redactores Jaime Hales, Virginia Vidal, Nelson Soza, Víctor de la Fuente y Camilo Taufic. En tanto, en nuestro Centro de Documentación tuvimos la suerte de tener el aporte de Eila Belila, nuestra antigua colaboradora en Finlandia, quien decidió tentar suerte en Chile atraída por un exiliado chileno que volvía al país, pero que al final regresó al dulce frío de Escandinavia, como tantos otros chilenos que solo volverán a Chile de paseo. Cuento lo de Eila porque me honra haber acogido el aporte de al menos uno de los numerosos extranjeros que solidarizaron con nosotros desde los más diversos países de la Tierra. Gente que amó entrañablemente a nuestro país y que estoy seguro buscó la posibilidad de acercarse en Chile. Europeos, principalmente, cuya preocupación y afectos hasta ahora radican en América Latina.

En el reciente viaje que realicé a Chiapas me resultó emocionante redescubrir a tantos españoles, franceses, holandeses y nórdicos comprometidos esta vez con la causa libertaria de los pueblos indígenas, apoyados por el subcomandante Marcos y el Ejército Zapatista. Vi en ellos a las Eila Belila, Anna Petersen, Diana de Vouters, Jens Holtz y otros solidarios activistas que se hicieron compañeros nuestros desde el otro lado del mundo.

Demasiadas veces se nos recuerda hasta hoy por el traba-

jo de *Análisis* y muchos ni siquiera mencionan *Los Tiempos*. Sin embargo, quienes estuvimos en esta última publicación sabemos que el periodismo que se llevó a cabo reforzó nuestro compromiso con el deber ético de esta actividad y, en muchos aspectos, lo superó en ingenio, estilo y calidad. A los numerosos estudiantes de periodismo que me requieren por *Análisis*, los insto a concurrir a la Biblioteca Nacional a revisar la colección de *Los Tiempos*.

—Es más contemporánea para ustedes que la otra —les digo. Pero hasta aquí no logro mucho resultado.

El esfuerzo que hizo Patricia Dawson para obtener publicidad esta vez se materializó en algunas páginas de cada número, pero en un espacio insuficiente para autosostenernos. La venta de ejemplares crecía, superaba la de otras publicaciones similares, pero no alcanzaba ni remotamente los tirajes de *Análisis*. Al solicitar avisos, muchas veces se nos decía: —«¿Y para qué quieren avisos, ustedes? Que avisen, primero, las propias empresas de Cardoen...», lo que sinceramente no consiguieron o no quisieron conseguir ni el vicepresidente ejecutivo ni el gerente de la revista, gente de extrema derecha con la cual nunca pudimos conciliar, y que realmente se mostraron complacidos cuando «Carlos abandonó esta absurda aventura».

## CONTIGO EN LA DISTANCIA

Con el cierre de tantos medios, la proliferación de escuelas de periodismo y el grave deterioro de las remuneraciones en nuestro sector, uno de los campos ocupacionales más apetecidos de los periodistas es la posibilidad de ejercer docencia

universitaria. En la cesantía más absoluta, felizmente recibí la invitación del decano Mario Orellana para que me incorporara a la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile.

—Tengo la misión de recuperar esta carrera —dijo—, puesto que el nivel de los alumnos es superior al de los profesores.

En efecto fue así, luego de que la escuela se convirtiera en uno de los bastiones de los periodistas pinochetistas que justamente se atrincheraron allí favorecidos por la ley de inamovilidad que todavía rige en la administración pública, incluso en las universidades del Estado. Con el propósito de recuperar la Escuela y dar satisfacción a las severas demandas de sus estudiantes, el decano quiso entregarme la dirección del plantel, pero cuando ya estaba todo listo me dijo que «desde arriba» le habían prohibido mi nombramiento. Hasta hoy no he sabido quién me objetó, pero lo cierto es que me conformé con la posibilidad de impartir algunas clases, aunque ello resolvía muy limitadamente mis necesidades económicas. Algunos de mis hijos iniciaban su educación superior y las deudas por el último incendio de mi casa nos tenían muy agobiados.

Más complicado me tenía la decepción de mi familia ante lo que me sucedía. Después de tantos años de tensiones e incertidumbres, a mi familia le costaba creer que la «democracia» nos complicara aun más la vida. Por lo tanto, también se afectó mi autoestima y empezamos a concebir la idea de salir al extranjero o cambiar drásticamente de actividad. El desencanto con lo que sucedía se hizo definitivo cuando tuve la idea de llevarlos a todos a observar una sesión del Congreso Nacional en Valparaíso. De joven yo era uno de los asiduos concurrentes a los debates parlamentarios, tan solo fuera para apreciar la brillante oratoria de una buena cantidad de diputados y senadores. Sin embargo, lo que presenciamos esta vez

fue más que lamentable. A excepción del líder de la derecha Jaime Guzmán, el desempeño de los demás senadores frustró totalmente mis expectativas y aun más las de mis hijos. Los honorables no tuvieron en esa sesión un adecuado comportamiento, sobre todo por su falta de urbanidad y el pobre lenguaje en que se expresaban. Después de una hora, decidimos arrancarnos hacia los cerros del puerto, ascender y bajar en esos maravillosos ascensores y estar juntos en una ciudad en que también había estado privado de libertad. Justamente en el cerro La Cárcel que, a propósito, eludimos.

Inmersos al poco tiempo en campaña presidencial, ya que el gobierno de Aylwin solo se prolongaría por cuatro años, el jefe periodístico de la candidatura de Eduardo Frei, mi amigo Ignacio González, me dio la oportunidad de officiar los últimos dos meses como encargado de atender a la prensa extranjera, lo que me permitió estar muy cerca del candidato y luego Presidente electo en sus primeras ruedas de prensa y entrevistas hacia el extranjero. Aunque nunca me lo señaló, estoy seguro de que fue él mismo quien estimuló la posibilidad de integrarme a su comando, informado de mis aficciones económicas por su secretaria y mi cuñada, Angélica Castro. Como tiene una memoria de elefante, también estoy seguro de que Frei debía recordar todo lo que le conté cuando todavía era presidente de su partido, en relación a la operación realizada por camaradas suyos para hacerse de la revista *Análisis* con el propósito de clausurarla. Fue un recuento pormenorizado que se extendió cerca de una hora sin que él pronunciara palabra alguna al respecto, salvo agradecer al final la información proporcionada.

A punto de asumir la Presidencia de la República, el propio Presidente Frei me planteó la posibilidad de trabajar en su gobierno, concretamente como vocero periodístico de la Cancillería. Con franqueza, le dije al Primer Mandatario que



mi deseo era irme del país, que los bancos me acosaban y que para mi familia se hacía intolerable esta situación económica. Que ya eran muchos años de fatiga y quería cambiar de aire...

—Bueno, ¿y para dónde quieres irte?

—A México, Presidente.

Y desde entonces le guardo gratitud por la oportunidad que nos dio de irnos hacia el otro extremo de América Latina y disfrutar de una riquísima experiencia, pese a que yo no era de la Concertación y solo había votado por él en la segunda vuelta debido a un deber moral hacia quien me tendió la mano en uno de los momentos más ingratos de mi vida.

De hecho, no alcancé a estar ni dos meses como agregado de prensa en la embajada, cuando el propio canciller Carlos Figueroa me llamó por teléfono y, en los términos más duros, me acusó de haberle ocultado que la sentencia carcelaria ya cumplida por mí sumaba otra sanción que hasta entonces desconocía: la prohibición de ejercer un cargo público de por vida.

—Me vas a tener que devolver hasta el último peso de lo que te hemos pagado y arreglarte por tu cuenta para regresar a Chile —dijo con furia y con epítetos que me guardo en beneficio de la dignidad de los altos cargos que ha ocupado.

—De aquí me voy a La Moneda a informar de todo al Presidente... —remató.

Lo que no calculó el arrebatado canciller es que demoró menos mi telefonazo a la Presidencia que su traslado al palacio de Toesca.

—El Presidente te manda a decir, Juan Pablo, que no te preocupes de nada. Que sería una vergüenza que los que lucharon como tú estuvieran inhabilitados de trabajar en el gobierno..., que este es un problema que tienen que resolver los abogados.

Pero los abogados del Ministerio de Relaciones Exteriores

a lo único que atinaron fue a sugerir que se me hiciera en México un contrato local para evitar la restricción que de hecho pesaba sobre mí y que, por supuesto, nunca supe que tenía como pena agregada a la condena cumplida de 541 días de reclusión.

El informe jurídico de la Cancillería establecía la imposibilidad de borrar mis antecedentes penales a no ser que me encontrara en el país para concurrir durante cinco años al patronato de reos a estampar una firma mensual para tal efecto, es decir, dejar inmaculado mi extracto de filiación, el que a esa altura de mi existencia tenía unas cinco hojas de anotaciones como autor o presunto infractor de las leyes de Seguridad del Estado, Abusos de Publicidad y el Código de Justicia Militar. Pese a ello, me puse yo mismo a investigar cómo podría cumplir desde el extranjero con la disposición de acreditar buena conducta con esta rutinaria firma y fue así como me encontré con un inciso que decía que quienes vivieran en sitios alejados del patronato podrían comparecer en subsidio ante la autoridad fiscal local para cumplir con tal requisito. O sea, deduje yo, ante el cónsul del país, si se está en el extranjero, o ante el alcalde de la localidad, si se reside fuera de la capital.

De esta forma es que recurrí al cónsul en México, Sergio Verdugo, para que abriera un registro ad hoc y me extendiera una acreditación de buena conducta por dos años. Los tres anteriores los acreditó la alcaldesa María Teresa Fondón, de San Vicente de Tagua Tagua, quien, a pesar de sus ideas y militancia derechista, no tuvo inconveniente alguno en atestiguar mi «buena conducta» como vecino de su comuna. De lo que me precio en esta experiencia es de haber encontrado yo mismo el resquicio que los abogados no descubrieron. Por supuesto que también me complace el tapabocas propinado al ex Canciller

y, luego, ministro del Interior, Carlos Figueroa. Sin duda, un personaje político talentoso, pero poseído por su mal carácter y que, más adelante, protagonizara un serio incidente cuando le negaron la posibilidad de sufragar por no presentar su carné de identidad, como lo exige la ley a todos los ciudadanos. Gracias al empecinamiento del presidente de su mesa porque se cumpliera la norma electoral, el jefe del gabinete tuvo que ir a buscar el documento y enfrentarse al bochorno frente a toda la prensa y ante un país estupefacto por su prepotencia.

En un libro que justamente se tituló *Contigo en la distancia*, escribí un conjunto de crónicas «diplomáticas» en las cuales doy cuenta de la maravillosa experiencia de servir a Chile en el exterior y de empaparse del privilegio de vivir en un país colosal por sus dimensiones, patrimonio cultural y atributos de sus habitantes. Algo muy compartido por quienes hemos conocido México es la gran impresión que producen sus dimensiones y lo útil que resulta salir de Chile un tiempo para apreciar nuestros burdos prejuicios y presunciones, sobre todo ante una nación inigualable en sus riquezas arquitectónicas, multidiversidad cultural e historia. Ello, no para probar nuestra inferioridad, sino para apreciar en Chile lo que es genuinamente valioso y propio de nuestra identidad, como nuestro paisaje y algunas de nuestras tradiciones que todavía la globalización no destruye. En ese México amable, dos de mis hijos, Cristóbal y Francisco, estudiaron gratuitamente en la Universidad Nacional y han tenido la oportunidad de perfeccionarse. Algo que me hubiera sido imposible de solventar en Chile, donde la educación es cara y segregada, y hoy poco menos que imposible para las familias numerosas.

Durante el tiempo en que permanecí en la embajada tuve la oportunidad de participar en un periodo fructífero de nuestras relaciones binacionales. Se trabajó en favor del Tratado

de Libre Comercio entre ambos países y en la recuperación de nuestros vínculos culturales, que habían sufrido después de que nuestras relaciones diplomáticas estuvieran totalmente cortadas durante la dictadura. Integré un equipo con dos buenos embajadores, como Carlos Portales y Luis Maira, una abnegada agregada cultural como Moy de Tohá, así como con dos representantes comerciales tan eficientes como mis amigos Julio de la Fuente y Gabriel Rodríguez. En las nuevas oficinas de nuestra legación, ubicaron el despacho del agregado de prensa al lado del adicto militar, pero lo que pretendía ser una broma de mal gusto terminó dándome la posibilidad de conocer mejor a los uniformados, descubrir su lado humano y ratificarme en la convicción de que su trabajo es frecuentemente inútil y oneroso para el erario nacional.

Observé, hice amigos y me divertí mucho con los «empolvados», los diplomáticos de carrera. En efecto, son personajes de otro mundo que, de tanto vivir en el extranjero, van transformándose en seres híbridos, clonados en su forma de vestir, conversar y vivir. Personajes que habitualmente son condenados a «poner la cara» ante las situaciones más delicadas y ocuparse de cuanta tontera protocolar exista, como disponer a los comensales en la mesa del embajador y atender sin remilgos las odiosas demandas de sus esposas, que ahora quieren ser reconocidas con el título de «embajadoras», lo que, curiosamente, nunca pretenden los consortes de las pocas diplomáticas chilenas en el exterior.

Tuve un tiempo maravilloso para leer, escribir mucho y trabajar arduamente en informes que debía remitir a nuestro Ministerio y que, muy al final de mi misión, descubrí que nadie leía en Santiago. Me tocó vivir el último gobierno del PRI, el surgimiento de un grueso fraude electoral y la asunción del primer gobierno de derecha. De ese proceso histórico valoré la ha-

bilidad real de sus políticos, la arrolladora participación popular y la consolidación de la diversidad en el periodismo, tan bien materializado en el surgimiento de nuevos diarios, el pluralismo radial y la forma en que la televisión cultural se ofrecía como alternativa a los canales comerciales y universalmente farandulizados. Fui columnista de dos periódicos y nunca nadie me objetó lo que escribí, lo que sí ocurrió con un artículo mío referido a la impunidad en el entonces agónico diario *La Época* en Chile; tanto, que en una explícita declaración ante el embajador tuve que dejar constancia de que el escrito lo había hecho en mi calidad de periodista y no de agregado de prensa, lo que obviamente era así por su contenido y mi sola firma.

Fueron poco más de cinco años en que consolidé amistad con chilenos, que de exiliados se convirtieron en residentes definitivos de un país que de todas maneras les seguía ofreciendo más posibilidades que el añorado retorno a la patria: Miriam Urzúa, Juan Salinas, Sergio Naranjo y otros con los que hasta hoy mantenemos contacto. Así, también tuve que intimar con esa cantidad de chilenos que por desgracia se quedaron pegados en los años 70 y que se aferran de manera casi religiosa a sus referentes políticos del exilio, todavía más fantasmas que sus fantasmagóricos partidos «del interior». Fue de ese modo como comprobé que nunca se come más empanadas, pastel de choclo y tapaditos de ave *paltamayo* que fuera del país, lo que en México parece desmedido cuando hay tanta variedad y calidad que degustar.

Pero antes de que la rutina diplomática adormeciera mi vocación y compromisos, me despedí de México con lágrimas en los ojos desde el avión que me volvería a Chile. Era un día luminoso, de esos que plasmó en su crónica Gabriela Mistral, en que el piloto parece que quiso regalarme una panorámica de mi barrio Coyoacán, el Zócalo, el parque Chapultepec y ese asombroso Periférico que fue la columna vertebral

de mis desplazamientos por el D.F., una vía que ahora tiene un segundo piso para atender los miles de automóviles que diariamente se incorporan al torrente vehicular de la ciudad más grande y fascinante del mundo. En las paredes de mi casa de El Tambo guardo los colores que nos trajimos de México, como un enorme cuadro del volcán Popocateptl de la notable pintora Natalie Regard y varios otros de nuestra coterránea Beatriz Castedo que, más que mexicana, terminó zapatista y viviendo en el Estado de Chiapas, en medio de la cromática inspiración de la selva que imprime en sus óleos.

#### EL «SEÑOR DE LOS CIELOS»

Renuncié a mi cargo antes de que asumiera el gobierno Ricardo Lagos. Ostensiblemente me negué a aportar dinero para su campaña porque no me proponía votar por él y porque consideré un abuso que a quienes trabajan en las embajadas se les pida una colaboración monetaria, como advirtiéndoles que se prodiguen si quieren mantener sus cargos o recibir un atractivo destino diplomático. En mi estadía en México tuve ocasión de conocer de cerca las operaciones que se hicieron para convenir con la empresa Tribasa la construcción de las nuevas carreteras que se impulsaron durante los años en que Lagos ofició de ministro de Obras Públicas de Eduardo Frei. De su asesor Rodrigo Moraga recibí, incluso, el encargo de averiguar sobre la solvencia de esta entidad mexicana que ya se había favorecido de las irregulares concesiones otorgadas durante el corrupto mandato de Carlos Salinas de Gortari.

Existía en La Moneda la sospecha de que esta empresa

constructora estuviera comprando con coimas las concesiones otorgadas por el Ministerio de Obras Públicas, luego de que el propio presidente de la entidad, David Peñaloza, se ufanara de la amistad con Ricardo Lagos y de haberle enviado mucho dinero para su próxima campaña electoral, como yo mismo lo escuchara en una recepción. A posteriori, dejé consignado esto en el informe que remití sigilosamente por valija diplomática al despacho presidencial, junto con la evaluación que emitió nuestro agregado comercial sobre la precaria solvencia de la empresa. De hecho, Peñaloza huyó a España, donde fue detenido y extraditado a México, para ser juzgado por su país.

Como anécdota, debo testimoniar que David Peñaloza tenía el encanto que suelen tener los millonarios y desvergonzados. Por ejemplo, en su residencia del D.F., para impresionar a los negociadores chilenos, se permitió abrir un par de botellas de vino que él mismo avaluó en más de cinco mil dólares cada una y que le había regalado su amigo Salinas de Gortari. En una conversación que yo mismo sostuve con él me aseguró que viviría más de cien años, dada la frecuencia con que consultaba a su médico de cabecera y se sometiera a exámenes de todo tipo para registrar cualquier incipiente mal. Además, hay que considerar la seguridad que le proporcionaban su guardia personal, sus avezados *guaruras*, así como su automóvil blindado. No sé si todavía está preso, pero de lo que estoy seguro es de que todavía no muere.

La investigación sobre Tribasa fue complementada por otros informes, pero un día en el propio Palacio Presidencial fui recibido por el asesor Moraga, quien me agradeció por la información valiosa recabada, pero me advirtió que nada se haría ante la inminente proclamación de Ricardo Lagos como candidato presidencial para suceder a Frei. Para evitar una crisis en el bloque oficialista, quedaría todo en la penumbra hasta

que, por encargo de la Corte Suprema, la ministra Gloria Ana Chevesich asumiera la larga investigación sobre las irregularidades del Ministerio de Obras Públicas, que hasta la fecha implican —con condenas en primera instancia— al ministro que Lagos nombró en esta cartera y a otros altos funcionarios de confianza presidencial.

Muy probablemente el ex Presidente haya tenido en cuenta esta situación cuando decidió finalmente no postular a la Presidencia en 2008, acosado por los escándalos sucedidos durante su gobierno en este Ministerio con otras múltiples concesiones viales, en Ferrocarriles del Estado, Chile Deportes y otras entidades públicas en las que será muy difícil acreditar su responsabilidad, más allá de la que manifiestamente tienen sus hombres de confianza. En dos oportunidades he debido declarar ante la jueza instructora sobre lo que relato e, incluso, ser careado con Moraga quien, con leves variaciones a lo expuesto, reconoció el encargo que se me había hecho cuando oficiaba como agregado de prensa en México y que incluso le había advertido entonces al ministro Ricardo Lagos sobre los pésimos informes sobre Tribasa.

Pero la ministra Chevesich realmente me citó a raíz de un anónimo que recibió desde Suecia, en el que se le sugería llamarme a declarar porque yo sabía mucho sobre otra extraña situación vivida en México y que pudiera conectarse con el objeto de su investigación. En efecto, encargado por el embajador Maira, tanto el cónsul Sergio Verdugo como yo nos desplazamos hasta el penal de Puebla para conversar con un reo condenado que nos dijo haber sido un fiel colaborador del narcotraficante Amado Carrillo, quien acababa de morir en el quirófano de una clínica mexicana cuando era sometido a una drástica cirugía estética. Según el testimonio de nuestro interlocutor (un médico de origen cubano, pero nacionalizado



mexicano), el famoso «Señor de los Cielos» había concurrido a su país a someterse a una cirugía, después de permanecer algunos meses en Chile regiamente instalado con su familia, sus amigos y guardias de mayor confianza en una operación apoyada, según aquel reo de Puebla, por un subsecretario de Estado y con la complicidad de otros políticos, abogados y funcionarios públicos. El informante nos ofreció todo el relato a cambio de veinte mil dólares para procurarse su seguridad en el penal, ahora que su vida corría peligro por la muerte de su jefe.

Atónitos con el ofrecimiento, le pedimos dos o tres pistas para cerciorarnos de que no se trataba de un engaño y de que en realidad podría proporcionarnos una información que destapara la que, en efecto, había sido una operación espectacular. Por lo que se ha sabido posteriormente, esta incluyó la adquisición de numerosas residencias, coches, armas y otros enseres de un conjunto de mexicanos que, curiosamente, alcanzaron a escapar de Chile y hacerse humo luego de la muerte de Carrillo. Cuando la prensa lo descubrió, de hecho dio cuenta de que este y sus cómplices alcanzaron a instalarse en Chile sin ningún contratiempo, donde permanecieron hasta la muerte del cabecilla, tras su nostálgica decisión de volver a México para cambiar de rostro.

Desde luego que las pistas eran verosímiles, por lo mismo que se desplazó a México el abogado del Ministerio del Interior Gustavo Villalobos (hoy jefe de la Agencia Nacional de Inteligencia) y otra profesional del Consejo de Defensa del Estado, que solo quería cerciorarse de que las visas de trabajo y cédulas de identidad chilenas otorgadas a los narcos habían sido expedidas por nuestro consulado, como habría correspondido hacerlo por el origen de los mismos. En una reunión a puertas muy cerradas en la embajada, relatamos a los visitan-

tes nuestra experiencia en Puebla y sugerimos que el gobierno otorgara el monto solicitado por el reo para descubrir esta operación. Con tanta ingenuidad, que el propio Villalobos, el mismo con el cual había estado recluido dos veces en Capuchinos, me dijo amistosamente en mi oficina que mejor «no me metiera en las patas de los caballos», porque jamás nos remitirían el dinero solicitado; que este sería un escándalo de proporciones, pese a lo cual él hablaría con el propio ministro del Interior para solicitarle el monto señalado. En verdad se trataba de una cifra que a todos parecía muy discreta en relación al servicio que se ofrecía.

Los emisarios del gobierno y del Estado lograron acreditar que nuestro consulado en México no había otorgado los documentos señalados. Estos se habían emitido de manera irregular desde el consulado de Chile en Mendoza, después de que la Subsecretaría del Interior conminara al cónsul de ese país a realizar el trámite, de lo que dejaría constancia en la dirección consular el diplomático mandatado. Esto también se lo referí a la ministra Gloria Ana Chevesich, quien abrió otro cuaderno con esta arista de su prolongada investigación. Naturalmente, el monto jamás nos fue remitido a la embajada y no se habló más del asunto, salvo lo que yo mismo he difundido a viva voz a quien quiera escucharme; tanto, que una vez, en un concurrido restorán de Santiago, se me acercó el abogado Isidro Solís y al oído me dijo textualmente:

—Si sigues hablando tanto, te van a matar...

Describí todo esto en una crónica publicada en mi libro *Crónicas para incomodar*, pero nunca logré que la gran prensa se hiciera eco de ella, como pensaba que ocurriría después de remitirle el libro a varios editores. Peor suerte corrió el artículo realizado por Javiera Moraga, la única periodista que llegó a México cuando se supo de la muerte del Señor de los Cielos,

a quien me correspondió atender y proteger con el cónsul Verdugo, luego de que nos reportara que era seguida por sujetos extraños, una vez que lograra valiosísima información sobre la muerte del narcotraficante y de que sus secuaces en Chile formaban parte de la nómina de empleados de Tribasa en nuestro país, sin duda una magnífica coartada para disimular su verdadera actividad. Con una bomba periodística volvió Javiera a Santiago y entregó su artículo a la revista *Qué Pasa*, donde trabajaba, pero este jamás llegó a imprimirse.

Decepcionada Javiera Moraga por la renuencia de su director, nos comunicamos varias veces por teléfono para encontrar una explicación de tan extraño desinterés de parte de un medio acostumbrado en esa época a descubrir grandes escándalos. Al principio concluimos que la publicación esperaba el mejor momento en la campaña presidencial de Ricardo Lagos para detonar la bomba, pero este fue elegido sin que jamás se descubriera la conexión que existió entre la empresa mexicana favorecida por las concesiones viales otorgadas durante su desempeño como ministro y esa impresionante operación en que otras autoridades hicieron «vista gorda» ante la presencia en Santiago de Amado Carrillo. Este, como ahora dice la leyenda, muy probablemente escogió a Chile como tierra de asilo para escapar de la justicia mundial y disfrutar de la inmensa fortuna acumulada, pagando peaje seguramente en la política y la policía chilenas, a la que hace rato se le vienen escapando los narcotraficantes.

Lo más increíble es la cantidad de gente que ante este mismo relato me dice: ¿y qué quieres, Juan Pablo, cómo piensas que pueden financiarse las elecciones? ¿Es que prefieres que gane la derecha? ¿No crees que todo sería peor?

## LA MORDAZA DEMOCRÁTICA

Los años que residí en México coincidieron con el magnífico desarrollo de internet y la consolidación del periodismo digital. Los primeros diarios fueron una bendición para los que no vivían en su patria. Para los chilenos, las versiones de *El Mercurio* y *La Tercera* se hicieron imprescindibles, además de que proporcionaban información que muchas veces después ni siquiera consignaban en sus versiones de papel. Sin embargo, estos medios también contenían los sesgos propios de su línea editorial y su presencia tan privilegiada en la red me convenció de la necesidad de volver a Chile para intentar un medio que contribuyera con la diversidad y abriera un espacio en el creciente mundo de lectores que navega y se informa por internet.

Con mi ex alumna Yasna Lewin trabajamos en un proyecto que fue acogido con entusiasmo por el directorio de La Nación S.A y muy especialmente por su gerente general, Francisco Feres. De esta forma, a menos de seis meses de reinstalarme en Santiago presentamos el diario electrónico *Primera Línea*, nombre que sugería tanto nuestra incorporación al medio más moderno del periodismo como el propósito de estar a la vanguardia de la noticia, con entera independencia y en los compromisos que siempre inspiraron nuestro trabajo profesional. Yasna asume el periodismo con tal obsesión que dificulto haya alguien más apropiada para seguir la noticia, incluso adelantarse a ella en este rapidísimo medio de comunicación. Las casi dos décadas de edad que nos separan la hacían, además, muy propicia para formar un equipo de jóvenes reporteros internautas.

Hablamos del año 2000, cuando ya habían transcurrido dos gobiernos de transición y el país empezaba a darse cuenta

de los acotamientos informativos y de la ausencia de medios más críticos y liberales. Nos fue relativamente fácil, por lo mismo, armar un entusiasta equipo de redactores y en pocas semanas alcanzar un sólido y creciente número de «visitantes», amable nombre que se le da a los lectores de computador.

En nuestro febril quehacer diario, en que las noticias se renovaban con la velocidad de un relámpago, consolidamos un medio informativo pero también muy analítico, contradiciendo el prejuicio que se imponía entonces de que en la red solo cabría la información y que solo los medios de papel seguirían siendo el soporte de la interpretación y la opinión. Logramos publicar lo que otros omitían u ocultaban; realizamos decenas de irreverentes entrevistas; y le dimos espacio a nuestras propias reflexiones sobre el acontecer político, social y cultural, ejes principales de nuestra temática. Poco a poco, incluso, nuestros aciertos noticiosos y reflexiones fueron mencionados en los otros medios de comunicación.

Seguramente por la influencia que alcanzamos es que vinieron las dificultades. La primera de ellas fue por la denuncia que hicimos sobre una operación urdida desde la cárcel por el agente de la CNI Álvaro Corbalán, destinada a abortar el inminente nombramiento del general Juan Emilio Cheyre como comandante en jefe del Ejército. Este oficial, hijo del general del mismo nombre que se opuso a la insurrección del general Roberto Viaux en tiempos de Frei Montalva, había tenido una brillante carrera militar en la que no constaba su involucramiento en violaciones a los derechos humanos; por lo mismo, para la civilidad aparecía como el mejor candidato para dirigir el Ejército y colaborar en el tan proclamado reencuentro cívico-militar. No era extraño, entonces, que los agentes de la represión vieran con pésimos ojos su asunción al mando institucional y la posibilidad de quedar descolgados de

la protección, asistencia jurídica y económica que hasta hoy las Fuerzas Armadas les otorgan a sus terroristas de Estado.

Por una pariente del general Cheyre y por un subsecretario del gobierno de Lagos fui alertado de esta conspiración que denunciarnos en *Primera Línea*. La verdad es que pensé que si la información venía de tan alto funcionario de La Moneda, el Ejecutivo quería hacer estallar una operación destinada a ensuciar a su candidato a comandante en jefe, acusándolo de estar vinculado a algunos episodios represivos. Enorme sería mi sorpresa, entonces, cuando al otro día me enteré del malestar que existía en el Palacio por la información de nuestro diario electrónico; tanto, que fui convocado a almorzar por el ministro del Interior José Miguel Insulza, seguramente para presentarme el malestar del gobierno. Sin embargo, el jefe del Gabinete ya había descubierto el nombre de mi informante, por lo que naturalmente omitió cualquier reproche a lo publicado, limitándose más bien a lamentar las filtraciones que desde el propio Palacio Presidencial se producían a los medios.

Desbaratados los intentos del agente Corbalán por desacreditar a Cheyre, creo que este podría guardarme gratitud por haber reventado una operación que habría trabado su posibilidad de alcanzar tan alto rango militar. Cuando lo nombraron en el cargo, pensé en la alegría que habría tenido su padre de ver a su hijo convertido en comandante en jefe. Como lo he contado antes, me enorgullece haber conocido a Cheyre padre y haber sido un estudiante de periodismo que tuvo la suerte de conversar muchas veces con él en momentos cruciales de la política. Además, recibí la hospitalidad de su familia e, incluso, veraneé en su fundo de Temuco. Con su hija Consuelo siempre recordamos aquella noche en que, airado, el general nos interrumpió una prolongada velada, exasperado por la repetición incesante del primer *longplay* de Joan Manuel Serrat referido al

poeta Machado, donde cantaba «todo pasa y todo queda, pero lo nuestro es pasar; pasar haciendo caminos, caminos sobre la mar...».

—¡Por qué no la cortan con la matraca esa! —nos espetó el general y volvió sin más a su dormitorio, con lo que prácticamente se diluyó nuestra tertulia.

Casi desde que asumí la dirección de *Primera Línea* empezaron las quejas de La Moneda hacia *La Nación* por mi nombramiento. El secretario general de Gobierno y vocero presidencial, Claudio Huepe, exigía que yo renunciara al cargo, y el propio presidente del directorio, Mahmud Aleuy, me citó a su despacho para presentarme la molestia del gobierno y solicitarme mi renuncia voluntaria. Esta petición me pareció inverosímil, por supuesto, considerando que él había sido uno de los que con mayor entusiasmo celebró los resultados de nuestras primeras semanas de vida. Precisamente ese mismo día me había instado a que denunciara sin remilgos los actos de corrupción de los colaboradores del Presidente que, por entonces, empezaban a descubrirse.

Al final, el propio ministro Huepe me exigió por teléfono mi renuncia. No estuve dispuesto a otorgársela sin que me señalara quién, con nombre y apellido, era el que la exigía, al insistirme él que personalmente no tenía objeciones que hacerle a *Primera Línea*, pero que tenía una instrucción superior en tal sentido.

—Debo inferir que del único que puedes recibir una instrucción superior es del propio Presidente. ¿Es Lagos el que exige mi renuncia? —pregunté con claridad.

—No estoy autorizado para darte el nombre —respondió.

—Entonces, por ningún motivo renuncio... Prefiero que me echen —contesté.

Me costaba asumir que fuera el Presidente quien exigiera

mi dimisión, toda vez que hasta este episodio no había tenido inconveniente mayor con el Jefe de Estado, salvo que algunos sabían de mi resistencia a apoyar su campaña y votar por él, movido, naturalmente, por un deber de conciencia derivado de lo que había conocido en México respecto de las concesiones de Obras Públicas. No obstante, recién asumida la Presidencia, la Cancillería me había integrado a la comitiva presidencial del primer viaje de Lagos al extranjero, justamente a México. Extrañado por esto, me comuniqué con el jefe de protocolo para preguntarle si tal inclusión no se trataría de un error, a lo cual respondió:

—Para nada, Juan Pablo. El Presidente ha revisado persona por persona la lista de su comitiva y él mismo le puso un visto bueno a tu nombre.

Después de acompañarlo a México, dos veces más recibí su afectuoso saludo en el Salón de Honor de la Universidad de Chile y en el Teatro Municipal, cuando ante la presencia de mucha gente se acercó a mí con este objeto. Sinceramente pensaba que Lagos, más allá de las diferencias, no se atrevería a dar una orden tan lesiva de la libertad de prensa y de los valores democráticos que proclamaba.

Mi desilusión definitiva se produjo un día antes de mi destitución, cuando miembros del directorio de *La Nación* me soplaron que La Moneda (que designa al setenta por ciento de los integrantes del organismo), había exigido una reunión para votar mi despido. En el organismo rector de *La Nación* había conformidad por los resultados que íbamos obteniendo, en especial por la seriedad de nuestro trabajo editorial y las visitas que se sumaban a diario. En pocas semanas, *Primera Línea* destacaba por sus «golpes» informativos y éramos citados, incluso, por otros. No me fue extraño, por lo mismo, que me sugirieran recurrir directamente al Presidente de la Repú-



blica para despejar la duda de que la exigencia de mi despido viniera del propio Lagos o fuera solo una intriga palaciega. Me animé, entonces, a dictar por teléfono una carta a la secretaria del Presidente, en la que lo puse al tanto de lo que sucedía y pedía su intervención en caso de que se tratara de un error o una decisión de esas que suelen tomarse en nombre de los mandamases.

No tuve respuesta, aunque la secretaria me aseguró que ella misma le había entregado mi mensaje al Presidente. Al otro día, muy temprano en la mañana, el directorio me destituyó, con un único voto en contra, de mi amigo Luis Eduardo Thayer, que no se sometió al instructivo presidencial. Votó por mi exoneración incluso Víctor Manuel Rebolledo, un viejo amigo y compañero del Internado Nacional Barros Arana. A él fue el único a quien llamé después de conocida la decisión:

—¿Y qué podía hacer, querido amigo? Cuando uno es nombrado en un cargo así es para votar por el gobierno, nos guste o no nos guste.

Sentí compasión por él y por lo que la política puede descomponer a las personas que, como Rebolledo, se preciaban de ser laicos y democráticos. Integrante de una digna familia de clase media vinculada al Partido Radical, Víctor Rebolledo duró muy poco como ministro de Frei, no pudo concluir su periodo parlamentario y está hasta ahora alejado de la actividad pública, acusado permanentemente de manejos turbios que lo han llevado hasta los tribunales.

*Primera Línea* siguió adelante algún tiempo, pero pronto, por encima, pusieron a un conocido operador periodístico-político como Alberto Luengo, quien en su carrera profesional se ha destacado por arribar a los medios de comunicación en el momento preciso para reestructurarlos, despedir personal o clausurarlos. Había estado ya en *La Nación*, venía de *La Tercera*

y duró poco tiempo en su regreso a aquella empresa, el tiempo suficiente para que se clausurara *Primera Línea*, pese a su innegable y reconocido éxito. Esta fue una nueva comprobación de que el cometido comunicacional de los gobiernos concertacionistas ha sido el de hacer desaparecer uno a uno los medios independientes y practicar la política de encantamiento con los medios tradicionales, ofreciendo publicidad estatal a cambio de una oposición discreta. Algo más que demostrado con la lista de periódicos surgidos en estos años, como el diario *El Metropolitano*, *Siete + Siete* y otros que, incluso manifestando claras tendencias oficialistas, han abierto y cerrado prontamente sus páginas.

Debo decir que el Colegio de Periodistas reaccionó a mi despido con una modesta y nerviosa manifestación de camaradería en el edificio institucional, a la que asistieron solo tres consejeros nacionales. La protesta se materializó en un débil comunicado que claramente tenía por objeto cumplir conmigo, pero no aminorar este nuevo atentado al periodismo libre. Este ingrato hecho, por supuesto, no empaña la trayectoria de nuestro Colegio y la forma en que antes y después ha reaccionado frente a las arbitrariedades del poder. Lo que ocurrió, entonces, es que a algunos miembros de la Orden les disgustaron las declaraciones que hice para desnudar la posición del ministro Huepe respecto de este incidente, en que este incluso se valió de su relación sentimental con una conocida periodista para denostarme en un artículo publicado en el diario electrónico *El Mostrador*. Hay que contar que, ante mi protesta, la editora de este medio rápidamente se disculpó por el infundio y lo retiró de sus páginas. La débil solidaridad de mis colegas se debe también al hecho de que el Ministerio Secretaría General de Gobierno era una de las entidades que colaboraba en el financiamiento de las actividades de nuestra entidad gremial.

Si aún se me hacía difícil concebir que Ricardo Lagos per-

sonalmente ejecutara órdenes lesivas de la libertad de expresión, la desilusión total me llegó años después, cuando la agencia internacional de noticias Inter Press Service me contactó para solicitarme los servicios de columnista. Un desafío que me interesó tanto por la posibilidad de ser leído internacionalmente como por los buenos honorarios que se perciben de los medios extranjeros. En el pasado había sido columnista del diario español *El País* y del finlandés *Helsingin Sanomat*, cuyos cheques eran mucho más generosos que los que obtenía en Chile por esas arduas jornadas laborales en la revista *Análisis*.

Me contactó para tal objeto la editora Diana Cariboni, radicada en Montevideo, y a ella le envié un primer artículo que hablaba sobre los primeros episodios de corrupción política y el involucramiento en estos de colaboradores y familiares próximos a Ricardo Lagos, que ya había completado su periodo presidencial. Pero a los pocos días me llamó para contarme que el propio ex Presidente la telefoneó para quejarse de mi artículo y para exigir una reparación de la agencia. Según ella, le habría contestado a Lagos prometiéndole la publicación de cualquier carta de desmentido o nota que quisiera enviarle.

—Qué lástima lo sucedido —le dije. No quiero causarte problemas...

—Por el contrario —me contestó—. Para nosotros es muy importante que un personaje tan relevante como Lagos reaccione a lo que hacemos. Por favor, mándame inmediatamente otro artículo y felicitaciones por lo enviado...

Conforme a su solicitud, en menos de 48 horas le remití un nuevo despacho y empecé a sacar cuentas de lo bien que me iría con este trabajito foráneo si mis artículos causaban tanto revuelo. Pero esta vez nadie acusó recibo de mi nota y de mis reenvíos. Pienso que Lagos acudió a una instancia superior en Roma para ponerme otra vez la mordaza, presun-

ción que tengo tan fundada que ya no me daré el trabajo de comprobarla.

Ricardo Lagos Escobar concluyó su gobierno con la mayor aprobación popular alcanzada por cualquier otro mandatario en la historia de nuestro país. Durante los años de gobierno de Michelle Bachelet siempre estuvo entre los favoritos para reelegirse, pero él mismo vio imposible este camino y se hizo a un lado cuando las primeras encuestas comprobaron su rezago. Se dice que jamás se habría arriesgado a competir sin tener seguridad de su triunfo. Su historial electoral no es muy bueno, si se considera que perdió antes una elección senatorial que creía segura, además de ser el primer candidato de la Concertación que tuvo que llegar a una segunda vuelta presidencial para ser elegido con el voto de los comunistas y otros que lo prefirieron al triunfo de la derecha. Su imagen pública se ha deteriorado con el tiempo y hoy existe la idea de que su gobierno fue más bien mediocre. Incluso sus bulladas realizaciones escondían enormes irregularidades; tanto, que se dice que su gobierno fue regido por la «ideología de la corrupción», concepto que acuñó el ex diputado Jorge Schaulsohn, uno de sus más cercanos aliados que, finalmente, rompió con él y con la Concertación oficialista. Allí está el estruendoso fracaso de Transantiago, que solo la bochornosa paciencia de los chilenos explica que no haya alcanzado niveles más altos de ira popular. La «revolución de los pingüinos», aquella movilización de los estudiantes secundarios que estalló en 2007 en todo el país, es el resultado de las perversas políticas educacionales de su gobierno y los anteriores. Es decir, de la constante burla oficial a las demandas por el fortalecimiento de la instrucción pública y el cese del afán de lucro en la gestión educacional. El joven egresado de derecho, que en su tesis de grado denunció «la concentración del poder económico en

Chile», terminó su gobierno con los mismos niveles de grave inequidad social que nos heredara Pinochet. Aplaudido como ningún otro Presidente por los grandes empresarios e inversionistas extranjeros, en ellos mismos se expresó la decepción cuando decidió abandonar una nueva carrera presidencial. No en vano, el ex senador Carlos Altamirano dice siempre que Lagos hizo «el mejor gobierno de derecha de nuestra historia».

#### EN «LA RADIO QUE PIENSA»

Luego de mi destitución de *Primera Línea* concentré mi actividad en Radio Universidad de Chile, cuya dirección debí asumir a solicitud del rector Luis Riveros de forma urgente. Esta emisora, que es el único medio de comunicación abierto de esta casa de estudios, estuvo a punto de ser privatizada, pero la oportuna y drástica acción de la Federación de Estudiantes impidió que esta corriera la suerte de su canal de televisión. Con mi nombramiento como director de la radio se me entregó la misión de recuperar un medio postrado y desvalijado en el último año de la dictadura, y en el tiempo que siguió bajo la rectoría de Hugo Lavados, cuando se concibió vender la emisora y disponer de estos recursos para otros fines más «académicos», en una Universidad donde todavía la extensión universitaria es la pariente pobre de su quehacer.

Lo que asumí en realidad era una casona en lamentable estado, los restos de los ya obsoletos equipos de la que fuera una modernísima emisora desarrollada por los militares que ocuparon y pusieron bajo su bota a la Universidad de Chile, como hicieron con todas las casas de estudios superiores. En

efecto, la radio tuvo en su inicio un edificio especialmente construido para albergar, por supuesto, uno de los medios más abyectos de la dictadura. Se la dotó, además, de un moderno y potente transmisor, como equipos de producción de gran calidad. Esta emisora, organizada con *manu militari*, se constituía, de todas maneras, en la heredera de otros esfuerzos de la Universidad de Chile, desde que en 1926 hiciera la primera emisión radial en el país y fuera la segunda en América Latina. Se trató de un acontecimiento celebrado como un hito histórico el que se recibiera con éxito y júbilo en el diario *El Mercurio* una tenue señal remitida desde nuestra Escuela de Ingeniería.

No cabe duda de que todos los bienes destruidos o sustraídos de la radio colaboraban a fijarle un modestísimo precio a tal privatización frustrada y negociada con un ofertante, que lo que más perseguía era el nombre de la emisora para vincularla al Club de Fútbol homónimo y transmitir sus partidos. Pero cuando todo estaba listo para el traspaso, un grupo de estudiantes ocupó la emisora y rápidamente concitó el apoyo de la comunidad universitaria, que no consintió este nuevo acto de usurpación del patrimonio universitario, después de perder el canal de televisión y, bajo la dictadura, todas sus sedes de provincias, como la tuición de su inmenso Pedagógico de la avenida Macul y otra gran cantidad de edificios y actividades, sin que hasta ahora el Estado haya reparado a la Universidad de Chile por este despojo, lo que en cambio sí ha hecho con los bienes confiscados a los partidos políticos y otras instituciones y personas. Por el contrario, de lo que somos testigos es del continuismo total de los gobiernos concertacionistas de las políticas educacionales diseñadas por el gobierno de Pinochet a favor de la educación privada y el progresivo decaimiento de la enseñanza pública; de forma tal, que los niveles groseros

de inequidad hoy tienen expresión manifiesta entre los derechos y posibilidades de los niños y jóvenes ricos y pobres, cuando en décadas de nuestra historia republicana se celebraron los altos niveles de nuestros establecimientos fiscales. Los mismos políticos que se ufanan de haberse formado gratuitamente en las escuelas, liceos y universidades públicas, han sido los que desde el gobierno y el Parlamento le han rebajado paulatinamente el presupuesto a estas entidades, al tiempo que han legitimado el desarrollo de un sinnúmero de establecimientos privados, regidos por el afán de lucro de sus sostenedores y las subvenciones fiscales que reciben sin importar su nivel de excelencia.

El exiguo aporte que la Universidad de Chile da a su radio hacía imposible levantarla de su letargo en el dial y dotarla de los equipos que son indispensables en la era digital. Había que recuperar la casa y alcanzar su modernización, propósito que se unió a la completa renovación de sus contenidos para alcanzar más auditores. Por alguna razón, todavía existe en Chile la idea de que las emisoras universitarias deben tocar música selecta y privilegiar programas de tal intensidad y gravedad que ahuyentan al auditorio radial. De esta manera es que, acuñando el eslogan de ser «La radio que piensa», nos propusimos implementar una parrilla programática destinada a servir a la población más que a satisfacer los apetitos intelectuales de los campus y aulas. Sí propiciamos el compromiso universitario con los temas y desafíos del país, pensamos y defendimos la idea de una programación con noticiarios y programas de la más diversa índole, así como con música de los más diversos estilos. Fue así como pudimos establecer alianzas fundamentales con muchas instituciones y personas que no tenían dónde expresarse y que han acogido con entusiasmo la posibilidad de hacerlo sin censura y en un

ambiente de enorme diversidad.

Bajo esta asociación con la sociedad civil, hoy la radio transmite 24 horas al día en los que se suceden más de 60 programas a la semana de carácter informativo, político, económico, cultural y deportivo. Diversas organizaciones sociales y referentes nos nutren de contenidos diversos y colaboran con el arriendo de espacios y su propia gestión publicitaria al financiamiento general de una emisora que puede al mismo tiempo ser percibida por la independencia de su línea editorial, el espíritu crítico de sus noticiarios y su irreductible compromiso por la profundización democrática de nuestro país, la defensa y la promoción de los derechos humanos, y el cuidado de nuestro medioambiente.

Al mismo tiempo que crece en sintonía, nuestra radio ha consolidado, en menos de ocho años, un extenso equipo de profesionales y colaboradores. Su equipamiento es ahora uno de los más modernos del país y a su quehacer radial hemos agregado un diario electrónico que ya compite en visitantes con los más consolidados en Chile, a través del cual en todo el mundo pueden escucharnos. Además de lo anterior, hemos desarrollado una editorial en la que se han publicado casi veinte títulos y cuyos autores en gran medida se desempeñan en la radio, libros que son presentados en nuestra casa y promovidos por la misma emisora.

Es decir, hemos afianzado un valioso espacio de interlocución entre miles de auditores, cibernautas y lectores con la Universidad de Chile. En la práctica, esto se materializa en otro gran logro, como es el que entre los integrantes de la comunidad universitaria cada día sean más los que lleguen a la radio como entrevistados, panelistas y realizadores de programas propios. Ello, para hacer efectivo el compromiso de la Universidad con la sociedad, sacar a los universitarios de su «torre de marfil» y



lograr un sólido compromiso de la sociedad civil con la principal universidad pública y nacional.

Radio Universidad de Chile logra autosustentarse con el aporte de muchas fuentes de financiamiento y con la creciente contratación de publicidad comercial, que para nada pretende influir en nuestros contenidos o desnaturalizar su vocación de radio informativa y cultural. Es decir, comprometida con el derecho humano a comprender y transformar el mundo. De allí que los jóvenes, los pequeños y medianos empresarios, los sindicatos, los colegios profesionales, los ecologistas y tantas otras organizaciones sociales la asuman como su referente y canal de expresión. Al mismo tiempo, somos prácticamente la única emisora que mantiene un sólido programa científico, otro literario, así como diversos espacios dedicados a los asuntos de género, el acontecer mundial y el debate ideológico. En el deporte mantenemos distancia con las futbolizadas y farandulizadas expresiones de tantos medios televisivos y radiales, que ignoran el atletismo y otras manifestaciones que solo aparecen cada cuatro años durante los Juegos Olímpicos.

La consolidación de una radio, un diario electrónico y una editorial que piensan y sirven a la diversidad, han venido como anillo al dedo dentro del creciente acotamiento comunicacional. Curiosa situación es la que se vive en Chile. Mientras las democracias más sólidas legislan para garantizar la diversidad cultural, aquí se favorece la concentración informativa y el empobrecimiento espiritual de los chilenos. En Estados Unidos se impide que canales y diarios queden en las mismas manos, en Europa se subsidia el papel que requieren las imprentas y a muchos países más pobres que el nuestro no se les ocurre grabar con un impuesto la lectura de libros y revistas, esto es, el IVA que la dictadura dejó en un dieciocho por ciento y que después se elevó en un punto más, renun-

ciando a la promesa de derogarlo con la democracia.

Cómo no agradecer, en estas circunstancias, que la Universidad de Chile nos haya dado aterrizaje a periodistas y comunicadores que queremos ejercer con dignidad nuestro oficio, sirviendo al desarrollo de la conciencia crítica y la soberanía popular efectiva. Los dos últimos rectores, Luis Riveros y Víctor Pérez, representaron opciones que se enfrentaron en los últimos comicios universitarios. En ambos he conocido sus atributos y diferencias, pero no hay duda de que los dos representan ese espíritu laico, tolerante y crítico que sigue muy vivo en una Universidad que ha sufrido todos los embates del autoritarismo y del sectarismo político, pero que resiste y gana adeptos en la tarea de recuperar la educación pública, denunciar la inequidad social y aspirar a una sociedad más justa e igualitaria.

Debo agregar que a esta tarea se han incorporado muchos periodistas jóvenes y en particular egresados de nuestra propia Escuela de Periodismo, que cumplen en la radio un verdadero posgrado para poner en práctica los valores vocacionales que adquieren en su carrera y que en muchos medios no tienen posibilidad alguna de realizar. Asimismo, con la recuperación de nuestra Sala Master, un magnífico y amplio estudio de grabación de la radio que estuvo por años clausurado, hemos consolidado un nuevo espacio cultural de la Universidad de Chile para la ciudad de Santiago, donde se han iniciado centenares de músicos y bandas, brindando conciertos en vivo y muchas veces emitidos por la propia radio.

Signo elocuente del desprecio que existe en la política sobre el papel de los medios de comunicación es la adquisición por parte de una empresa española de más del sesenta por ciento de las frecuencias radiales de nuestro país. Decenas de emisoras nacionales y regionales se han rendido a ofertas millonarias de Prisa, la misma entidad que es dueña del diario

madrileño *El País*. Se me hace difícil pensar que esta poderosa entidad ande en busca de ganar dinero en un mercado tan limitado como el nuestro y el de otros países de América Latina. Sospecho, más bien, que Prisa espera lucrar con el aporte publicitario y de defensa corporativa de las poderosas empresas de su país que hoy dominan el sistema bancario, las eléctricas y otras importantes inversiones que, tarde o temprano, deberán ser recuperadas a nuestra soberanía. Ya existe malestar en Chile por el control que Endesa España tiene de más del noventa por ciento de las aguas de la Patagonia, denuncia que hiciera el obispo católico de esta zona austral y que estimuló la organización de un movimiento cívico que incluso obtuvo el patrocinio de varios parlamentarios para la nacionalización de todos nuestros recursos hídricos.

La consolidación del gobierno de Evo Morales, con el enorme respaldo ciudadano que ha aprobado su nueva Constitución, probablemente explique que esta misma empresa española esté preocupada de liquidar las inversiones realizadas en radios y otros medios informativos bolivianos. Muy posiblemente, sus ejecutivos han llegado a la conclusión de que las reformas en este país son ya imposibles de abortar, en especial en lo que se refiere a recuperar el control del Estado de todos los recursos fundamentales.

En la ciudad de Zacatecas, en México, me encontré años atrás con Juan Luis Cebrián, el destacado periodista creador de *El País* a quien, por su solidaridad con Chile, le otorgáramos en dictadura el Premio Internacional José Carrasco Tapia. Él mismo me confidenció que en Europa —donde impera el mercado común— jamás se permitiría que una empresa periodística de cualquier país pudiera adquirir medios de comunicación por todo el continente.

—Cada país —me dijo—, tiene leyes que protegen su

identidad, y los diarios, radios y canales de televisión son esenciales a este propósito.

El propio Cebrián y el ya fallecido Jesús de Polanco estuvieron varias veces en Chile con el propósito de formar parte de un nuevo periódico que prometía romper el duopolio de *El Mercurio-La Tercera*. En la oficina rectoral de la Universidad de Chile se celebró que Prisa, *La Nación* y un grupo de accionistas privados concordaran una asociación con tal propósito. El ministro secretario general de Gobierno, Francisco Vidal, expresó la complacencia de su jefe Ricardo Lagos por tal acuerdo e invitó a los contrayentes a un almuerzo en La Moneda. Pero cuando ya estaba todo convenido, se exigió la incorporación a la sociedad de un amigo dilecto del Presidente, con lo cual se quebraba la correlación de fuerzas difícilmente alcanzada en una larga negociación. Según supe, los dos españoles se negaron a la petición presidencial y el acuerdo se desbarató por completo. Cebrián habría argumentado en contra de la creación de un diario que estuviera digitado desde la política.

Desde mi propia interpretación de este incidente, me convido de que Ricardo Lagos, más que meter en el diario a un operador político suyo, lo que consiguió fue agradar a los diarios privilegiados en esta política definida «de encantamiento a los medios tradicionales»; una irreductible estrategia comunicacional de todos los gobiernos del pospinochetismo que ha dejado como secuela la desaparición de decenas de revistas, diarios, radios e, incluso, canales de televisión, tanto como otra gran cantidad de proyectos abortados desde La Moneda. Mucho mérito le asigno al periodista Manuel Cabieses, director de la revista *Punto Final*, al demandar al Estado ante el Tribunal de Libre Competencia por la discriminación de que son objeto los medios de comunicación independientes en la

distribución de la publicidad estatal. Este juicio, que muy probablemente llegue a la Corte Interamericana de Justicia, se funda en que el setenta y siete por ciento del avisaje del gobierno central beneficia a dos consorcios, *El Mercurio* y Copesa, «situación que lesiona gravemente el derecho a la libertad de expresión y la libre competencia en el ámbito editorial», según el Colegio de Periodistas de Chile.

#### EL PREMIO NACIONAL

En los afiches que extendió el Colegio de Periodistas para protestar por cada uno de mis procesamientos había uno que decía: «El periodista chileno más premiado en el mundo está preso en su país». Guardo fotos de marchas, peñas musicales, cartas y otros testimonios de la solidaridad que siempre recibí durante esos años en que los periodistas éramos acosados, pero estoy consciente de que todos nuestros padecimientos fueron pocos comparados con la tragedia de quienes perdieron la vida o murieron en el doble exilio del desarraigo físico y de ver truncada su vocación. Resulta muy difícil ser periodista en otras lenguas y realidades. Con los abogados compartimos la terrible dificultad de desempeñarnos fuera del país, incluso donde no se habla el castellano. Cuando me encontraba con los chilenos exiliados, siempre aprecié que los más angustiados eran los periodistas, pero admiraba su capacidad de seguir viviendo y esperando el retorno en el noble pasatiempo de realizar todo tipo de publicaciones y panfletos, ponerle ingenio a los miles de afiches que se distribuyeron por el mundo entero o simplemente trabajar en las imprentas, allegarse a

alguna radio y, con mucha suerte, elaborar una que otra nota para los periódicos, aunque fuera para la sección de cartas. Todos ellos se constituyeron en los corresponsales de los periódicos «del interior» (como identificaban a nuestras revistas), y con frecuencia se enteraban antes que nosotros de lo que ocurría en Chile.

Efectivamente, me siento un privilegiado por lo que hice y he podido seguir haciendo. En especial en estos años de posdictadura, durante los cuales los periodistas enfrentamos una diáspora interna desde que se asesinaran nuestros medios. Amigos y amigas han cumplido dos décadas tratando de parir revistas, diarios y espacios electrónicos, abriendo *blogs* y otros para expresarse y mantener vigencia. Pero, lo que es incluso peor: decenas de ex compañeros, brillantes plumas, han buscado abrigo profesional en las instituciones del Estado, trasladándose de un Ministerio a otro bajo la tutela de los políticos de turno y cumpliendo tareas que están en la antítesis del periodismo, como las relaciones públicas y las acciones de propaganda.

Al mismo tiempo que las escuelas de periodismo se multiplicaban a lo largo de todo nuestro territorio nacional, los mejores profesionales perdían su trabajo o se perdían en estas tareas. En ningún país de la Tierra, estoy seguro, el ejercicio de la docencia se ha convertido en la fuente de sustento de tantos periodistas. Son cantidades los magísteres y doctores en comunicación social, semiótica, lingüística y otras disciplinas, sin ninguna posibilidad de escribir un reportaje, hacer un programa de radio o emprender algo interesante en televisión. Me cuesta entender el alto interés que todavía concita estudiar nuestra carrera, pero lo que sí me explico es la frustración que los jóvenes sienten cuando empiezan a descubrir su acotado campo ocupacional.

La posibilidad de trabajar en sus propios medios, y ahora

en una radio de la Universidad de Chile, es algo de lo que muy pocos periodistas pueden realmente ufanarse, y aun más, si con esta posibilidad se reciben reconocimientos y premios como yo los he recibido. En las páginas anteriores he referido algunos de los múltiples diplomas y estatuillas que he obtenido, como la Pluma de Oro de la Libertad y el Premio Vladimir Herzog. Pero también recibí en Valencia y Estocolmo otras distinciones, así como en Holanda se me otorgó la Cámara de Palo, tres premios que tienen la particularidad de ser otorgados por los propios periodistas europeos. Desde México, mucho antes de que llegara a vivir allí, la Federación Latinoamericana de Periodistas, Felap, me envió el Premio Latinoamericano, así como en Quito se me brindó el Premio Leonidas Proaño, consistente en una litografía de Guayasamín con un rostro que refleja el dolor de nuestros pueblos originarios. Pero, sin duda, el reconocimiento más notable recibido en el exterior fue la incorporación de mi nombre en la nómina de 50 periodistas héroes de la humanidad del siglo XX.

En 2000 regresaba a la capital azteca, después de viajar a Santiago, cuando mi secretaria mexicana me advirtió de toda la correspondencia acumulada y de una carta enviada por la Federación Internacional de Periodistas, en que me anunciaba tal distinción y me invitaba a Boston, en Estados Unidos, para la entrega del galardón correspondiente. Efectivamente, aparecía en un listado de verdaderos héroes del periodismo de todos los continentes, en que solo se incluía a un par de latinoamericanos. Mi sorpresa fue aun mayor cuando asistí a un solemne evento en que apenas la mitad de los 50 periodistas pudo estar presente, porque el resto había fallecido ya, había muerto en funciones o estaba incapacitado de viajar. En una hermosa ceremonia se exhibieron en una pantalla gigante imágenes y textos que fundaban el reconocimiento que se nos

hacía, lo que resultó muy emocionante, sobre todo para los familiares de los ausentes. Siempre he lamentado haber asistido solo a esa premiación, lo que se explica en el pudor que me significaba ser considerado un héroe; pero allá entendí que esta expresión tan demasiado grave para nosotros, en otros países no tiene la dimensión que nosotros le damos. Héroes más bien son los altruistas, y estos pueden ser muchos. En todo caso, el premio más importante que he recibido ha servido para que muchos se refieran con sorna a mi condición de «héroe» y expresen el mismo rubor que yo experimento cuando se hace alusión a mis distinciones. Este reconocimiento y ceremonia apenas fueron consignados por unas breves notas en la prensa chilena, pero eso en nada empaña el honor de ser incluido entre periodistas que lucharon contra el fascismo, el estalinismo y otros regímenes dictatoriales de todo el mundo. Reporteros y corresponsales que padecieron la guerra de Vietnam, al *apartheid* y las grandes conflagraciones del siglo pasado. Notables políticos estadounidenses asistieron al acto, que fue grandemente cubierto por la prensa mundial.

El país más poderoso y temido de la Tierra estaba en plena campaña presidencial y Al Gore se hizo presente entre nosotros. Confieso, con vergüenza, que en mi antiimperialismo extremo evité saludarlo cuando se acercó a los premiados, sin saber que años más tarde se me haría muy admirable por su denodada acción destinada a advertirnos del peligro que corre nuestro planeta por el calentamiento global. De lo que no me arrepiento es de haber permanecido impertérrito ante el saludo que quiso hacerme un Henry Kissinger bastante a maltraer por los años y, espero, por su mala conciencia. Nunca olvidaremos que fue el principal instigador del golpe militar. Al observarlo, no le di más de dos o tres años de vida, pero ya se ve cuán cierto es eso de que «la mala hierba nunca muere». Más allá de mis prejui-



cios, tuve la grata experiencia de caminar mucho por esa bella y aristocrática ciudad, y comprobar que en Estados Unidos hay de dulce y de agraz; que los del norte son distintos a los del sur y que la Universidad de Harvard, que recorrí por todos lados, con razón tiene ganado tanto prestigio. Claro que no me topé con estudiantes negros... «Los hay, me dijeron. No muchos, pero los hay.» De hecho, el propio Barack Obama fue uno de ellos.

En Chile, las únicas distinciones que había recibido eran una artesanía realizada por los presos políticos y un galvano de la Organización de Militares Democráticos (Omidelac). Tal como en Harvard hay negros, aunque cuesta encontrarlos, sí hay militares democráticos. Informaciones parciales, que desgraciadamente nunca se han reunido en un texto, hablan de decenas de soldados y oficiales que se resistieron a la asonada militar y que realmente creen que su deber es acatar la autoridad civil, la Constitución y las leyes. Se trata de héroes, realmente, a los que el país les debe un reconocimiento a su coraje y fidelidad. Cuando uno recorre Chile, indigna ver tantas estatuas y calles a la memoria de soldaditos que fueron verdaderamente de plomo en sus vidas, que traicionaron a la patria y muchas veces no estuvieron en campo de batalla alguno. Ojalá alguna vez las propias ramas de las Fuerzas Armadas reivindicquen a los que ellas mismas asesinaron y expulsaron de sus filas. Aunque algo han hecho a regañadientes, como el monumento a los generales Prats y Schneider, la verdad es que esperamos algo más contundente. Pensé que el gobierno de Michelle Bachelet, hija de un general noble y leal, haría más en tal sentido. Precisamente, la placa que me entregaron los integrantes del Omidelac en 1988 dice: «Por luchar por la libertad, la igualdad y la fraternidad. Cárcel Pública, enero de 1974. General Bachelet. Prisionero de Guerra».

Los premios nacionales que otorga el Estado chileno son

muy expresivos de esa característica tan típica del alma fiscal: la tacañería. Por cierto, están dotados de un cheque que sirve para comprarse un auto o arreglar la casa y otorgan una pensión vitalicia que es como obtener una jubilación. Lo mezquino está en que se asignen solo cada dos años, por lo que son muchos los científicos, intelectuales y artistas que se quedan sin recibirlo, puesto que por ley únicamente pueden obtenerse en vida. Al mismo tiempo, hay muchas disciplinas y actividades que ni siquiera están dentro de las categorías del principal galardón otorgado por el Estado, como en el caso de los premios de Arquitectura, Medicina y otros, que son asignados por entidades privadas. Cada vez que toca definir el Premio Nacional de Literatura, la reyerta entre novelistas y poetas es terrible, así como difícil se hace entregar un único diploma a los cultores de tantas ciencias y cultores del arte. Incluso el Premio de Periodismo se hace difícil de asignar cuando hay tantas manifestaciones distintas en nuestra actividad. Es por esto que cada persona que recibe estas distinciones se obliga a consignar que hay muchos otros que lo merecen, así como se expone a recibir la lapidación de sus propios colegas, en un país en que la envidia es parte del alma nacional, como lo señalara Salvador Allende.

Confieso que siempre pensé que me otorgarían el Premio Nacional en los primeros años que siguieron a Pinochet. Durante la dictadura, por supuesto, estas distinciones excepcionalmente recayeron en gente de real valía. Por lo general, había que ser incondicional de Pinochet para aspirar a cualquier presea. Aunque con menos descaro, la militancia y el amiguismo también han influido en los últimos años. En efecto, cada premio viene precedido de un intenso *lobby* hacia el gobierno, en especial en las áreas humanísticas. En mi caso, en tres oportunidades fui propuesto como candidato por un conjunto de notables

personalidades de la cultura y la política. Entre otros, los escritores Armando Uribe, Isabel Allende, Volodia Teitelboim; amigos respetables como Víctor Pey, Julio Subercaseaux, Jorge Hourton y Fernando Castillo. Pero solo el año 2005, cuando además fui propuesto por la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile, el jurado decidió conferirme el Premio en una votación que celebré mucho por el disenso que se manifestó entre sus integrantes. Siempre he pensado que es un gesto hipócrita otorgar estas distinciones por unanimidad, cuando se sabe que muy pocas veces un candidato es aprobado por todos los integrantes de los jurados. Me hubiera resultado incómodo agradecer el Premio a los que se opusieron tenazmente a que yo lo recibiera. Siempre he pensado, también, que hay que sospechar de quienes concitan apoyos generales. El trabajo de los periodistas es para incomodar, fustigar la injusticia, derribar de su trono a los todopoderosos. Después de haber recibido tantos premios en el extranjero, sinceramente deseaba un reconocimiento en mi país. Su aporte en dinero, asimismo, me parecía una justa reparación a mis dos casas incendiadas, a los padecimientos de mi familia y a tantos días de cárcel que arbitrariamente enfrenté.

Recibí el diploma de manos del propio Presidente Ricardo Lagos y acto seguido edité un libro que reúne mis escritos y conferencias sobre el periodismo comprometido, al que he dedicado toda mi actividad profesional. Además, por cierto incluí el breve discurso de agradecimiento del Premio, en el cual le agradecí a Dios y dejé constancia de los viejos maestros que inspiraron mi vocación. Lo dediqué a la memoria de los dos periodistas mártires que conocí: Diana Aarón y José Carrasco, y no pude dejar de manifestarle a las autoridades presentes el crimen de ahogar a los medios independientes, la enorme incongruencia de querer construir una democracia sin

diversidad informativa.

Tal como me lo advirtieron el día en que recibí el galardón, la verdad es que este marca un antes y un después en nuestras vidas. Desde que se supo mi premiación, recibí una infinidad de cartas, correos electrónicos y llamadas telefónicas para felicitarme y expresar su consentimiento con la decisión del jurado. Testimonios emocionantes que guardo celosamente en un voluminoso archivo y que me representan la alegría que le ocasionó a tantos chilenos y chilenas de todo el país. Desde allí, no he cesado de dar entrevistas, dictar charlas y escribir documentos sobre el deber ser del periodismo y su papel en la promoción de la justicia social, objetivo que sigue muy pendiente en un país de desigualdades escandalosas en el ingreso y en las oportunidades educacionales de su población. Al mismo tiempo, me he prometido seguir haciendo periodismo y que nadie note que este premio me confirió un estatus especial o algunas licencias.

Por el contrario a lo que podría suponerse, ahora me siento más obligado que antes a observar y comentar lo que sucede, de manera que asisto adonde se requiera mi palabra y me obligo a escribir donde se me dé espacio. Por una entrevista telefónica que concedí a una revista me enteré de que soy el periodista chileno más leído por internet, lo que me extrañó mucho, porque además de mis comentarios políticos en la radio no son tantas las columnas que escribo para los diarios electrónicos. «Lo que pasa —me contaron— es que sus colaboraciones son tomadas y multiplicadas copiosamente en la red por gente que lo lee y quiere que otros también lo lean.»

En el afán de retribuirle al Estado el reconocimiento que me hizo, he saltado de norte a sur en todo el país. Hace unos meses, fue en Illapel donde recibí el afecto más significativo de los que habitualmente se me expresan en estas recepciones

y que me resultan el mejor diploma. Cuando me aprestaba a regresar por bus a Santiago, se me acercó un anciano que dijo haberme esperado por varias horas en la estación, apostando a encontrarme allí, ya que de esta ciudad nadie regresa por avión a la capital si no anda en vehículo propio.

—Quería venir a estrecharle la mano, señor Cárdenas, porque yo estuve en Santiago, en los tribunales, en una de esas ocasiones en que lo tomaban preso. Iba usted en un carro celular y este no podía avanzar ante la presencia de muchos jóvenes que se acostaron en la calle para evitar el tránsito del vehículo en que lo conducían detenido y esposado. Y yo lo único que hice fue acercarme al carro y mirarlo a los ojos..., y usted también me clavó su vista intensamente a través de la mirilla... y todos estos años no he podido olvidar esa mirada suya en que me traspasaba su angustia... Gracias por todo lo que hizo por Chile y por nosotros.

Posiblemente haya quienes apostaron que con el Premio me pondría «más sensato», como muchas veces se me reclama. Pero lo que hizo el galardón fue aguijonear aun más mi conciencia y responsabilidad. Si siempre reclamamos por nuestras publicaciones silenciadas en esta interminable transición a la democracia, hoy representa un deber señalarle a los chilenos que sin diversidad y libertad informativa se nos va a desmoronar lo poco que hemos avanzado. Las sustantivas reformas políticas pendientes después de dos décadas de pospinochetismo tienen como resultado una desastrosa apatía popular, expresada, por ejemplo, en que un ochenta por ciento de los jóvenes no se anima a convertirse en ciudadano y ejercer el sufragio. Si no se superan las inequidades sociales que todos reconocen en el discurso, más temprano que tarde estas se harán incontrolables si no hay medios de comunicación que canalicen el descontento, fustiguen e induzcan a las autoridades a legislar a favor de las mayorías, el salario ético, el

empleo digno y una justa distribución del ingreso.

Pienso que los medios de comunicación que elevan *ratings* y tirajes en la abusiva atención de la crónica roja, lo único que obtienen es que el crimen cada día asuma más espeluznantes manifestaciones. Con la identificación del delito con la pobreza y la apelación a las autoridades para que endurezcan la represión y repletan las cárceles, lo que se siembra es más odio, discriminación e inseguridad para todos. Mientras en Estados Unidos el nuevo Presidente señala con el dedo a los banqueros y especuladores que provocaron la crisis mundial, en nuestro país los grandes medios de comunicación reclaman salvataje financiero para los poderosos y flexibilidad laboral para los empleados y obreros. Asimismo, la ausencia de una prensa crítica ha sido el caldo de cultivo de la corrupción de nuestras autoridades. Hoy es pan de todos los días la defraudación fiscal, el pago de coimas, el enriquecimiento ilícito y el desvío de recursos públicos al financiamiento de las competencias electorales. Se ha llegado al extremo de asaltar los dineros dispuestos para crear empleo y dejar en completa falencia a algunas empresas fiscales tan valoradas por la población como Ferrocarriles del Estado.

¡Qué duda cabe! El vergonzoso cuoteo político tiene como objetivo instalar a los sinuosos operadores de los partidos oficiales en las diversas «cajas pagadoras» de la administración pública: la Corporación del Cobre para ti, el Servicio Civil para ti, la Dirección de Deportes para estos otros. Tajadas para todos de la gran torta fiscal, incluidos también los opositores que, a la salida de los hemiciclos públicos, son socios y cómplices en los mismos delitos. Denuncias que implican a jueces, embajadas y militares. Operaciones millonarias que buscan corromper e involucrar a instituciones tan prestigiosas como las universidades públicas y, por supuesto, los medios informativos.

Somos muchos los chilenos y chilenas decepcionados por lo que ocurre, preocupados por el futuro del país. En la tarea de incomodar con nuestra denuncia, el Premio Nacional ha sido un acicate. Ya no soy Juan Pablo Cárdenas; soy el Premio Nacional de Periodismo. Así me presentan en todas partes y ya no puedo rebelarme contra ello. Quiéralo o no, me ha cambiado la vida. Sin embargo, de nada me valió apelar a mi condición de Premio Nacional en 2006, cuando fuimos testigos con la periodista Vivian Lavín de una abusiva operación de carabineros en contra de los estudiantes del Liceo Lastarria, en la comuna de Providencia. Cuando veníamos de regreso a la radio, comprobamos el maltrato recibido por los estudiantes que tenían tomado el establecimiento, pese a que ya habían consentido en su devolución pacífica. Los lumazos recibidos por estos jóvenes o niños de no más de 16 años nos enfurecieron y ejercimos a gritos nuestra protesta. Aunque Vivian fue aun más locuaz que yo denunciando la cobardía policial, de pronto tres energúmenos uniformados me redujeron y me encerraron en un furgón, para dejarme después detenido en la comisaría más cercana. De nada sirvió que les comprobara mi condición de periodista y Premio Nacional. De nada tampoco, que un propio senador de la República, Jaime Gazmuri, solicitara mi libertad en el retén. Por el contrario, se me acusó ridículamente de «agresión de obra a carabineros» y se me quiso procesar una vez más por la justicia militar, cuya jurisdicción —dicho sea de paso— todavía alcanza a los civiles y cuyos tribunales son los únicos que siguen facultados para aplicar la pena de muerte. Unos meses después, solo le valió a la fiscal comparar mi estatura y peso con el peso y estatura de los policías para sobreseer el caso con el mayor sigilo posible.

No quisiera abandonar estas líneas sin dejar expresa cons-

tancia de que los sinsabores propios del periodismo comprometido tienen como compensación las enormes satisfacciones que recibimos en nuestro trabajo cotidiano e incesante. Ello es la comprobación de que en nuestro país son muchos más los decentes que los corruptos. Muchos más los actos solidarios que los abusivos. Muchos más los humildes, que los arrogantes. Con todo, comparto el vértigo de comprobar que nuestra convivencia se está desbaratando en la injusticia y la arbitrariedad sembrada por los poderosos. Cuando años atrás se constituyó la Comisión sobre Cárcel Política y Tortura, el abogado Luciano Fouillioux me pidió que fuera a prestar declaración por todo lo que me había sucedido durante la dictadura militar, por meses me había resistido a concurrir a esta, simplemente porque no deseaba lacerarme con los recuerdos de lo ingrato. Pero Luciano me dijo que tenía el deber patriótico de concurrir.

Le pedí a mi hijo Juan Pablo, que recién recibía el título de abogado, que me acompañara a cumplir con este trámite en que una especialista, verdaderamente asombrosa por su capacidad de inducir declaraciones, nos hizo hablar y dar detalles de mis detenciones, de las múltiples formas de amedrentamiento que afectaron a mi familia, del dolor por la pérdida de tantos amigos y de las experiencias que he narrado en este libro. Al término de una extensa declaración que ha quedado en el archivo de otros centenares de testimonios que los dos últimos gobiernos no han querido hacer públicos, la funcionaria nos pidió que nos pusiéramos de pie para, en nombre del Estado de Chile, pedirnos perdón por todo lo que nos había ocurrido. La emoción se nos hizo incontenible y en lo personal asumí con más fuerza todavía que mis dolores eran también los de mi familia, de quienes leal y ejemplarmente trabajaron conmigo, como también lo serían incluso de mis



descendientes. Nuestros padecimientos eran asimismo los de millones de compatriotas.

Como nunca sentí tanto orgullo de ser chileno y ganar confianza en que, tarde o temprano, derrotaremos la impunidad. Cien años han pasado para que los historiadores reconozcan recién en toda su trágica dimensión la horrenda Matanza de la Escuela de Santa María de Iquique. Muchos años pasarán, todavía, para que se sepan todos los horrores de una historia marcada por la violencia y la discriminación, tal como la de todos los pueblos de la Tierra. Los periodistas trabajamos con la actualidad, pero esta no tiene explicación si no se reconoce el pasado, así como nada tendría sentido en nuestro afán sin velar por el porvenir.



EPÍLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN  
(2016)

La primera edición de este libro fue presentada en 2009 ante una concurrida audiencia. En presencia, por cierto, de muchos compañeros de trabajo, familiares y otros que mantenían todavía fresca nuestra historia profesional y política, y que nos vinieron a tributar solidaridad, tanto a mí como a otros colegas, por todo lo que nos había sucedido en nuestra perseverante voluntad de ejercer como periodistas libres, críticos e insobornables, además de otros adjetivos que se le pusieron a una generación que, pese a las adversidades, logró quebrar el bloqueo informativo impuesto por la dictadura.

Al poco tiempo de que el libro empezara a circular (y sorpresivamente para mí), este texto fue premiado con el reconocimiento del Consejo Nacional del Libro y la Lectura, que me destacó como autor del «mejor libro del año» en la categoría Escrituras de la Memoria. Un galardón que obtuve entre más de noventa postulantes y que vino acompañado de un estipendio en dinero de esos que tanto agradecemos los periodistas, porque nos permiten liberarnos de las deudas y quedar im-polutos, otra vez, para continuar endeudándonos con las entidades financieras.

Ya se sabe que en Chile, hasta que nos morimos, son los bancos los verdaderos propietarios de lo que adquirimos. Por lo mismo es que la deuda hipotecaria convenida por mi propiedad dos veces incendiada he debido renegociarla insistentemente, con la intención, además, de que la muerte me alcance antes de haberla pagado y así heredar a mi familia su seguro de

desgravamen. Sin embargo, ya temo que mis acreedores me nieguen nuevos créditos y, por lo mismo, se aseguren de que mis préstamos queden totalmente cancelados antes de partir hacia la otra vida. Todo este franco o descarado propósito mío le causa mucha gracia a mi «ejecutivo de cuentas», quien ahora último volvió a otorgarme un préstamo, pero solo a cuatro años plazo.

Me enteré de la decisión que había tomado el jurado por un confidente al que tuve que prometerle nuestro clásico «off the record», cuestión que he cumplido caballeramente. Haciendo honor a una infidencia que agradecí mucho porque, al menos por dos largas semanas, nada se me informó sobre esta distinción ya resuelta por un jurado, ni tampoco se publicó nota sobre esta premiación en la página institucional de Consejo del Libro y la Lectura. Tuve que recurrir, por lo tanto, a varios amigos para que inquirieran a esta entidad respecto de quién había ganado el premio, lo que al final se hizo oficial y público cuando una funcionaria muy amable me llamara por teléfono para advertirme de que el premio sería entregado en Valparaíso, en una ceremonia que se desarrollaría en la mera explanada que antecede al edificio principal del Ministerio de la Cultura. Oportunidad que prometía ser muy solemne y en que tendría que hacerme presente con un número de familiares y amigos que gentilmente serían trasladados a nuestro «puerto principal» en una furgoneta dispuesta para tal ocasión.

Pero en dos oportunidades esta ceremonia resultó postpuesta y ante una nueva postergación preferí encomendarle la responsabilidad de recoger la presea a mi hija mayor, quien en el momento mismo que se vestía y maquillaba para viajar a Valparaíso fue notificada de que otra vez la «agenda de la ministra de Cultura Paulina Urrutia estaba muy recargada» y que

«lamentaba mucho no poder asistir a esta premiación». Después sucedió que el diploma y correspondiente cheque se me entregaron en una intempestiva, breve y nerviosa ceremonia en la Biblioteca Nacional de Santiago, en que la representante del Gobierno, siempre acosada por una agenda tan recargada, estuvo muy preocupada de que el acto concluyera lo antes posible. En un trámite que, desde luego yo mismo, en realidad, contribuí a acelerar en honor a mi timidez, aunque luego de cerciorarme de que el documento bancario traía la firma y los sellos de rigor.

Por lo que luego indagué, pude concluir que algunos funcionarios del gobierno de Michelle Bachelet no quedaron nada complacidos con que el Estado se obligara a premiar un libro de un periodista tan crítico de todo lo obrado por los gobiernos de la Concertación, como he tratado de hacerlo explícito en las páginas de este testimonio. Manteniendo, por lo demás, una actitud que me he propuesto extender durante todos estos últimos años en que sigo oficiando como director de «la radio que piensa», como en todo un esfuerzo colectivo complementado con un exitoso diario electrónico y una editorial que ya ha publicado más de setenta libros.

De nuevo ha sido muy grato para mí consolidar un equipo profesional independiente que todos los días prueba consecuencia y bríos en sus noticiarios, columnas, entrevistas y diversos artículos. Esfuerzo que en mi caso me ha hecho completar quince años realizando un comentario político cotidiano que es apreciado por los amigos de siempre y por muchos auditores de las nuevas generaciones que a veces después de mucho tiempo descubren que el que habla es el mismo que escribía en las revistas *Análisis* y *Los Tiempos*, publicaciones tan atesoradas por sus padres y abuelos. Así como el mismísimo periodista que ahora escribe también columnas y crónicas con la

idea de incomodar a las autoridades, pisándoles los callos a los políticos soberbios e inescrupulosos. Al mismo tiempo, registrar a diario la descomposición de la política, denunciar cómo nuestros supuestos representantes populares son financiados y digitados por los grandes empresarios y de cuanto empeora, ahora, nuestra situación económica y social.

En un tiempo que crecen la perplejidad y la ira de los chilenos, cuando ya existe tanta coincidencia en que vivimos en la actualidad en un país envilecido y desmoralizado. Marcado a fuego por la herencia institucional de la dictadura, por las agudas desigualdades sociales y culturales de 1990, cuando se soñaba con una verdadera transición a la democracia. Para que quedase probado más tarde que no se trataba más que de una larga, una exhausta posdictadura. De un nuevo y negro episodio de nuestra historia regido todavía por la Constitución de 1980 y por un Tribunal Constitucional erigido en el primer poder del Estado. Capaz de echar por la borda lo aprobado por el Ejecutivo y el Parlamento, como recién ha ocurrido con la Reforma Educacional y como se augura que sucederá con otras transformaciones demandadas por los chilenos; por un pueblo hastiado por el mismo sistema previsional que se apropia y malversa las cotizaciones de los trabajadores, un sistema de salud que privilegia a los sectores más acomodados de nuestra población y con otras tantas situaciones exasperantes que hoy se coronan con el asentamiento de la inseguridad pública, el desarrollo de la criminalidad y el vértigo de la violencia, en un país que hasta hace poco podía ufanarse de nuestra paz social en comparación a la realidad que asolaba a nuestros vecinos.

Un estado de miedo acicateado, qué duda cabe, por la brutalidad policial ejercida contra el descontento y la justa protesta ciudadana, pero sobre todo ensañada contra nuestro pueblo fundacional de la Araucanía. Una indignación social

que reacciona, por ejemplo, ante los agudos niveles de corrupción empresarial y política, así como ante la flagrante impunidad que se les asegura a los «delincuentes de cuello y corbata», luego de que el propio gobierno de Ricardo Lagos Escobar y el Parlamento de la época derogaran las penas de cárcel para los grandes defraudadores del Fisco, los empresarios que se coluden para convenir precios, los traficantes de influencia y los que practican el lavado de activos y otras penas que en Estados Unidos y otros naciones merecen hasta cuarenta años de presidio efectivo, y no las simples multas que están determinando en estos días los jueces y fiscales, que no cubren siquiera la mitad de los montos defraudados al Fisco o robados a la fe pública y a los consumidores.

Un estado de desencanto que, por supuesto, ha elevado considerablemente los niveles de abstención electoral, tanto que en la última elección de Michelle Bachelet más de un 58 por ciento de los ciudadanos no concurren a votar y a los cuales habría que agregarle los sufragios en blanco y nulos que en nuestra curiosa ley electoral no se consideran «válidamente emitidos» y, por lo tanto, son desestimados por los cómputos oficiales.

Pero lo cierto es que ya no es posible echarle la culpa de todo a los llamados cerrojos de la dictadura, a las leyes de amarre dejada por ésta, como a la oposición de la derecha pinochetista que continúa, por cierto, enseñoreada en el Poder Legislativo, en nuestros Tribunales de Justicia y ese conjunto de entidades públicas privilegiadas por la inamovilidad funcionaria. Una norma que permite renovar nuestra burocracia y sus malas prácticas sólo con la muerte o la jubilación voluntaria de sus funcionarios. Una administración pública abultada al extremo, para colmo, con ese ejército de asesores designados por cada gobierno de turno para alimentar a

sus clientelas electorales e infectar a las instituciones del Estado con operadores políticos, cuya principal misión es «hacer caja» con dinero fiscal para financiar los partidos políticos y el caudillismo.

Soy de los que cree que en estos últimos veintiséis años de posdictadura, en realidad, muchos de los dirigentes más rebeldes y rupturistas del pasado terminaron al final cooptados por la falta de valores y malas costumbres de la derecha, por lo que hoy resulta muy difícil descubrir a un socialista que no haya caído subyugado por las reglas del mercado ultra neoliberal vigente en Chile, así como ya se hace prácticamente imposible descubrir a un demócrata cristiano en el poder que siga afecto a la Doctrina Social de la Iglesia, a la ideología socialcristiana que abrazaron los fundadores de aquella Falange Nacional. Que se hace raro encontrar incluso a un izquierdista que, más allá de vociferar y quejarse, demuestre actitud genuina por la unidad y se manifieste realmente sensible a los padecimientos y frustraciones de los pobres y discriminados. Personajes, por cierto, de muy débil reputación moral, que se lo pasan viajando por el mundo para ponerle el platillo a los regímenes de izquierda de América Latina, de África o de la propia Europa. Y que en las últimas elecciones llegaron al extremo de competir con más de cuatro o cinco opciones presidenciales distintas, otorgándole, además, legitimidad al sistema electoral binominal tan impugnado por ellos mismos. Haciéndose parte de unos comicios marcados por la influencia escandalosa del dinero y el cohecho en un país muy desregulado al respecto.

Toda una desvergüenza que, ahora, al momento que escribo estas últimas líneas, los descubre también como receptores de ingentes recursos otorgados por un sujeto tan repugnante como Julio Ponce Lerou. Es decir, el yerno del propio Augusto Pinochet que fuera tan recompensado por éste por casarse



con una de sus hijas y oficiar como agente de los más delezna-  
bles crímenes contra los Derechos Humanos, pero luego tan  
favorecido por los gobiernos que recibieron la banda presiden-  
cial y el legado del dictador. Un verdadero delincuente que  
hasta hoy goza de la más completa impunidad y que ha ido  
acrecentando su riqueza y poder gracias a las concesiones mi-  
neras del salitre y del litio que les renovaran los gobiernos de  
la Concertación y del presidente empresario, Sebastián Piñera.

Un multimillonario bien asesorado, como se sabe, por  
otro deleznable y acaso el más descarado personaje de los úl-  
timos tiempos: Enrique Correa Ríos. Otrora vociferante mi-  
litante del entonces partido Mapu «obrero campesino», asu-  
mido después en socialista y —luego de múltiples volteretas  
políticas— en el principal lobbista o traficante de influencias  
chileno. En el operador de los más inescrupulosos empresarios  
del país asesorados por éste para repartir sobornos al conjunto  
de la política chilena, a todo el espectro político que hoy sufre  
los rigores de las investigaciones del Ministerio Público, pero  
que ya empiezan a salvarse de la cárcel gracias a aquel recurso  
del «juicio abreviado» que en Chile resulta la mejor estratage-  
ma judicial para salvar a los más facinerosos de las sentencias  
que establece la propia ley.

Un país, finalmente, burlado y humillado, pero que de-  
muestra una espectacular capacidad de resiliencia (término  
tan de moda), aunque todavía no discurre cómo recuperar su  
soberanía y construir alternativa para desplazar a los corruptos  
que nos han llevado a una nueva y profunda crisis institucio-  
nal. Un pueblo que, a juzgar por las encuestas, sigue rindién-  
dole tributo a un Salvador Allende y a tantos otros líderes y  
mártires de las causas libertarias. Que sigue confiando en el  
advenimiento de una economía sustentable, en la educación  
pública, en un sistema político democrático, verdaderamente

representativo pero ojalá también participativo.

Convicciones y esperanzas que pese a todas las traiciones y desilusiones se manifiestan, por ejemplo, en que más de un 70 por ciento de los chilenos es partidario en la actualidad de una Asamblea Constituyente para que sean los representantes de la ciudadanía, y no de los partidos y entidades patronales, los que puedan, por fin, definir su futuro.

Agradezco a todos los que ya leyeron este libro y me han regalado tantos elogios, como también ahora a los que instaron al sello Debate a emprender esta nueva edición. Seguros, como me dicen, de que ahora están más propicias las condiciones para absorber y digerir mis críticas. En particular quiero dejar testimonio de mi gratitud al notable periodista Víctor Herrero, como a la periodista y editora Melanie Jösch, amiga y cómplice de toda una vida, aunque ella sigue siendo muchísimo más joven que yo. A Dios gracias, sin duda.

JUAN PABLO CÁRDENAS S.



